



CONTAMINACIÓN FUTURA

VOLUMEN 7

Elia **BARCELÓ** • Horacio **BOTTA**
Leandro **CARABALLO** • Pablo **DOBRININ**
Olympia **FRICK** • Esther **GONZÁLEZ**
Mauricio **LOZA** • Víctor **RAGGIO**
Carlos **VELÁZQUEZ** • **YOSS**


MIG21
EDITORIA

Contaminación Futura

vol. 7

RAMIRO SANCHIZ
VÍCTOR RAGGIO
(eds)

Primera edición: marzo de 2023
Contaminación Futura vol. 7
Copyright © Elia Barceló (cedido por el Festival
Celsius 232 dentro de su proyecto SPANSION),
Horacio Botta, Leandro Caraballo, Pablo Dobrinin,
Constanza Moreira (Olympia Frick),
Esther González, Mauricio Loza,
Víctor Raggio, Carlos Velázquez y José Miguel
Sánchez Gómez (Yoss).

ISBN: 978-9915-41-613-7

© Mig21 Editora
Washington Beltrán 1758 ap 2,
Montevideo, República Oriental del Uruguay
mig21editora@gmail.com
Ilustración de portada: Unlimited Dream Co.
@unltd_dream_co
Diseño y diagramación: Ramiro Sanchiz.
El diseño del texto «Refracción negativa» adapta la
versión publicada en Bogotá por Editorial Vestigio.
Agradecemos al maquetador original, Diego Cepeda, por
su cortesía a la hora de facilitarnos su trabajo.

Diseño ebook: Carolina Galmés
Selección y notas: Víctor Raggio y Ramiro Sanchiz

**ALAS DE
MARIPOSA
AZUL**

ELIA BARCELÓ

Elia Barceló (Elda, Alicante, España, 1957) es una de las escritoras más importantes de la ciencia ficción española. Entre sus libros más recientes se encuentran *La noche de plata* (2020), *El efecto Frankenstein* (2019) y *El eco de la piel* (2019). Su obra ha merecido numerosas distinciones, entre ellas los premios Ignotus (1991 y 2018), Celsius (2014) y el Premio Nacional de Literatura Juvenil e Infantil de España (2020).

Mateo Miralles salió al jardín con una cerveza en la mano, echó una mirada orgullosa a los amplios terrenos que rodeaban la casa y a la piscina que destellaba al sol como una joya y, con un suspiro de satisfacción, se dejó caer en una de las tumbonas blancas y cerró los ojos un instante. Era feliz. Feliz. Sin más.

Tenía una casa preciosa, un trabajo que le encantaba y que aún le planteaba desafíos de vez en cuando, una mujer a la que seguía queriendo y dos hijos que no les daban ningún problema, salvo las pequeñeces propias de la edad. Casi daba vergüenza cuando, a su alrededor, la gente perdía su trabajo, tenía que abandonar su casa, los divorcios estaban a la orden del día y los hijos se convertían, apenas llegados a la prepubertad, en desconocidos maleducados y agresivos.

¡Qué suerte has tenido, Mateo!, se dijo como tantas veces. Y, también como tantas veces, empezó a seguir hacia atrás la cadena de acontecimientos fortuitos que lo había llevado precisamente a ese jardín, a esa casa, a Marta y a los niños. Quince años atrás, él era un joven licenciado en

Marketing y Relaciones Públicas que había acudido, con pocas esperanzas, a una entrevista de trabajo en Frankfurt, en una de las mayores compañías discográficas de Europa. Una simple casualidad había hecho que conociera a Suzy Q, que entonces era aún una desconocida, y gracias a que él, por un puro capricho, había aprendido algo de chino durante sus años de universidad, se habían puesto a hablar de sus vidas mientras esperaban a que los recibieran: a él, por lo del puesto en el Departamento de Marketing; a ella, porque, después de haber oído su maqueta, querían conocerla en persona.

En aquella época, Suzy era una chinita más entre muchos millones de chinitas monas tratando de destacar en la selva caníbal del mundo del espectáculo; aún no se había convertido en la superdiva que era ahora, ni él era su mánager.

Todo había sido pura suerte. Ella apenas sabía inglés; él hablaba chino y alemán; los de la discográfica estaban interesados, pero no tenían intérprete a mano, y él, Mateo, acabó por acompañarla, hablar por ella y ayudarla a fijar las primeras condiciones para una posible grabación. Luego todo se fue encadenando como en el proverbial frutero de cerezas. Incluso Marta, su mujer, fue producto de ese encuentro con Suzy, ya que estaba trabajando en la misma empresa como técnica de sonido, y en cuanto se vieron por primera vez, se gustaron lo bastante como para quedar esa misma noche.

Uno puede tener talento, constancia, ganas de trabajar..., pensó Mateo tomando un largo trago de cerveza, pero sin suerte no llegas a ninguna parte. Y la suerte es algo que no se puede influenciar. La tienes o no la tienes. Y lo cambia todo.

El trazador miraba a su cliente tratando de que no le notara ni lo nervioso que estaba ni la admiración que sentía al verla, casi rayana en la veneración; pero era un profesional, el mejor profesional entre los poquísimos que se dedicaban al trazado, y no podía quedarse con la boca abierta solo porque al otro lado de su mesa de despacho se sentara la gran Suzy Q, la cantante más esplendorosa del universo, vestida totalmente de azul, como era habitual en ella, con los ojos muy maquillados y esos pómulos perfectos, contruidos, igual que sus labios, por los mejores cirujanos plásticos. Una mujer frágil y delicada como una pequeña mariposa azul. Él había tenido muchos clientes importantes y poderosos sentados en ese mismo sillón, pero casi todos habían sido políticos, financieros... gente sin ningún tipo de glamour. Y ahora Suzy Q.

—¿Entonces? ¿Qué me dice? ¿Es posible? —preguntó con esa voz cristalina que había embrujado a todo el planeta y que ahora hablaba solo para él.

El trazador guardó silencio unos segundos disfrutando del momento. No sucedía todos los días que Suzy Q lo necesitara a uno y lo mirara como si de sus habilidades dependiera su vida.

Pero es que así era. Quizá no su vida propiamente dicha, pero sí su felicidad. O lo que ella, en esos momentos, pensaba que era su felicidad.

—¡Vamos, no me haga sufrir! ¿Se puede hacer? —Sus ojos violeta brillaban, húmedos, y su mirada no se apartaba de la de él.

—Se puede —dijo por fin, alargando el momento todo lo que creyó posible.

Ella sonrió esplendorosamente, juntó las palmas de las manos a la altura de la boca y se inclinó de nuevo hacia él.

—Explíquemelo.

—Como sabe, he estado estudiando minuciosamente toda su vida, a partir de los materiales que usted misma puso a mi disposición, todo lo que existe en la red sobre usted (y no se puede hacer una idea del volumen de información que eso representa), todo lo que me han contado, con su autorización, por supuesto, muchas personas de su entorno... Y, considerando que no tiene usted hijos todavía (que, como sabe, siempre son el problema número uno) y que prácticamente todos los profesionales que la rodean son sustituibles, no creo que vayamos a tener dificultades para cambiar esa única circunstancia de la que todo parte. He trazado un nuevo camino, he estudiado las posibles ramificaciones de la nueva decisión y puedo afirmar que, con este nuevo trazado, conseguirá usted librarse limpiamente de su esposo.

Los ojos de Suzy Q destellaron.

—Sin daños para él. Lo odio con toda mi alma, pero no quiero tener que sentirme culpable de haberle causado daños. Ni estoy dispuesta a mantenerlo toda la vida.

—Sin daños para él..., salvo que nunca será su esposo.

La hermosa mujer debía de ser más inteligente de lo que el trazador había supuesto porque comprendió de inmediato el cumplido que acababa de hacerle y volvió a sonreír.

—¿Cree que eso sería un daño? —preguntó, coqueta, ladeando la cabeza.

—A mí me dolería —se arriesgó a decir el trazador.

Ella se rio echando la cabeza hacia atrás, con una risa de cristal que parecía un reflejo de sol sobre el agua de un estanque.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó en cuanto la risa se agotó—. ¿Qué tengo que hacer?

—Primero tiene que leer esto y autorizar el nuevo trazado. Quizá no esté de acuerdo con mis conclusiones y quiera cambiar otra decisión, en algún otro punto de su vida. Entonces tendría que volver a calcularla.

Ella pasó la vista con rapidez por el documento que el trazador le tendía.

—Esto normalmente lo lleva Mateo —murmuró casi para sí misma—, pero no quiero que se entere nadie de lo que voy a hacer. Nadie —añadió, mirándolo significativamente, como si dudara de su honestidad.

—Yo ya he firmado la cláusula de confidencialidad, puede estar tranquila, Miss Q. Mi honor está en ello.

—Y su provecho económico.

El trazador se envaró.

—Le aseguro que no es usted mi única cliente, Miss Q. Si ha oído hablar de mí y ha llegado usted a mi oficina, es porque alguno de sus conocidos ha contratado mis servicios y ha quedado satisfecho, ¿no es así?

Ella hizo un mohín y no contestó. El hombre decidió continuar, a pesar de que de un instante a otro ya no la encontraba tan maravillosa.

—Mire —dijo señalando un punto concreto en un diseño que parecía un gran árbol lleno de ramificaciones—. He llegado a la conclusión de que las circunstancias que la llevaron a conocer a su actual esposo y a casarse con él tienen su origen en este momento, quince años atrás.

—¿Tanto? Solo llevamos tres de casados. Hace quince es cuando yo llegué a Europa.

—Lo sé, pero observe esto. —Empezó a seguir con un pequeño puntero plateado algunas de las rayas que formaban el dibujo—. Se casaron hace tres años, efectivamente. Pero siga los acontecimientos hacia atrás

y verá que si no se hubieran dado estas, estas y estas circunstancias aparentemente sin importancia —el puntero iba señalando momentos de su vida pasada—, no se habrían encontrado juntos y solos en aquel hotel de Hawái cuando la erupción del volcán, y posiblemente no habrían decidido casarse.

»Podríamos intervenir también aquí y aquí, pero, después de estudiarlo minuciosamente, he llegado a una conclusión más simple: como su esposo es cinco años menor que usted, y ambos son aún muy jóvenes, yendo muy atrás podemos estar seguros de que, incluso si le conociera por casualidad en otro momento, no sentiría ningún tipo de atracción por él. Mire, todos estos puntos que he marcado con estrellas son cruces posibles en otros trazados. Considerando que él es también músico, del mismo género y de una categoría profesional quizá no tan alta pero similar a la suya, hay muchísimas ocasiones de que coincidan en el mismo festival, en estudios de grabación, en galas benéficas..., pero siempre se trataría de momentos poco propicios al romanticismo, no como en la catástrofe de Hawái. Aun así, observando sus vidas, parece que están casi destinados a encontrarse y a sentirse atraídos el uno por el otro.

—Pero yo lo odio —interrumpió ella, con vehemencia.

—Sí, ahora sí, en este momento, después de que él la haya engañado repetidas veces con otras mujeres e incluso con algunos hombres.

—¿Cómo sabe usted eso? —La maravillosa boca de Suzy Q se había convertido en una curva invertida, un rictus de tiburón.

—Leo las revistas. Y he hablado con muchos de sus conocidos.

—Discretamente.

—Discretamente, por supuesto. —Hubo una pausa—. Escúcheme, Miss Q, va en contra de mis intereses, pero, ¿por qué no se divorcia, simplemente?

Suzy sacudió la cabeza como una niña empecinada.

—Jamás le daré la satisfacción de verme vencida, de tener que luchar para conservar mi dinero, ya que dice que yo gano mucho más y quiere que lo comparta con él. No quiero pasar por la humillación de un proceso, y los buitres de los fotógrafos y los periodistas. Yo lo que quiero es que desaparezca de mi vida, o más bien que nunca haya estado en ella.

—Comprendo, Miss Q. Entonces está usted en el lugar adecuado.

—Dígame, doctor... —El trazador no tenía ningún doctorado, pero no corrigió a la cantante; casi todos sus clientes se sentían mejor llamándolo así—. ¿Puedo estar segura de que para mí todo seguirá igual? Verá..., he estado pensando... y no acabo de comprenderlo. Si usted cambia una pequeña decisión aparentemente sin importancia que tomé en mi pasado, una decisión de la que, sin embargo, dependen tantas cosas, ¿no es posible que el cambiar aquel detalle haga que no llegue a alcanzar la fama, por ejemplo?

Él le obsequió su sonrisa paternal, esa sonrisa que realmente lo hacía parecer un gran médico, que le daba incluso una cierta aura de divinidad.

—No, Miss Q. No es posible. Sencillamente porque yo me ocupo tan solo de usted y de su vida, dejando de lado todas las demás. Yo cuido de que usted sea feliz, de que sus errores desaparezcan. Lo demás no importa.

—¿Eso... eso quiere decir que es posible que otras personas sufran por lo que vamos a hacer?

El trazador hizo un gesto para quitarle importancia a las palabras de su cliente.

—No voy a mentirle diciéndole que no habrá consecuencias para otras personas de su entorno. Claro que las habrá. Pero la ventaja es que ellos no van a notarlo. Es decir, que, igual que usted cuando entre en el nuevo trazado ya no sabrá que estuvo casada con Baby Jack durante tres años, tampoco ellos sabrán lo que han perdido. Y entre sus amigos y conocidos algunos seguirán ahí y otros habrán desaparecido de su vida cotidiana, pero nadie sabrá que antes fue de otra manera. Todos seguirán viviendo sin tener conciencia de que el día anterior a mi nuevo trazado su vida era diferente. O quizá, los más sensibles de entre ellos, tengan una intuición de que las cosas no son como debieran, que han tenido más suerte de la que esperaban, o bien lo contrario, que no se merecían ese revés que les ha llegado de repente o esa nueva vida que están viviendo que, para ellos, claro, es la de siempre.

Suzy lo miraba con los ojos muy abiertos, esforzándose por creer lo que el hombre le explicaba.

—Escúcheme, Miss Q, siempre ha habido trazadores en el mundo; solo que a veces ni ellos mismos se daban cuenta de su capacidad y no habían aprendido realmente a usarla. Otros, muy pocos, lo hacían conscientemente. Es decir que esos deslizamientos han existido siempre. ¿Nunca ha sentido usted misma, o ha oído comentar a otra persona, que hay momentos en los que uno tiene la sensación de que han cambiado las cosas; que lo que iba a suceder, lo que uno sentía con claridad que estaba a punto de pasar, no ha sucedido; que la línea de su vida ha cambiado como cuando se cambian las agujas del tren en una estación y la locomotora enfila otra vía que no era la que estaba prevista?

Ella asintió despacio mientras él cruzaba mentalmente los dedos para que no le preguntara lo que hasta ese momento solo le había preguntado uno de sus clientes: “¿Y si acude a usted otra persona de cuya nueva decisión depende que MI vida cambie, lo hará?”. No quería mentirle, ni tampoco quería decirle que en la base todo era cuestión de cuánto estuviera dispuesto a pagar el otro cliente y de lo simpático que le pareciera a él.

Tuvo la suerte de que la inteligencia de Suzy Q, al contrario de lo que había creído poco antes, no estaba a la altura de su voz y su presencia sobre el escenario.

—Es difícil creer que sea usted capaz de hacer cosas así —dijo en voz baja, jugueteando con uno de los muchos colgantes que llevaba al cuello.

—Seguramente por eso ningún gobierno me ha contratado todavía. Porque no creen que sea posible —contestó él en tono de broma para aligerar la situación.

—¿Lo haría? —preguntó ella abriendo mucho los ojos.

—Resultaría casi imposible, Miss Q. Demasiadas variables —mintió él, aunque en su mentira había un punto de verdad. Sí que había muchas variables, pero se podría intentar. De todas formas, él estaba contento con su vida; no pensaba arriesgarse a que todo desapareciera al provocar un cambio a nivel gubernamental.

—¿Entonces? —El trazador sonrió a su cliente, ofreciéndole una pluma de esmalte.

—De acuerdo.

Suzy Q escribió su nombre en el contrato con su letra infantil, redonda y trabajosa. Un minuto después, usando un dispositivo electrónico, hizo una transferencia a la cuenta del trazador. Una transferencia de varios millones.

Mateo Miralles abrió los ojos y por un momento se sintió totalmente desconcertado. No recordaba dónde estaba ni qué hacía allí. Giró la cabeza a un lado y a otro, tratando de orientarse, hasta que, poco a poco, los recuerdos fueron volviendo.

Estaba en el piso que acababa de alquilar, por eso no había reconocido nada al despertar. Era la primera noche que pasaba allí. Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo antes de saber si le apetecía. Poder fumar nada más abrir los ojos, aún en la cama, era uno de los pocos placeres que conllevaba estar de nuevo solo.

Carmen se había quedado con el piso, con el niño e incluso con el perro que había elegido y entrenado él; eso era lo que más le dolía. El niño... casi agradecía que se lo hubiera quedado ella. Acababa de entrar en esa fase en la que los hijos quieren demostrar por encima de todo que son más hombres que su padre, y su convivencia se había convertido en un infierno.

Se preguntó, como tantas veces, qué era lo que había hecho mal en la vida para encontrarse ahora, quince años después de su primer trabajo, en esa situación: con una exmujer que lo odiaba, un hijo que lo despreciaba, un empleo que no le daba ninguna satisfacción y un estudio amueblado por donde debían de haber pasado docenas de fracasados como él.

Y sin embargo, quince años atrás, cuando se presentó a aquella entrevista de trabajo en Frankfurt, se sentía dispuesto a comerse el mundo. Sabía que estaba destinado a hacer grandes cosas, a encontrar y conservar esa felicidad que a tanta gente se le negaba. Pero él era especial, él estaba seguro de conseguirlo.

Al principio le había ido bastante bien, le habían dado el trabajo e incluso había estado a punto de participar en la campaña de lanzamiento del primer disco de Suzy Q, pero luego el director había cambiado de opinión y lo habían trasladado a Londres. Allí había conocido a Judith, y aunque durante un tiempo habían sido felices, luego ella tuvo que cambiar de ciudad por asuntos de trabajo y poco a poco la relación se fue enfriando, incluso después de que él hubiera dejado su puesto en la discográfica para irse a vivir con ella e intentar salvar su pareja. No lo consiguió y además tuvo que buscarse otro empleo. Desde entonces no había vuelto a trabajar en el mundo de la música.

Unos años y un par de relaciones después, conoció a Carmen, se casaron y tuvieron al niño. Y ahora estaba en una editorial especializada en libros esotéricos de medio pelo, intentando desesperadamente que las ventas fueran suficientes para justificar su puesto y su sueldo. No tenía ni idea de cuánto le duraría, de cuándo decidirían que podían pasarse sin un jefe de Marketing.

Hizo una inspiración profunda, se obligó a sonreír, aplastó la colilla en el cenicero y se rascó la cabeza en un intento inconsciente de estimular la irrigación de su cerebro. Otros estaban peor. Al menos él aún tenía un trabajo al que acudir por las mañanas, aunque su exmujer y su hijo se quedaran la mitad de lo que ganaba.

La radio se puso en marcha a las siete, como siempre, al principio de las noticias, y la voz del locutor lo sobresaltó por un momento. Baby Jack, el cantante de cara de niño que traía locas a las jovencitas del planeta, había sido hallado muerto, apuñalado, en su chalet de Beverly Hills. Su esposa, la famosa actriz Sherry Donovan, diez años

mayor que él, acababa de ser detenida y había confesado haberlo asesinado en un arrebato de celos.

Mateo se levantó con un suspiro. Él, al menos, seguía vivo.

Al salir de la ducha Suzy Q estaba cantando una canción que siempre le había gustado: *You Can't Change Your Luck*. Tenía la sospecha de que era una gran verdad. Ⓢ

UN CALLEJÓN INCONSTANTE

HORACIO BOTTA

Horacio Botta. (Montevideo, 1980). Escritor, profesor de literatura y músico. Ha publicado cuentos y poemas en las revistas *MiNatura*, *El Narratorio*, *Burak* y *Gualicho*, y en los libros *Ruido Blanco 8* (2020), *Ruido Blanco 9* (2021) y *Lo mejor de Ruido Blanco* (2022). En 2020 obtuvo el primer premio del concurso internacional de ciencia ficción *Carbono Alterado*.

Vi al tipo por primera vez en una de las librerías de viejo de la calle Tristán Narvaja, en donde encontrábamos curiosidades amarillentas para ostentar, después, con los colegas. La búsqueda nos juntó a mí y a Udolfo, con quien tomábamos café, aislados del público en una mesita penumbrosa al fondo, entre estanterías.

A mí y a este escritor maduro, sonriente, rojizo, no nos unía una amistad íntima, pero después de mostrarnos nuestros hallazgos, nos atrapó una forma ancestral de la camaradería entre bibliófilos, por lo que no faltó tema en el que entretenernos. El dueño del lugar, que disfrutaba de las tertulias, cada tanto quería intervenir en la nuestra pero debía atender a los clientes y cuando volvía la conversación había cambiado.

En aquellos días a Udolfo acababan de publicarle en otro país, una versión en inglés de su última novela, y él hacía observaciones sobre la desacertada traducción que habían hecho de muchos pasajes. No es raro que pasáramos a hablar sobre lo que estábamos escribiendo en ese momento. Hacía un par de años que yo publicaba mis cuentos de terror en revistas digitales, e inclusive en algunas antologías en papel. Me había hecho de cierta

reputación inestable por algún segundo premio que gané en certámenes del género, pero sabía que una fama tan caduca no puede sostenerse sin escritura y sin política.

Del frente del comercio venían las voces de los compradores itinerantes. Nosotros nos sentíamos distintos, acogidos por el perfume de los folios. Udolfo sopló sobre la taza de café ya tibio y me reveló sin ninguna discreción el argumento de un relato en el que los personajes seguían un plan ineludible y perfecto. Yo asentía tratando de disimular la envidia detrás de una sonrisa que era como un bigote falso, a punto de caerse. Udolfo terminó de contar el plan de su obra y se tomó el café de un trago. Era mi turno, y empecé a tartamudear algo sin sentido sobre unos cuentos a medio empezar que seguramente jamás terminaría. Lo cierto es que no tenía nada que valiera la pena, así que apuré una idea nebulosa y fingí interés en la zona iluminada del negocio.

Lo vi de perfil, oteando los estantes superiores. Arrugado y huesudo, usaba una camisa clara muy manchada y pantalones de gabardina por encima de los tobillos. Se volvió y me dedicó una mirada nauseabunda. Me sentí como un fisgón descubierto y traté malamente de atender lo que decía Udolfo, que no se había percatado de nada. Pero no me podía concentrar y tuve que ojear de costado. El tipo se había ido y yo me había quedado con un gusto astrigente en la boca.

Me despedí de Udolfo y del librero, que debió haber notado algo raro y preguntó si me sentía bien, pero contesté con ambigüedad y salí a la calle. Estaba atardeciendo y anduve un rato indiferente a mis libros bajo del brazo con un asco persistente. Después de unas cuadras la voz se me pegó a la oreja y me puse tenso. Giré y lo vi con detalle:

olía a rancio, y no era tan viejo como había creído, pero me daba la impresión de un contagioso recién escapado de un lazareto. Me apretó la mano con los dedos escamosos y pronunciaba las palabras chasqueando la lengua, diciendo que había escuchado mi conversación con Udolfo. Dijo que él también era escritor, pero no mencionó su nombre, ni se lo pregunté, preocupado por el tacto indeseable de su mano. Habló de la inspiración, de la página en blanco y de un lugar en donde los cuentistas encontraban relatos como si salieran de abajo de la tierra. Yo quería irme y quizá por eso cuando me preguntó mi nombre se lo dije, me solté de la rugosidad y me largué de allí.

Me subí al omnibus y traté de distraerme con el celular, pero la incomodidad se redobló cuando vi las notificaciones de mis redes sociales. Solicitudes de un mismo perfil con un nombre hecho de letras y números sin sentido y con la foto del hombre enfermizo. El usuario no mostraba contactos y la información en las cuentas era privada. Pensé en bloquearlo y antes de hacerlo me percaté de que en todas las redes me había enviado un mismo mensaje: una captura de pantalla en la que se marcaba un punto en un mapa, no demasiado lejos de la librería.

No borré la imagen, aunque sabía que debía hacerlo. ¿Qué sentido tenía pretender? Todos cestamos a prueba hasta que nos enfrentamos a la repugnancia que nos seduce, como quien no puede evitar mirar un plato con carne rebosante de larvas.

Pasaron unos días y maduró mi deseo de visitar el lugar. Anochecía en este barrio cercano a la bahía donde las calles, empedradas a la vieja usanza, suben y bajan entre galpones enormes y edificios como cubos, construcciones que fueron fábricas y hoy están abandonadas. El mapa

señalaba un punto en un bloque entre dos calles muy conocidas. Supuse que se trataría de un callejón no señalizado. Caminé por esa cuadra pero no había rastros de ningún pasadizo. Di la vuelta completa a la manzana y pensé que todo era una broma. Pero me intrigó darme cuenta de que las ventanas de aquel edificio imponente de ladrillos, pequeñas y redondas como banderolas de baño, estaban a seis o siete metros del piso. En seguida me vino una idea que quise desechar por absurda, pero para sacarme la duda volví a caminar alrededor de la mole rojiza dos veces y tuve que aceptar no solo que la calle no existía, sino que el edificio no tenía puertas.

Regresé al lugar que indicaba el mapa y vi en la acera de enfrente, al lado de una columna, tres jóvenes sentados, sufridos, fumando en silencio. Uno se levantó y empezó a venir directamente hacia mí. Me pidió una moneda, y me desconcertó que de entre los dientes amarillos saliera una voz tan arenosa y aguda como de falsete. Mientras escarbaba en el bolsillo le pregunté por el callejón. Estiró los dedos percutidos y cuando agarró las monedas sentí en la palma el roce de sus uñas quebradizas. Retiré la mano en seguida, sin temor a que resultara ofensivo, y mientras señalaba hacia mis espaldas, la voz susurró algo sobre no entrar y se fue con los otros, que ahora encendían un fuego.

Yo había jurado que la calleja no existía, pero ahora veía una entrada entre los ladrillos. Me acerqué y entré. No podía extender mis brazos hacia los costados. La primera impresión era que el corredor era recto, pero después noté que hacía leves curvaturas hacia derecha e izquierda y que cuando uno intentaba mirar a la distancia, la vista no llegaba a más de unos pasos. Caminé entre paredes altísimas por mucho rato. Pensé que eso era imposible

ya que las cuerdas en ese barrio no tienen más de cien metros, pero seguí fascinado, escuchando solamente mi respiración y sin poder precisar de dónde venía la luz pálida que iluminaba el trayecto. De algún lado salía un olor muy fuerte a comida que me recordó al hombre flaco. Caminé unos pasos más y el callejón se fue angostando hasta que no pude avanzar. Varios metros más allá, en el vértice, había una puerta incomprensible de madera gastada, larga y angosta como una hoja de celosía que no tenía pestillo.

Fue entonces cuando escuché el golpeteo mecánico, sincopado. En ese lugar tan estrecho en el que el aliento rebotaba en las paredes demoré en darme cuenta de que el sonido venía de abajo. A un palmo sobre el suelo había una rejilla de desagüe. Algo la empujaba desde dentro y, a pesar de un primer temor, me agaché. Antes que terminara de hacerlo, de uno de los huecos de la rejilla salió un rollo de papeles sucios pegados con cinta adhesiva. Tomé el rollo y me inquietó ver mi nombre escrito a lápiz con una letra despareja. Cuando me incorporé escuché un ruido en la puerta angosta: trataban de abrirla desde el otro lado. Empecé a desandar el camino, que parecía haberse vuelto más estrecho. Por efecto de las curvaturas ya no veía la puerta de madera pero el ruido era ahora violento, como si estuvieran pegándole mazazos. Sentía los muros que me raspaban brazos, piernas, hombros, deteniéndome. A pesar de la urgencia tomé aire y fui más lento, pero ahora las curvas tenían giros imposibles. Escuché que desde la calle me llamó la voz arenosa y de un recodo salió la garra: la tomé sin pensar en la mugre, y me tironeé ayudándome a salir. No recuerdo los metros finales. Cuando estuve en la acera el sol se estaba ocultando. Agradecí a quien hacía un rato me había parecido una amenaza y ahora me había

salvado, aunque yo no supiera exactamente de qué. Le di el dinero que traía. Lo aceptó sin mirarlo y se fue a reunir con los otros alrededor del fuego. Uno de ellos desplumaba una paloma viva.

Llegué a mi casa después de un viaje en bus en el que había estado apretando el rollo de papeles en la mano hasta aplastarlo. Corté la cinta y se desplegaron cinco hojas tamaño carta, mecanografiadas y con manchas de tinta. Eso explicaba el sonido sincopado que ahora se revelaba como de una máquina de escribir. Me estremecí al pensar que esos papeles habían sido terminados de redactar mientras yo entraba en el callejón.

No tenía título. Su prosa era impecable, sin ruido, y las palabras se unían de tal modo que la historia fluía como una corriente de hechos lógicos, inevitables pero sorprendentes. Una vez instalado el planteo, en la segunda página los personajes se enfrentaban en absurdos conflictos y tomaban decisiones que los obligaban a acciones inconfesables. Cada tanto debía interrumpir la lectura y miraba por sobre mis hombros, aunque sabía que estaba solo, no para cotejar que ninguna monstruosidad estuvieran allí, en mi apartamento de soltero, sino por la posibilidad de que alguien me descubriera leyendo aquello. Un miedo viscoso emanaba del texto y cuando llegué a la última página, me quedé balbuceando como frente a una cosa rota e irrecuperable, como si entre las manos se me acabara de escurrir algo sagrado, y solo quedaran preguntas. En mi vida he llorado al terminar novelas que me conmovieron por ser testigo de la vida de los otros. Ahora lloraba porque deseaba no haber leído nunca aquello, y supe que se acababa de levantar un muro entre quien comenzaba a ser y aquello de mí que se había

destruido: cada resto de candidez, cualquier huella de inocencia y, en definitiva, todo rastro de mi infancia.

A la mañana me desperté vestido con el manojo de papeles apretados en la mano. Lo dejé en la mesa y mientras desayunaba pensé en quemarlo, pero no pude. Cada tanto lo ojeaba como a un juguete nuevo pero fallido. Lo guardé entre otros libros con la esperanza de que el olvido se interpusiera entre él y yo: durante días intenté distraerme, pero empecé a sacar el cuento de su escondite y a llevarlo conmigo como a un talismán con el que cada tanto me ocultaba, para tocarlo y leerlo embriagándome de sus imágenes. Tomé la peor decisión: lo presentaría como mío.

Llegó el domingo y me encontré con Udolfo en la librería. Dejé que la conversación avanzara pero estaba impaciente por mi oportunidad para mostrar el relato, así que apresuré el tema de la escritura y puse el rollo entre ambas tazas de café. Udolfo se puso los lentes y antes de la mitad del relato había perdido el color y me pidió disculpas por tener que interrumpirse. Cuando se levantó vi que hablaba con el librero que se arrimó con el ceño fruncido, y fingiendo curiosidad me preguntó por el cuento. Se lo señalé y tampoco llegó a la segunda página: salí de allí bajo golpes y gritos, con un ojo amoratado y la promesa de que si volvía el resultado sería peor. Udolfo quedó abatido en el fondo.

El fumador tose y maldice el cigarrillo que pita a primera hora de la mañana. El ludópata abjura de la Fortuna un segundo después de tirar los dados. El adicto al sexo padece un cuerpo que rechaza pero anhela. Una vez que el veneno entra, se queda como una bestia que reclama su alimento diario. Yo tuve que volver al callejón, y así lo hice, una tarde como la primera. Quien me había

ayudado la primera vez estaba mojando un pan en algo que humeaba de una lata y cuando me vio, abrió la boca para gritar algo que no entendí. No le quedaba ni un solo diente y en lugar de lengua tenía un muñón sanguinolento recién cosido. Retrocedí mientras los otros me amenazaban para que me fuera de ahí. Pero yo debía entrar en el pasillo que ahora me esperaba abierto en la vereda de enfrente.

Esta vez fui expresamente a la rejilla. Apareció un nuevo rollo con mi nombre y lo agarré. Temía al golpeteo en la puerta angosta, que ya había empezado, así que me apuré y cuando salí lo hice sin ayuda. Después del viaje cerré la puerta de mi casa, abrí el rollo y leí con ansia una historia aún más terrible que la primera. Cuando terminé, sentado en el piso, sucio de días y de lectura, me quedé mirando hacia la nada con el convencimiento de que ya estaba perdido. Perdí los pocos contactos que tenía, y abandoné lo que me quedaba de vida normal. Yo regresaba al callejón inconstante y la mayoría de las veces no lo veía: sentía puntadas en mi cuerpo señalando la abstinencia. Buscaba en Internet algo que me calmara pero nada se comparaba a la belleza de esos relatos que atesoraba como a frascos de perfume vacíos.

La última vez, aquella última vez, mientras caminaba por el callejón se hizo la noche y escuché el golpeteo de la máquina detenerse tras la rejilla. Me puse en cuclillas y esperé. Empezaron los martillazos en la puerta de madera, y la urgencia me hizo poner mis dedos en el hueco. Se oyó un rasguido y sentí el tacto huesudo, escamoso, familiar, apretándome la mano. Me solté como pude y salí espantado, pero no pude moverme, acorralado entre las paredes húmedas, abalanzadas sobre mí. Las piernas se me entumecieron y los tobillos estaban apretados como por

grilletes. Cuando miré hacia el cielo no pude distinguirlo. Perdí entonces la noción de dónde era abajo y dónde arriba. En esa prisión entre muros, después de horas de forcejeo, quedé dormido. Desperté acostado en esta penumbra, con mi aliento pegando contra el techo bajo, y un peso enorme sobre los muslos. Apenas tuve espacio para levantar un poco los hombros y la cabeza. A mi lado humeaba un plato hondo con un líquido maloliente. Una luz insignificante venía, viene, de un costado a la altura del vientre, un hueco circular, una rejilla, y no pude contener esta vez un alarido cuando distinguí que aquello pesado y metálico sobre mis piernas era una máquina de escribir. Hasta ahora ese grito retumba en este encierro. ☆

WALDEINSAMKEIT

LEANDRO CARABALLO

Leandro Caraballo (Sauce, Uruguay, 1990). Sus cuentos han sido publicados en diversas revistas y libros, entre ellos *Contaminación Futura 3* y *Ruido Blanco 10*. En 2022 obtuvo el segundo premio en el concurso internacional de cuentos Carbono Alterado.

Me mudé a Alemania a principios de los setenta. No tenía una verdadera razón para hacerlo, pero por esos años tampoco contaba con un motivo para permanecer donde vivía. No me quedaba familia y me sentía cansado de la urbe latinoamericana: húmeda, ruidosa y germinal. Cuando un conocido me ofreció su casa en las afueras de Pforzheim por unos pocos miles de marcos alemanes acepté sin pensarlo demasiado.

Luego de comprar la casa con la herencia que me habían dejado mis padres vendí las pocas cosas que tenía y emprendí el viaje. Todo fue hace muchos años y bastante ha pasado desde entonces. La verdad es que no me interesa pensar en esas cosas, pero hoy el bosque me rechaza, empujándome hacia esos recuerdos.

Cada vez es más difícil perderse en el bosque. Me refiero a perderse de verdad, alcanzando esa auténtica sensación de soledad que es casi un viaje en el tiempo, no solamente

espacial. Un desprendimiento de la modernidad, un caer fuera de ella.

Pero hoy nada de eso sucede y solo camino entre las hojas podridas y el musgo, con los abedules inmóviles sobre mi cabeza. Estos viajes fallidos son cada vez más frecuentes. Siento como si caminara por el jardín de mi casa, nada más.

Vuelvo a pensar en cosas en las que no quiero pensar: la casa, construida al estilo racionalista de finales de los cincuenta, me desagradó desde el comienzo. En ella se cristalizó toda la urbanidad de la que yo quería escapar al perderme en el viejo continente. Al llegar sentí que me habían engañado. Blanca, prolija y de ángulos rectos, construida sobre una base también blanca que parecía levitar sobre el suelo de hojas secas, nada tenía del encanto prometido de una cabaña en el medio del campo.

A pesar de todo me mudé, a esa altura no tenía realmente opción.

Todavía no me agrada la casa, pero el tiempo ha logrado que me acostumbre. Además, la pintura y la madera han envejecido, dándole un aspecto más agreste. En definitiva no paso mucho tiempo en ella. La mayor parte del día lo consumo en mis paseos y el resto en la tienda de relojes.

Trabajo hace décadas en una joyería, entre el polvo y los relojes adornados que ya nadie compra. Fue el primer trabajo que conseguí y de alguna forma lo he mantenido todos estos años. Paso todo el día solo. Hace tiempo que no entran clientes y el viejo solo baja de su casa en el segundo piso unos minutos cada mañana para husmear la vitrina con sus ojos secos, buscando en vano un espacio vacío que indique que algo se ha vendido el día anterior. Luego desaparece. No conozco la razón por la que no cierra de una buena vez, aunque tampoco me importa demasiado.

La soledad de la tienda es muy diferente a la que busco cada día en el bosque. Es una sensación sometida, miserable, manchada una y otra vez por las sombras que atraviesan cada pocos minutos el vidrio opaco del escaparate. Dentro de la humedad de la tienda mis pensamientos jamás se aventuran más allá de lo cotidiano. Me aburro mucho.

En mis primeros años como vendedor todo era muy diferente. Los clientes abundaban y el jefe hablaba constantemente conmigo. En Pforzheim son comunes los inmigrantes pero no hay muchos latinoamericanos entre ellos, por lo que al joyero le interesaban mis historias. A mí me venía bien practicar el alemán por lo que toleraba su interés morboso que más de una vez me hizo sentir una especie de animal exótico.

Pensar en el joyero hace que aferre la correa que llevo en el hombro derecho, y que sostiene en su lugar el Máuser que él me vendió años atrás, cuando comencé a caminar regularmente por el bosque. El viejo insistió mucho para que lo comprara. Al principio creí que solo quería deshacerse del arma y de paso hacer un poco de dinero a expensas de un extranjero crédulo. Pero cuando le pregunté por su insistencia me miro con sus ojos reseco y habló con extrema seriedad. No recuerdo la frase exacta que pronunció pero su tono logró convencerme de la necesidad de tener el arma.

Ahora se me ocurre que el viejo jugó un rol protagónico en mi creciente habilidad para perderme en el bosque, al menos en un principio. En cada paso del proceso que he recorrido me empujó a seguir con sus consejos y reacciones, que más de una vez eliminaron mis temores de estar enloqueciendo.

Fue él quien me dijo la palabra por primera vez, alrededor de un año después de que me mudara.

Para ese entonces ya se había agotado la sensación de aventura nacida con la mudanza y el cambio de ambiente, y mis intentos de introducirme en la vida social del lugar habían fallado uno tras otro. No conocía a nadie además del joyero y su esposa. Comencé a sentirme aislado, recortado del mundo.

Lo único que parecía haberme recibido de brazos abiertos era la tierra. Mis paseos por los alrededores se volvieron cada vez más frecuentes y largos, y no tardé en comenzar a recorrer el bosque.

Lo recuerdo con nitidez, la mañana en que el viejo dijo la palabra yo intenté describirle con mi pobre manejo del alemán la sensación que me había despertado el paseo del día anterior. El viejo me miró y bajó los hombros. Luego habló sin ganas, como si fuera lo más normal del mundo. *Waldeinsamkeit*, dijo. Ante mi desconcierto me explicó que la palabra era intraducible, pero que refería a la tranquila sensación de soledad que se despierta al caminar por el bosque sin compañía.

Es una noción muy conocida en la región y que conecta con una rica historia espiritual, que al parecer lleva hasta los antiguos eremitas cristianos de la edad media.

Desde ese momento adopté como propósito el recrear, y de ser posible incrementar, la *waldeinsamkeit* que había sentido aquel día. Hoy admito que lo hice para escapar de la sensación de fracaso que me invadía por aquellos tiempos, pero pronto comprobé que había mucho más en mis paseos que la simple evasión. Ver los Cabeza de Jabalí por primera vez me convenció de ello.

Un grito me distrae, arrancándome de mis pensamientos. Miro alrededor, avancé mucho mientras pensaba, absorto. Pero eso no es lo que me importa. El

sonido fue inusual, humano o animal, no estoy seguro. Sin embargo su intensidad fue clara. La sorpresa aceleró los latidos de mi corazón. Me quedo inmóvil un instante pero el sonido no se repite.

Hace años que los ruidos ajenos llegan al bosque cada vez con mayor frecuencia. Alarmas y motores de autos, aviones, fábricas. Sin embargo el sonido que escuché no pertenecía a ninguna de estas fuentes.

Tomo el rifle en mis manos y avanzo con cautela en dirección a donde creo se originó el ruido. De golpe estoy muy consciente de mi cuerpo y los alrededores. Hace calor y el sudor me corre por la frente y la espalda. El brillo que se abre camino entre las ramas desde lo alto limita mi visión.

Exhalo con fastidio: son justamente estas constantes distracciones las que me impiden perderme. Mientras avanzo pienso que hace meses no siento el cambio, la transformación del olor y color del aire que indica el pasaje a ese otro lugar dentro del bosque.

Intento en vano calcular el tiempo que pasó desde que vi por última vez un Cabeza de Jabalí deambulando. Y ni hablar de la Iglesia.

Mientras atravieso un espeso grupo de helechos no puedo evitar visualizar la fachada oscura y húmeda. La alta torre se instala con gran claridad en mi mente. Emerge por encima de los árboles y la neblina, culminando en el campanario. Siempre llueve cuando encuentro la Iglesia, por lo que el metal de la campana brilla en la oscuridad. El interior, que nunca me he atrevido a explorar, está encendido por la luz cálida de las antorchas, que desborda de los cristales hacia el jardín que rodea la capilla. Este siempre está muy descuidado, sin importar el lugar del bosque donde encuentre la construcción.

En el bolsillo de mi chaqueta de cuero conservo una flor que arranqué del jardín la primera vez que di con la iglesia. Mi mano derecha la toma de manera instintiva, se asegura de que esté ahí y luego la deja en paz.

El recuerdo de la lluvia y la neblina hace que un escalofrío recorra mi espalda. La sensación, sumada al calor que me envuelve, es extraña y desagradable.

Llego a un claro y miro alrededor. No veo nada extraño pero decido avanzar un poco más. No puedo explicar el origen de esta necesidad. Podría decir que algo me llama unos metros más adelante, donde el bosque vuelve a tupirse de helechos y troncos de abedules, pero no es realmente algo tan claro ni directo.

Siempre avanzo de esta forma.

En todos estos años llegué a convencerme de que esta es la manera correcta de moverse por el bosque. El proceso de perderse tiene algo de automático, de saltar de un espacio al otro como la mente se desliza entre ideas. Así di por primera vez con los Cabeza de Jabalí, escandinavos enormes que recorren el atardecer del bosque, cuando está despejado. Parecen deambular sin rumbo y sin prestarle atención a nada, pero con los años aprendí a reconocer el tirón del bosque en sus movimientos. Idéntico al que me empuja a mí.

Al llegar a donde nacen los helechos siento un nuevo tirón, luego otro. Me desplazo varios cientos de metros. La urgencia es cada vez mayor y comienzo a sentirme nervioso. Esto, sin embargo, no es inusual. Muchas veces el movimiento dentro del bosque viene acompañado de una creciente ansiedad, como si hubiera una cantidad limitada de desplazamientos y los estuviera desperdiciando en terrenos equivocados.

La mayoría de las veces que comienzo a sentirme de esta forma el paseo culmina en la nada, otras, las menos, en el humo.

Esta vez no parece ser ninguna de las dos opciones. Avanzo, dando saltos entre espacio y espacio hasta casi correr, pero el aire se mantiene cristalino. No toso ni me siento ahogado, ni distingo la típica columna de aire negro ascendiendo entre los troncos, a la distancia.

Tampoco siento la ansiedad desvanecerse en la nada, perdida en el simple trastabillar causado por extraviar el camino correcto. Nada de eso, sino que mi nerviosismo continúa aumentando.

Escucho el grito por segunda vez y comprendo que esta situación que comienza a apoderarse de mi entorno es completamente nueva. El rifle pesa en mis brazos y hombros, manteniéndome firme sobre mis pies. Siento miedo. A pesar de esto es innegable que avanzo por un camino claro y seguro, que no me permite dudar de mis pasos.

La fuente del ruido está a poca distancia, la distingo claramente detrás de unos troncos caídos, muertos.

Me acerco un poco más. Varios cuerpos parecen estar forcejeando. Se oyen gritos y gemidos. Por precaución me alejo una decena de metros entre un grupo compacto de abedules, quiero poner algo de distancia entre lo que sea que está pasando y mi cuerpo.

Una vez posicionado observo alrededor. Dos grandes hombres, vestidos con chaquetas de aviador, empujan y golpean a una mujer que se agita en el suelo. Está desnuda, su piel pálida resalta contra la tierra oscura y los troncos húmedos.

En un lento y preciso movimiento enderezo el Máuser oxidado y presiono el gatillo. La explosión silencia todo lo que me rodea y pone fin a la violencia.

Mientras corro el cerrojo observo la nube rosada que se suspende sobre la mujer. Por un instante todo queda inmóvil. Luego, noto que a su lado los dos cuerpos se mueven en espasmos. Disparo una vez más, esta vez el ruido me sacude. Cuando me recompongo observo que los ojos de la mujer me miran, celestes y fríos, aferrándose. Corro el cerrojo y disparo otra vez. Los cuerpos reciben inmóviles el tercer impacto.

Me levanto y atravieso la línea de árboles hasta llegar al claro. La mujer me mira, pálida y temblorosa. Sin embargo su rostro ahora es firme, impávido. Sus ojos me miran espléndidos, como si fuera ella la que acabara de rescatarme y no al revés.

Tengo que detenerme, estoy débil. Veo los cuerpos emanando sangre y me siento enfermo. Me apoyo en un tronco y vomito. El tiempo avanza. Lentamente recupero mi compostura y me acerco un poco más. Cuando estoy a unos pasos dejo la carabina a un lado, moviéndome con lentitud. El arma queda apoyada en un árbol. Finalmente me quito la chaqueta y la dejo caer con suavidad sobre su cuerpo.

Me mira, yo hablo entre murmullos. Dudo de mis palabras pero aun así las pronuncio, compulsivamente. «Du bist sicher, aber zurückzukommen liegt an dir».

Sus dedos finos se aferran del cuello de lana y sus piernas comienzan a cruzarse. Segundos después está sentada sobre la tierra empapada de sangre. La chaqueta le cubre el torso y las piernas. Sus pies sobresalen de la parte inferior. Me doy cuenta de que los dedos están azules a

causa del frío, pero su cuerpo ya no parece temblar. Vuelve a mirarme y se levanta. Ahora soy yo el que tiembla. ¿En qué momento bajó tanto la temperatura?

Mientras su cuerpo se endereza, y como si nada le hubiera pasado, murmura tranquilamente unas palabras que apenas alcanzo a escuchar. «Und sich zu verirren, hängt von dir ab».

Cuando su voz ronca se detiene nos envuelve el silencio por unos segundos.

El chillido de un pájaro escondido entre las ramas rompe la inmovilidad de la escena. Ambos miramos sin dar con el origen del ruido. Luego la mujer comienza a moverse. Se pone la chaqueta. Su pecho queda desnudo por varios segundos durante la operación, pero no parece importarle en lo más mínimo. Observo que desde el centro de su estómago un color terroso se expande, devorando rápidamente la palidez que antes cubría su piel. Los movimientos de su cuerpo son precisos pero bruscos.

Cuando termina de acomodarse se endereza todavía más. Su altura es superior a lo que creí en un principio y su piel ya es en su totalidad de un tono cobrizo brillante. Me mira, inclinando levemente el mentón hacia abajo, y luego se dirige al rifle.

Mientras su perfil abandona mi campo visual veo surgir, a unos cien metros de distancia, una torre que corona una pequeña colina. Parece un faro en un mar de árboles. Es la primera vez que veo algo así.

Observo inmóvil la escena. Detrás de mí escucho los pasos de la mujer, que lentamente se aleja. La soledad vuelve a instalarse a mí alrededor. Por un segundo lamento haber perdido la chaqueta y la flor que estaba en el bolsillo, pero ya no hay nada que pueda hacer para recuperarla.

Pronto siento el impulso de moverme, de acercarme al faro.

Algo me empuja hacia esa nueva estructura y a pesar del frío y de haber perdido mi única arma comienzo lentamente a ascender la colina.

El sol parece estar poniéndose detrás de la torre y alumbra con intensidad mi camino, cegándome. Una intensa sensación de bienestar me invade. Avanzo con creciente vehemencia, más y más dentro del bosque.

Minutos después la fuente de luz se posiciona completamente detrás del faro. Los rayos de sol ahora llegan oblicuos y me permiten ver alrededor. El atardecer del bosque me rodea. A lo lejos y entre los troncos de los abedules la cerrazón difumina el horizonte. Me doy cuenta de que es la primera vez que el anochecer me encuentra todavía perdido.

Mientras avanzo el bosque parece abrirse paulatinamente. Cada vez hay más distancia entre los árboles y la vegetación del suelo empieza a cambiar.

Me extraña lo mucho que demoro en llegar a la base de la torre. Cuando la vi por primera vez, detrás de la mujer, me pareció que no estaba a más de unos minutos de caminata. El terreno que la rodea también parece ser diferente a lo que había imaginado. Avanzo entre una espesa neblina y lo poco que puedo ver me recuerda a un pantano.

Mi camino se ve interrumpido por un alto muro de ladrillo, envuelto casi en su totalidad por enredaderas resacas. De pie frente a él ya no alcanzo a ver la torre en el cielo. Dudo de si continuar avanzando o dar media vuelta, pero siguiendo un nuevo tirón comienzo a recorrer la pared transversalmente.

Una docena de metros a la izquierda doy con una abertura en el muro. La reja está abierta y oxidada. Al atravesarla vuelvo a encontrarme con la visión de la torre. Está en el centro del lugar: un jardín amplio y esférico, decorado con infinidad de estatuas de mármol. Avanzo, dando varios pasos en dirección a la figura más cercana, que representa un tipo de animal marino que no logro reconocer. A lo lejos el blanco de la torre es interrumpido por una puerta enorme, que parece estar hecha de madera.

Dentro del jardín no hay neblina pero el frío es muy intenso. Me cruzo de brazos pero aun así tiemblo con intensidad. Pienso que quizá dentro de la estructura la temperatura sea un poco más cálida. Luego de dudar un instante comienzo a avanzar por un camino de piedra que lleva hasta la base de la torre.

Observo varias de las estatuas mientras me acerco a la puerta. Ninguna de las criaturas representadas en mármol me resultan familiares, pero todas me hacen pensar en el mar. De hecho, todo lo que me rodea tiene una extraña cualidad marina, y hasta me parece sentir el olor del salitre en el aire helado.

Cuando estoy a unos pasos de la entrada la textura e imagen de las paredes me distraen de las figuras de mármol. El material blanco que forma la estructura, que de lejos parecía sólido y brillante, de cerca se muestra opaco, poroso. Al rosarlo con los dedos se siente similar al hueso, pero sus dimensiones son enormes.

En mi mente se instala el hipotético animal cuyo esqueleto podría haber sido usado para construir este tipo de estructura. Siento un fuerte escalofrío y comprendo que queda poco tiempo antes de que el sol termine de ponerse. A pesar de esto me acerco a la puerta y la empujo con las

manos. Una de las hojas se desliza en silencio. El animal se me presenta como una gran ballena, así lo imagino.

Al cruzar la puerta accedo a una habitación enorme y vacía. Noto que las paredes están hechas del mismo material que el exterior del faro.

Mientras recorro el lugar la gran ballena se desplaza por un vacío oscuro y profundo. Pronto me doy cuenta de que me estoy dirigiendo a un punto exacto del recinto, guiado por impulsos precisos.

Al llegar al lugar indicado y mirar arriba la veo, desplazándose en silencio sobre mi cabeza. También veo el vacío que la envuelve, infinitamente profundo.

Me dejo caer sobre el piso helado. Afuera el sol está por ponerse, ya casi no hay luz. No importa. Estaré mucho tiempo esperando todavía. ☼

**LAS MUÑECAS
DEL SEÑOR
IZUMI**

PABLO DOBRININ

Pablo Dobrinin (Montevideo, Uruguay, 1970) ha publicado los libros de relatos *Colores peligrosos* (Buenos Aires, Reina Negra, 2011; Montevideo, El Gato de Ulthar, 2012; Didakta, Eslovenia, 2015), *El mar aéreo* (Montevideo, Fin de Siglo, 2016, Primer Premio Nacional de Literatura de Uruguay 2018), *El bosque que crece por las noches* (Montevideo, Mig21 Editora, 2020) y *Un hoyo en el cielo* (Mig21 Editora, 2022), más la *plaquette* de poesía *Artaud* (Buenos Aires, Melón, 2012).

El señor Oshiro abandonó la ciudad en su flamante automóvil. Al llegar a la Rambla, bajó la ventanilla para disfrutar de la brisa marina. A esa hora de la tarde había poca gente en las playas. Tan solo un par de pescadores y un velero que parecía atornillado en el horizonte.

Después de dejar atrás la escollera y los montículos de cerezos, giró a la izquierda, tomó un camino de tierra flanqueado de plantas de aloe, y se detuvo frente a una solitaria finca.

La casa no era muy grande, tenía techo de tejas y paredes encaladas sobre las que trepaba una enredadera.

Oshiro descendió del vehículo, caminó hacia la cerca de tablas pintadas de verde, abrió un diminuto portón de hierro y avanzó por un sendero de piedra que dividía en dos un modesto jardín.

A poco de andar, advirtió que había un charco en su camino. Se agachó, tomó la manguera que estaba causando aquel percance y la colocó en la tierra junto a los hibiscos.

Luego levantó las piernas para no ensuciarse los zapatos con el agua derramada, y siguió caminando.

No había timbre, así que golpeó con los nudillos la puerta de madera. Cuando ésta se abrió, apareció un anciano vestido con un pantalón y una camisa de cuello mandarín.

—Buenas tardes, señor Izumi—dijo el recién llegado—, soy Oshiro. Hablamos por teléfono esta mañana.

El dueño de casa le dedicó una sonrisa al hombre cuarentón que lucía un impecable traje gris, y señaló con una discreta inclinación:

—Bienvenido.

El visitante siguió al anciano por un corredor que desembocó en una habitación repleta de muñecas antiguas. Oshiro observó maravillado aquellos objetos que se exhibían en repisas. Había muchos más de los que hubiese podido imaginar. Le habían hablado muy bien de ese sitio, pero nunca había esperado encontrar una colección tan extraordinaria. Las muñecas, todas de porcelana, estaban en muy buen estado y conservaban sus vestidos y accesorios originales.

Oshiro no supo si era por efecto de la luz que entraba por la ventana, o por los materiales que se habían empleado en su fabricación, pero lo cierto es que aquella legión de criaturas artificiales producía un efecto deslumbrante.

El hombre giró para inspeccionar lo que había en cada pared, y se sintió observado por incontables ojos. Luego se volvió hacia Izumi:

—Tiene una verdadera fortuna aquí, ¿alguna vez calculó el valor de todo esto?

El anciano obvió la respuesta, y preguntó:

—¿Quiere una taza de té?

—No. ¿Cuánto podría costarme una muñeca?

Izumi observó a su cliente. Estaba parado en el centro de la habitación, con los brazos en jarra y el mentón levantado; todo su cuerpo irradiaba determinación.

—No están a la venta —señaló el anciano—. Solo las alquilo por uno o dos días.

El hombre fingió no escucharlo.

—Ésta, por ejemplo— dijo señalando una figura de vestido blanco y cabellos negros—. ¿Cuánto quiere por ella?

—Puede alquilarla por dos mil yenes —explicó con calma Izumi.

—No, quiero comprarla. ¿Cuánto pide por ella?

—Dos mil yenes un día, y cuatro mil si la lleva por dos, eso es todo lo que puedo ofrecerle.

El señor Oshiro hizo una mueca de fastidio, abrió su billetera y puso cuatro billetes de mil yenes en las manos del anciano.

Después de que Oshiro llenara una ficha con sus datos personales, el propietario del establecimiento le entregó la muñeca en una caja de cartón.

Cuando se dirigió al auto, el cielo estaba teñido de tonos púrpuras y el aire se había renovado.

Oshiro colocó la caja en el asiento del acompañante, y le quitó la tapa para poder mirarla mientras manejaba.

Era una pieza de excelente factura. Los cabellos tenían un brillo y una consistencia muy natural. Las líneas del rostro hacían pensar en una persona joven y cándida del

sexo femenino, pero no en una niña, sino en una mujer que hubiese podido conservar cierta inocencia perturbadora. Una japonesa en su punto justo.

Oshiro deslizó una mano sobre la tela del vestido y sintió en la yema de los dedos la textura del encaje.

El guardia del barrio privado abrió los portones de hierro. Oshiro condujo unas seis cuadras entre el silencio, los pinos y el lujo de las viviendas, y se detuvo frente a su propio domicilio. Una casa espaciosa, de líneas simétricas, cuyo detalle más distintivo era el mármol que cubría la fachada.

Guardó el auto en la cochera y descendió con la caja bajo del brazo. Una vez en el interior de la vivienda, encendió las luces, dejó la caja sobre la cama de dos plazas y fue a darse una ducha.

Luego del baño, se afeitó, se refrescó el rostro con una esencia de menta y se vistió con un traje nuevo. Encendió un par de candelabros que había dispuesto sobre la mesa del comedor, y fue hasta la cocina. Recogió la comida que tenía guardada en el refrigerador y la llevó hasta el comedor. Después de colocar una botella de vino blanco, copas, una bandeja de arroz con calamares, y dos juegos de platos, fue en busca de la muñeca.

Cuando intentó sentarla frente a él, se dio cuenta de que quedaba un poco baja, así que le colocó un par de almohadones.

Oshiro sirvió las copas y los platos sin decir una palabra y comenzó a comer.

A través de la ventana abierta se veía el cielo azul oscuro, y una brisa fría traía el aroma de los árboles. La muñeca parecía sonreír.

Luego de la cena, el hombre lavó los platos, llevó la muñeca al dormitorio y la acostó en el lado izquierdo de la cama. Se desvistió, se acostó en el otro extremo y apagó la luz. Un minuto después empezó a hablar. Al principio de cualquier cosa: el tiempo, la economía, la política. Pero un poco más tarde, sin saber cómo ni por qué había llegado hasta allí, habló de un triciclo que le había regalado su padre, y de un camino de tierra que atravesaba un maizal y llegaba hasta un arroyo, y del mejor licor de ciruela que había probado en su vida, y también de unos libros enormes con bellísimas estampas de animales. De todas esas cosas habló Oshiro aquella noche, y lo hizo con serenidad, feliz por no tener que dar explicaciones a nadie.

Al día siguiente, llevó la muñeca hasta el auto, la sentó en el asiento del acompañante y le colocó el cinturón de seguridad. Dejó el barrio privado con las primeras luces del alba, tomó la ruta y se internó en una zona de praderas. Bajó las ventanillas para sentir el viento en la cara, y al cabo de una hora, empezó, en voz alta, a hacer un análisis de las cosas que podrían mejorarse en la compañía de inversiones que él presidía. Repasó las debilidades y las fortalezas, y llegó, acaso con un poco de hastío, a la conclusión de que parte del estancamiento se debía a la actitud indolente de algunos miembros del directorio. Por momentos, recordó, había sentido que ponían en discusión su autoridad. No obstante, consideró mientras acariciaba los cabellos de la muñeca, el hecho de haber realizado un diagnóstico temprano de la situación le daba cierta ventaja sobre el resto.

El domingo, el señor Oshiro y la muñeca compartieron la siesta y mataron el tiempo frente al televisor. Al caer la noche, regresaron a la casa de alquiler.

Izumi sacó la muñeca de la caja y la observó a conciencia.

—La he cuidado muy bien— dijo Oshiro.

—Sí, puedo verlo— expresó el anciano—. Y se lo agradezco.

—¿Alguna vez alguien le devolvió una muñeca en malas condiciones?

—No es muy común, pero ha ocurrido. Una vez un hombre me la trajo con un brazo roto.

—¿Un accidente?

—No. Parecía como si la hubiesen golpeado con un martillo, o una piedra.

—¿Pero por qué alguien querría dañar un objeto tan hermoso?

—No lo sé. Supongo que uno nunca termina de conocer a las personas.

—Sí, supongo que así es.

El dueño de casa colocó a la muñeca otra vez en la repisa.

Oshiro dijo:

—Tengo libres los fines de semana. Vendré el viernes cuando salga del trabajo.

—Será un placer recibirlo.

Oshiro tuvo una semana tranquila, mucho más de lo esperado. La compañía recuperó un par de puntos en la bolsa y, al menos en esos días, todo se deslizó sin

dificultades. Incluso llegó a preguntarse si sus temores no habían sido infundados; tan sólo en una oportunidad, un comentario ambiguo realizado por uno de sus socios le recordó la necesidad de mantenerse alerta.

Cuando el viernes estacionó frente a la casa de Izumi, su rostro se correspondía con el de un hombre que reconoce los peligros pero puede controlarlos.

En esa oportunidad, aceptó la taza de té que le ofreció su anfitrión. Ahora, una voz interior comenzaba a decirle que aquel era un buen sitio; una suerte de isla o un lugar donde recuperar cosas perdidas. Apenas era su segunda visita, pero estas ideas ya se elevaban —ingrávidas, sinuosas— como el aroma que brotaba de la infusión.

—Es un buen té— reconoció Oshiro mientras bebía—. ¿Usted mismo preparó la mezcla?

—Sí— respondió el anciano—, le daré un poco si quiere llevarse.

—Ah, sí, gracias.

A pedido de su cliente, Izumi narró las dificultades que había tenido que sortear para armar su colección de muñecas. La mayoría habían venido desde muy lejos, y unas cuantas se habían estropeado o perdido por el camino. No pocas veces, el costo del transporte había resultado más caro que el de las propias mercancías, pero eso era algo que él sabía desde siempre, y no le importaba. Su padre se había dedicado al negocio de las muñecas, y ahora él seguía aquella tradición con un fuerte sentido de la responsabilidad. Izumi explicó que el valor de una muñeca no podía medirse en dinero; Oshiro se limitó a asentir con la cabeza.

Oshiro guardó una pequeña lata llena de hebras de té en la guantera del auto, y colocó una muñeca en el asiento del acompañante. Esta vez era una joven pelirroja de ojos almendrados que lucía un vestido verde claro. No se contaba entre las más hermosas de la tienda, pero al ejecutivo le agradó: era distinta. No solo por el cabello rojo, sino por la expresión del rostro, cierto enojo mal disimulado que encontró irresistible.

Esa noche, Oshiro volvió a preparar una cena a la luz de los candelabros, y se divirtió observando el rostro de la pelirroja. Cada tanto, hacía alguna afirmación altisonante solo para tener la oportunidad de observar el enfado perpetuo de la muñeca.

Sin embargo, cuando se metió en la cama y colocó la joven a su izquierda, sintió que la penumbra del dormitorio suavizaba las facciones de porcelana, y habló otra vez del campo y de su infancia hasta que se durmió.

El domingo de noche Oshiro devolvió la muñeca. Tenía la intención de regresar el viernes, pero un día antes, con el fin de supervisar el trabajo en una sucursal que acababa de abrir, se vio obligado a tomar un avión para trasladarse a otra ciudad. Algunas dificultades inesperadas lo obligaron a permanecer más de diez días fuera, y terminó regresando un lunes.

El viernes siguiente salió del trabajo rumbo a la casa de Izumi.

El anciano lo recibió con la cordialidad habitual y le ofreció un té que Oshiro rechazó cortésmente. La espera había aumentado su ansiedad.

Miró las muñecas de las repisas y al cabo de un rato, dijo:

—Esa es nueva, ¿verdad?

Era una joven de cabellos castaños, vestida de estudiante. Tenía un rostro tan realista que causaba impresión. No era sencillo determinar si los rasgos correspondían a una etnia asiática o europea, o a una sutil mezcla de ambas, pero eso poco importaba frente a su innegable belleza. En todo caso, era tan universal como la propia tienda del señor Izumi.

—La recibí hace unos días. Vino de un lugar apartado de Rusia, pero en realidad fue fabricada en Japón. Es muy especial.

—Puedo verlo. Su rostro parece de verdad.

—No es sólo eso. Tiene una inteligencia artificial que le permite contestar preguntas e interactuar con las personas. Probablemente sea la última de su tipo.

Oshiro la miró fascinado.

—¿Puedo...?

—Claro —dijo Izumi mientras estiraba un brazo para bajarla de la repisa—. Todas las muñecas están en alquiler.

—Takara. Así que te llamas Takara; eso es lo que dice tu caja, entonces debe ser verdad— señaló Oshiro mientras sentaba a la muñeca en el asiento del acompañante y le ajustaba el cinturón de seguridad.

—Sí, Takara es mi nombre —respondió la muñeca con una voz clara y firme.

El ejecutivo sonrió y encendió el automóvil.

El viernes, después de la cena, Oshiro habló con Takara de sus recuerdos de niño, de cosas que lo hacían sentirse feliz o al menos lejos de los problemas. Sin embargo, como le sucediera otras veces, sus preocupaciones laborales acabaron desdibujando los caminos de su fantasía. Y así fue que le contó lo difícil que era ser todos los días el presidente de una gran compañía donde se manejaban grandes capitales. Tanto dinero, tanta responsabilidad. Tanta gente observando los movimientos de una sola persona, esperando que acierte o que se equivoque.

Takara lo escuchó con un rostro silencioso que parecía comprenderlo todo.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, mientras bebía una infusión, Oshiro comentó:

—Este té me lo dio el señor Izumi en su casa. Pero ahora siento que no tiene el mismo sabor, ¿no te parece curioso?

—El mundo puede volverse extraño si falta una persona— respondió Takara.

Oshiro rio, divertido por la lógica de la joven.

Ese mismo fin de semana, el hombre pudo comprobar que la muñeca tenía un programa mucho más complejo del que había imaginado. Lo más impactante no eran sus conocimientos enciclopédicos de materias como botánica, astronomía o matemática, sino su capacidad para responder a situaciones o frases cotidianas.

Durante más de tres de meses, Oshiro escogió siempre a Takara entre las muñecas del señor Izumi. Ahora que la había conocido, le parecía que ninguna otra podía comparársele. Sin embargo, tiempo después, comenzó a pensar que ella no era tan buena como podría haber sido.

Cayó en la cuenta de que las conversaciones que mantenía con Takara a menudo sugerían la existencia de un juego sin reglas bien definidas. Por momentos, su voz y la de ella parecían encontrarse, y entonces las ideas se hacían más precisas, pero en otras ocasiones ocurría exactamente lo contrario y Oshiro acaba sin saber cómo reaccionar.

El primer desencuentro importante ocurrió una noche a la salida de un teatro. El hombre llevó la muñeca escondida en un bolso de mano, y la sentó a su lado en la última fila. No quería ser visto con ella porque temía que cualquier persona le hiciera preguntas, o lo distrajera de su propósito que era disfrutar del espectáculo.

Esa noche, de todos modos, el público era escaso, y nadie le prestó la más mínima atención. La obra, por otra parte, resultó bastante buena, o al menos eso pensó Oshiro. El argumento no parecía destinado a despertar grandes emociones, pero en cambio, y esto fue lo que el hombre pareció apreciar, perseguía metas más sutiles. Sin embargo, la propia búsqueda de un equilibrio elegante hacía que los objetivos últimos de la pieza no quedaran del todo claros. Tal vez el autor de la obra no se había querido pronunciarse en un sentido u otro, y en cambio había optado por interpelar al espectador. Era difícil saberlo. Más allá de eso, Oshiro era un hombre con valores muy definidos, además de ser un animal de costumbres, y durante el viaje de regreso a casa se sintió aliviado por haber podido expresar una opinión definitiva. Takara, sin embargo, sentada a su lado, no tuvo reparos en contradecirlo. Expuso argumentos que iban por caminos muy distintos a los que él hubiese creído posible transitar, y llegó, con una lógica que Oshiro no dudó de calificar de perversa, a una conclusión que tuvo el efecto de violentar sus más firmes convicciones. El problema, señaló

Oshiro, no era que ella opinara de forma diferente, sino el hecho de que bebiera en una fuente muy distinta a la suya.

Cierto día, cuando Oshiro se disponía a salir del barrio privado, el guardia que abría el portón, al advertir que llevaba a Takara sentada adelante, le comentó:

—Tiene usted una linda muñeca. Yo también tengo una que heredé de mi abuelo.

—Pero de seguro no será como ésta— consideró el conductor.

—Se parece un poco— dijo el buen hombre.

—Pero ésta habla.

—Oh, eso sí que es nuevo para mí.

—Vamos— di algo, ordenó Oshiro a la muñeca—. Haz una demostración.

—¿Una demostración?— preguntó Takara— ¿Acaso soy un fenómeno de circo?

El guardia rio:

—¡Vaya, sí que tiene carácter!

Oshiro sonrió de forma mecánica, apretó el acelerador y salió a la calle. Ahora, más que nunca, creyó tener la confirmación de algo que venía sospechando desde varias semanas atrás: que la muñeca tenía la capacidad de aprender. A medida que pasaba el tiempo, su mente, o aquello que debía parecerse a una mente, se retroalimentaba de nuevas experiencias.

Un viernes de tarde, Oshiro se dirigió a la casa de alquiler.

El encuentro fue como tantos otros, y cuando expresó su deseo de comprar a Takara, el señor Izumi respondió de la forma acostumbrada. No obstante, cierta inflexión, nueva hasta ese momento en las palabras del anciano, hizo que el ejecutivo abrigara una remota posibilidad.

—He venido todas las semanas por la muñeca — insistió con tranquilidad Oshiro—, salvo una vez que tuve que ausentarme de la ciudad. Y seguiré viniendo si no tengo otro remedio, pero sería más sencillo si usted me la vendiera. Además, soy el único que la alquila, nadie más viene por ella. He dado muestras de que puedo cuidarla muy bien.

El señor Izumi lo pensó un instante. Realmente no tenía mayor sentido negarle esa posibilidad. Por otra parte, él estaba viejo y cansado, y algún día no muy lejano las muñecas iban a necesitar un nuevo hogar.

—Está bien— dijo con una solapada tristeza—, se la venderé.

Después de firmar los papeles de propiedad y pagar una fuerte suma de dinero, el ejecutivo acomodó a Takara en el asiento del acompañante del automóvil y encendió el motor.

Mientras se alejaba, comprendió que nunca más regresaría a esa casa ni frecuentaría a ese anciano. Tampoco vería la calle de tierra flanqueada de plantas de aloe que había recorrido tantas veces. Quizá ni siquiera volviera a pasar junto a la escollera ni al montículo de cerezos.

Cuanto más distancia ponía entre él y el domicilio del señor Izumi, más lejos se sentía de las emociones que había vivido en los últimos meses.

No dijo ni una palabra durante el viaje. En mitad de la rambla detuvo el vehículo, le quitó el cinturón de seguridad a la muñeca y bajó con ella en brazos.

El cielo estaba plomizo y el sol era una línea roja que se hundía en el horizonte. Hacía frío y Oshiro alzó el cuello de su saco. No había nadie en la playa, tan solo unas aves que con sus chillidos resaltaban la soledad del lugar.

Bajó a la arena y caminó hacia la orilla. Se sentía presa de una extraña melancolía. Miró las olas que se deshacían contras las rocas y apretó un instante a la muñeca contra su pecho. Habían pasado buenos momentos juntos, eso era algo que no podía negar. Sin embargo, también sabía que estaban destinados a desencontrarse. La mente artificial de Takara no estaba hecha para aceptar su forma de pensar, y él no tenía ninguna intención de adaptarse a la suya, eso hubiese sido ridículo. Es cierto que podría haber optado por olvidarse de ella, pero esa tampoco era una solución. Oshiro necesitaba demostrar, a ella y a sí mismo, quién tenía el control. Así que con su mano derecha sujetó a Takara de las piernas, la alzó sobre sus hombros para tomar impulso y la arrojó con fuerza hacia el mar. La joven cayó de cabeza sobre unas rocas agudas y fue rápidamente abrazada por las olas. Desapareció un momento y emergió entre la espuma para volver a estrellarse contra las piedras. Iba y venía. Ni siquiera era posible saber si, como resultado de aquel vaivén, se acercaba o alejaba. Probablemente fuera esto último, pero eso ya poco importaba. A pesar de la distancia, el hombre advirtió que la muñeca había perdido la mitad de su rostro. Maltrecha, con el vestido y los cabellos mojados, ya no parecía tan peligrosa.

Tras dar por concluido el episodio, Oshiro regresó al automóvil. Mientras manejaba, se preguntó si antes del

Gran Cambio las mujeres reales se parecían en algo a las muñecas que las sustituyeron. Pero sobre todo le intrigaba una pregunta: ¿entre todas ellas, alguna se parecería a Takara? Eso hubiese sido interesante, pensó, porque Takara había sido una muñeca hermosa. (★)

LENGUAJES NO HUMANOS

OLYMPIA FRICK

Olympia Frick (Montevideo, Uruguay, 1960). Publicó el libro de cuentos *12 relatos fantásticos* (2001). En 2022 obtuvo el primer premio en el concurso internacional de cuentos Carbono Alterado.

Todo empezó con una visita inesperada. Hacía años que Gretel había abandonado sus obligaciones mundanas y se había ido a vivir a los bosques en compañía de su gata Flora. Le había puesto ese nombre porque desde pequeña, su comportamiento le parecía completamente arbitrario. Ella, había decidido no tener hijos. Con la gata le alcanzaba. Debía reconocer, a su pesar, que los perros eran más cariñosos, más compañeros, más demostrativos. Pero no se le daban los perros. Con los gatos, en cambio, tenía una comunicación natural, intransferible.

Juan le había realizado una visita con su actual compañero; un antropólogo y lingüista afable que trataba de convencer a su amigo de mudarse como Gretel a una casita en el bosque, porque amaba hablar con las bestias, los peces y los pájaros como Konrad Lorenz. A Juan vivir en el bosque le parecía un absurdo, y aunque le gustaba mucho Gastón, no le tenía tanta confianza como para encerrarse en tamaña soledad. Entendía que Gretel viviera con un gato, pero ¿sólo con tu pareja en medio del bosque? Eso podía terminar muy mal.

Gastón reía por todo. Estaba en esa etapa del enamoramiento en la que todo lo del otro nos parece adorable, y que amenaza con destruir la poca racionalidad que tenemos. Pero aún a pesar de su estado embelesado, le ocasionó una fuerte impresión el diálogo permanente que

sostenía Gretel con su gata. No solamente ella le hablaba, sino que la gata parecía responderle en su lenguaje gatuno con mayor frecuencia de lo que, en general, responden los animales a las alocuciones humanas. Gretel le decía «vení para el cuarto que está más calentito», y la gata maullaba y se dirigía inmediatamente hacia allí. A veces, cuando la gata pegaba un par de gritos, su dueña respondía mecánicamente: «ya sé, ya sé, espera que te lo alcanzo», y entendía perfectamente de qué iba ese exacto maullido de la gata. En ese ir y venir de una conversación básica, del tenor de la vida cotidiana, se registraba un diálogo. Y aunque diálogo viene de «dos logos», era difícil saber cuál era el logos de un gato. El de un humano, estaba mínimamente descifrado.

No era la primera vez que Gastón presenciaba esa clase de diálogos no humanos, puesto que su especialidad eran los lenguajes no humanos. Pero éste en particular, le resultó particularmente interesante. Y como estaba enamorado, y deseaba ampliar todas las zonas de conexión posibles con Juan, y además, lo quería convencer de seguir buscando casitas en el bosque para mudarse juntos, se le ocurrió involucrar a Gretel en un experimento. Debía grabar sus conversaciones con la gata, y él le proporcionaría todos los dispositivos electrónicos necesarios. Gretel, inocentemente se prestó al experimento. Cuando quiso acordar, Gastón le había llenado la casa de cámaras y grabadores, que transmitían a un computador remoto, durante las 24 horas. Lo único que atinó a prohibirle fueron las cámaras en el baño.

Al cabo de un mes, y cuando Gretel ya harta de hacerle favores al nuevo novio de su amigo Juan le dijo que iba a tirar todas las cámaras a la mierda, Gastón apareció con

un aparato insólito, que era capaz de traducir al gato. La Flora no maullaba mucho, pero lo hacía. Cuando maulló el aparato tradujo: ¿Dónde están las piedras? (se refería a las piedras sanitarias que su ama secaba al sol todos los días). La voz estaba adaptada al tono de la gata que era un mi alto, en la tercera octava de la escala.

Gretel quedó maravillada. Todos los maullidos de la gata eran traducidos (salvo cuando el traductor no entendía algo) y, aunque la gata no tenía traductor de humanos, pues nadie sabía, en verdad, cómo era la comprensión verbal en animales no verbales, la frecuencia de las conversaciones entre Gretel y la gata Flora aumentó en calidad y cantidad. Gretel se dijo que había valido la pena instalar esos malditos aparatos y Gastón escribió un artículo en *Brain, Behavior and Evolution* llamado «Traducciones de lenguajes inarticulados en mamíferos convivientes IV» (los otros 3 los había escrito a propósito de los aparatos traductores, que le habían llevado tres años de investigación y consumido muchas becas y recursos universitarios).

La traducción, como cualquier traducción, era relativamente arbitraria. Como se basaba en fonemas, repeticiones y contexto, también era limitada. Gastón había metido toda la información dentro de una Inteligencia Artificial, de las que tanto estaban de moda, y basado en las regularidades sucesivas, había establecido lo básico del lenguaje humano-gato. De acuerdo a los principios de la traducción universal en lenguajes humanos, lo básico eran 500 palabras, así que se ajustó a eso. Su exploración «intensa» de la gata tenía, sin embargo, algunos defectos. Era hembra, estaba vieja, vivía en un contexto no urbano.

Decidió repetir el experimento varias veces, ofreciendo dinero para colocar sus cámaras y sus videos. Los amantes de los gatos eran seducidos desde el principio por las palabras de Víctor Hugo: «Dios hizo al gato para ofrecer al hombre el placer de acariciar a un tigre», estampadas en la presentación de su site. Pero muy especialmente por el aparato traductor al que Gastón había llenado, además, de modulaciones anímicas de lo más ocurrentes, como gritos, llantos y pequeñas risitas (los gatos, a diferencia de los perros, jamás ríen abiertamente). De ordinario lastimeros, los pequeños felinos fueron traducidos en la «verdad de sus intenciones», según prometía la propaganda de los dispositivos. Cuando maullaban lúgubrementemente en la mañana para salir, el aparato podía traducir «Despertáte imbécil que me están esperando». Y cuando te observaban con amor y ronroneaban, el aparato reproducía interjecciones humanas propias de la sensación de placer.

Gastón era un investigador nato, pero precisaba dinero. Los traductores salían caros y necesitaba ayudantes para producir datos. Como contrapartida, él quería el quedarse con todos los créditos, lo que no colaboraba demasiado a tener un equipo científico decente. Pero Juan, que estaba empezando a hartarse de su nuevo amigo que vivía obsesionado con los gatos y había llenado su casa de aparatos traductores, resolvió ayudarlo. Habló con un conocido de la Comisión Internacional de Patentes y Derechos de Autor, que le concedió una cita a Gastón, y le explicó todo el procedimiento para lograr tener apoyo técnico y comercializar el producto. Para eso, se precisaban patrocinadores. Gastón recurrió entonces a las empresas que importaban raciones para gatos. Pero el aparato se negaba a traducir «Qué ricas estas pastillas» y

los gatos en general decían «Estoy harto de comer siempre lo mismo» o insultos más soeces. Peor aún le fue con los veterinarios, especialistas es castraciones, a quienes los gatos simplemente odiaban. Los aullidos ensordecedores de los traductores, transmitían la angustia indescriptible de los gatos apenas los apoyaban en la plancha de metal de operaciones.

Así que Gastón tenía todo en contra, desde los productores de alimentos en serie hasta los veterinarios castradores. Pero un grupo de veterinarias feministas y veterinarios amigos de la diversidad, convencidos de que los gatos podían seguir disfrutando del sexo sin reproducirse, introdujo la ligadura de trompas y la vasectomía como operaciones alternativas a la castración, y se llenó de oro. Estos decidieron invertir en el traductor y finalmente el propio gobierno decidió invertir un poquito en el experimento, so pretexto de que éste también podía servir para descifrar el lenguaje extraterrestre, si es que algún animal con metabolismo basal se decidía a aparecer en el planeta. Eso no era imposible, se dijeron los ambiciosos lingüistas, inspirados en la heroína de *La llegada* y en el libro *La historia de tu vida*, de Ted Chiang.

Los traductores no eran más que computadoras que recodificaban los maullidos, pero los malditos gatos no eran tan regulares ni maullaban tanto. Al principio se hizo para cada animal una traducción única. Pero los patentadores de «Hable con ella», que fue el primer nombre que tuvo el dispositivo electrónico, basado en el título de la película donde un enfermero desarrolla un extraño vínculo lingüístico y carnal con una mujer en coma, encontraron el procedimiento demasiado caro y empezaron a codificar a algunos grupos de maullidos característicos como el

del apareamiento, y pronto el experimento se lanzó a los mercados. Y todos quisieron traductores para gatos.

Los criadores de perros se pusieron como locos cuando «Hable con ella» —irónicamente simplificado por la sigla «HE»— se pusieron en venta en veterinarias y farmacias. ¡Ellos querían tener uno igual!. Y dado que los dueños de los perros en general eran hombres, y de mayor poder adquisitivo, además de los usos prácticos de los perros en diversas actividades (a diferencia de los gatos, que para poco sirven), le advirtieron al gobierno que tomarían represalias si no se desarrollaban traductores de perros. Así que algunos meses más tarde, los traductores para perros también estuvieron disponibles en el mercado. Los perros eran más repetitivos, aprendían más que los gatos y eran menos impredecibles. El traductor para perros fue pronto una suerte de descubrimiento industrial de grandes proporciones que le dio ganancias pingües a varias empresas del ramo que se enriquecieron rápidamente. Así que los traductores de perros cruzaron fronteras y fueron traducidos los ladridos de perros a todas las lenguas latinas, y al chino, al japonés, al coreano y al árabe. Pronto, todo estuvo lleno de traductores para perros.

El primer lugar en que se verificó el cambio fue en París, donde las dueñas de los perritos tendían a amputarle las cuerdas vocales para que les permitieran vivir con sus orgullosas mascotas en sus coquetos apartamentos. Se prohibió la amputación de cuerdas vocales y se dictaron leyes para proteger a las mascotas y a sus dueños.

La tasa de fecundidad que apenas llegaba a la tasa de reemplazo en las regiones más adelantadas, cayó el primer año en que se universalizó el traductor de perros a la mitad del año anterior. ¿Para qué tener hijos si se podían tener

mascotas con las que dialogar? El sentimiento humano de amor y ternura por los animales se hizo más profundo. Una mascota no se independizaba nunca: permanecía eternamente infantil. También invirtieron los japoneses, especialistas en animales electrónicos, y los chinos le dieron ese especial toque universal que le dan a todo, y produjeron en gran escala, saltándose los derechos de patente o burlando todas las leyes de derechos de autor promulgadas.

El mundo no se preocupó demasiado por la caída en la tasa de fecundidad, con la honrosa excepción de los demógrafos, que inútilmente advirtieron al mundo que sin niños y con una alta esperanza de vida, vivir en el planeta tierra se volvería un lujo. Los gerontólogos y los dueños de las casas de salud para ancianos, por el contrario, abrazaron vivamente el proceso. Al cabo de tres años, todos los países contaban con dispositivos LENOH (lenguajes no humanos), y dada la curva de decrecimiento de la tasa de ganancia, el lucro se incentivó con los nuevos softwares, y llenó los bolsillos de los dueños de la floreciente industria de las telecomunicaciones. Los traductores de lenguajes humanos, que habían sido desplazados por la inteligencia artificial, encontraron nuevos trabajos en las industrias LENOH y el capitalismo mostró, triunfalmente, su capacidad camaleónica de adaptarse a cualquier cosa. Otros determinantes de la caída de la fecundidad fueron el cambio en las identidades de género y las facilidades que los gobiernos ofrecieron —con la oscura esperanza en que los temas de la revolución, las desigualdades y la violencia dejaran de interesar a la gente— para transicionar de género, o permanecer indefinido hasta el fin del ciclo reproductivo. Lo cierto es que mantener a los hijos era muy

caro y ya los chinos le habían dado al mundo la excusa perfecta, en sus épocas férreas de control de la natalidad cuando le advirtieron a las familias que al primer hijo el Estado le proporcionaría salud y educación, pero le resto de los hijos que vinieran no tendrían derecho a nada. Las mujeres se liberaron de la maternidad paulatinamente y los hombres, viendo la que se venía, se sometieron por millones a la vasectomía dejando pálida a la política impulsada en los setenta por Indira Gandhi y que le costó la vida a mano de fanáticos religiosos.

Siguió habiendo niños y padres y familias numerosas, pero eran cada vez más escasas. Claro que esto no se advirtió inicialmente, en las estadísticas generales. La industria de los LENOH se ramificó, se concentró y alimentó los mercados negros donde las traducciones eran de dudosa confiabilidad, se pronunciaban con acentos imposibles y contenían mensajes subliminales de diverso tenor. Los pocos niños que quedaban en el mundo eran los principales consumidores de LENOH, y los psicólogos no cesaban de advertirles a sus padres que cuando esos niños crecieran, ya no querrían tener hijos, sino gatos y perros parlantes. Para los padres, que los habían dejado durante años al cuidado de inteligencias artificiales variadas, desde la vieja televisión hasta los celulares, la nueva deriva parecía saludable. La sociabilidad animal-humano parecía mejor que la relación absoluta y total con las máquinas.

Los primeros que advirtieron el problema fueron los entrenadores de perros, porque ellos querían que sus perros los entendieran, y no entender ellos a sus perros. Pero el tema de que la comunicación verbal era de una sola vía, de algún modo, era materia de controversia. Los pensamientos profundos de gatos y perros no eran pasibles

de ser traducidos a través del lenguaje, porque su lenguaje era puramente performativo. La controversia se agudizó cuando, por primera vez, un perro desarrolló un lenguaje no performativo, y fue una conmoción mundial. El perro le había dicho a su amo: «me voy a morir». Al amo se le llenaron los ojos de lágrimas. Hacía tiempo que Pulgoso dormía todo el día, hacía un gran esfuerzo para erguir sus patas traseras y se quejaba cuando lo bañaban. No era muy viejo, pero estaba en la hora. De cachorro había sido muy feliz, en sus propias palabras. Pero ahora, consumido por una rara enfermedad que los veterinarios no sabían diagnosticar, el perro desaparecía a ojos vistas.

Cuando el perro escuchó llorar a su amo, le dijo con sencillez: «No sufras. Tu también morirás». El llanto del amo cesó rápidamente. Sintió que hablaba solo. Y sí, dijo, todos vamos a morir un día. No cualquier día, dijo el perro. Es obsolescencia programada. Y ya no volvió a hablar más. Obsolescencia no era una de sus quinientas palabras. ¿Cómo lo había conseguido?

El hombre reportó a la industria local de LENOH lo sucedido, le incautaron el traductor, y demoraron días en devolvérselo. Para cuando se lo devolvieron, el perro ya había muerto pero el hombre decía estar «sufriendo psíquicamente». Lo internaron y sedaron durante días y días hasta que el hombre pareció olvidarlo todo. Pero ése fue el primer signo.

Una gata muy malvada pero muy querida con su dueña, escapó un día fuera de su control Demoró casi tres días en volver a su casa. Su ama la increpó:

—¿Dónde estabas?

—Afuera, insistía la gata, aunque podía haber usado muchísimas más palabras. Pero se negaba. Su ama le pegó

en el hocico y la gata le hizo un arañazo profundo y finito que le atravesó la mano.

Al otro día, y luego que la gata durmiera a pata suelta durante toda la mañana y toda la tarde, la enfrentó.

—A ver si estás preñada, zorra.

—Es posible, dijo la gata, y volvió a sumirse en el sueño.

Al tercer día, la gata se acercó amorosamente a su ama, se enroscó en su pierna y le dijo.

—Estás muy enferma. Puedo olerlo.

La mujer no se sentía para nada enferma, pero estuvo a punto de morir de un infarto, a causa de las palabras de la gata. Pero como decidió seguir con el interrogatorio.

—¿Y vos cómo lo sabés?

—Ya te dije. Me doy cuenta por el olor.

La mujer se apartó instintivamente.

—¿Voy a morir?, preguntó nuevamente.

—Sí, pronto, le dijo la gata. Y necesitare otro dueño.

Así nomás, pensó la mujer. Qué frialdad.

El hecho de que las mascotas manejaran el concepto de la muerte y la enfermedad dejó anonadados a los antropólogos, para quienes la conciencia de la muerte como inevitable era una condición social y moderna de las elevadas mentes de los humanos. Aunque era probable que los animales tuvieran la intuición de «la muerte», aún no se explicaban cómo habían sido capaces de traducirla. Y esto sin hablar del término «obsolescencia programada», que aunque era perfectamente aplicable en humanos (nuestras células tienen los días contados), resultaba difícil de deducir por un perro. La deducción inevitable fue, que aunque limitados por su tamaño, la falta de pulgar prensil y la pequeña masa encefálica, las mascotas podrían empezar a adquirir poder sobre sus amos. Para cuando se instalaron

los primeros templos consagrados a perros entrenados en el arte de la profecía (los gatos, indómitos, se negaron a entrar en el juego), los gobiernos iniciaron una desescalada progresiva y sistemática en la producción de los dispositivos LENOH, no sin recompensar a sus empresas debidamente, con nuevas iniciativas tendientes al dominio de humanos por humanos, pero bien lejos del dominio de los humanos por sus mascotas. Se discontinuaron los softwares, que era lo más sencillo, y pronto nadie más quiso invertir en un experimento que había dado resultados tan extraños. Lo humano, propiamente dicho, volvía a ocupar su lugar.

Gretel continuó usufructuando del «Hable con ella», porque Gastón nunca perdió el propósito de decir investigando en lenguajes no humanos, y le arreglaba el traductor cada vez que se rompía. Las quejas de la vejez fueron una fuente inagotable de recursos lingüísticos. «No puedo subirme más a esa silla» decía un día la gata. «Cómo pierdo pelo. ¡Pero no me peines!». Un día la gata le dijo a Gretel: «Me voy a morir». Ella le preguntó cuándo, pero la gata no quiso contestarle o tal vez no lo sabía. Lo repitió un par de veces más y se durmió. No volvió a despertar en la mañana.

Gretel lloró, pero no tanto, puesto que ya estaba avisaba. Y descubrió que no podía revender el aparato en el mercado negro donde aún se comerciaban los traductores, porque sólo era un software, y para ese único gato. Así que enterró a la gata con el aparato, como enterraban los egipcios a sus faraones con sus bienes más preciados. ☼

**DESCENSO
ACCIDENTAL
EN CENNA**

ESTHER GONZÁLEZ DE LA CERA

Esther González De la Cera (Madrid, España, 1961) ha publicado cuentos, poesía y semblanzas. En 2021 obtuvo el primer premio en el concurso internacional de cuentos Carbono Alterado. Es autora del blog *Los Arboles Invisibles, poesía de la Gran Guerra*, sobre movimientos artísticos y poesía crítica y realista del periodo 1914-1918.

La cápsula descendió lentamente. Se posó un instante, y se deslizó por una ligera y corta pendiente con suavidad.

Había mucha luz. «Atmósfera respirable», indicó el monitor del techo. Comprobé que el saquito colgaba de mi cuello, y abrí la escotilla.

Se había producido alguna irregularidad. Recordaba la eyección de la cápsula hacia la órbita de Cenna. Afortunadamente, aún vestía el mono de navegante.

Mi señal, un punto solitario azul claro, parpadeaba en el fondo oscuro de la micropantalla circular oculta en el interior del mono, que monitorizaba mis constantes, almacenaba los desechos y mantenía la temperatura adecuada. En cuanto me moviera, revisaría una por una las partes vitales en que segmentaba mi cuerpo.

Me toqué las manos, y los guantes retráctiles desaparecieron debajo de las mangas. Noté cómo se ajustaban a las muñecas.

Conocíamos Cenna a grandes rasgos; pero lo suficiente para saber los protocolos de actuación a aplicar.

El suelo era amarillento, y la temperatura, suave, a pesar de la luz.

Una llanura interminable con algunas elevaciones parecía el único camino. El auricular transmitió sin parar datos y códigos. Me extrañó. Sólo en el pasado se utilizaban esa clase de códigos.

Vislumbré movimiento un poco más adelante; mis suposiciones se confirmaron: Impresionaban a sólo unos pasos.

Se trataba de una pequeña bandada de críos desnudos, aunque había uno más mayor, que me amenazaron soltando gruñidos y los puños al aire. Una especie de cerdos muy pequeños y asustadizos también pretendían acosarme.

Esperé en cuclillas.

La bandada, mitad humana, mitad animal, se reunió de súbito y emprendió la carrera hacia del horizonte.

Seguí su dirección, pasando junto a cráteres desgastados y restos de chimeneas, aislados sobre la superficie amarillenta, y las manchas oscuras o pardas de campos de lava.

El planeta orbita alrededor de una estrella integrada en un sistema ternario ubicado en la parte más exterior de la Nebulosa de Hill.

Es decir, desde su superficie pueden divisarse tres soles, visibles a intervalos.

En Cenna alternan llanuras que apenas presentan algún tipo de material con áreas extensas de tipo volcánico, que registran escasa actividad, en las que se han detectado corrientes de agua en tubos volcánicos, por lo general de difícil acceso.

Sabíamos que en las llanuras se concentran pequeñas bandadas humanas, organizadas en una única comunidad.

Su atmósfera retiene el calor, y no hay grandes diferencias entre las temperaturas diurnas y las nocturnas; al menos, en estas zonas medias. Se trata, pues, de terrenos con gran conductividad térmica.

Distinguí a tres o cuatro hombres desnudos avanzando hacia mí. Oí un grito:

—¡Es un navegante!

«Hay planetas donde puedes hacer fuego», dice el Tebig.

A la carrera, aparecieron más humanos, hombres y mujeres.

—¿Vienes a destruirnos? —Era el chico más mayor. Estaba muy cerca, a pocos pasos. Tomé nota. Algo le ocurría.

Me rodearon más adultos, con alivio y admiración.

—Estamos salvados —susurró una voz.

El muchacho, sorprendido, iba a decir algo, pero se abrió paso un anciano erguido. Le acarició la cabeza y le apartó con suavidad, dirigiéndose directamente hacia mí y observándome despacio de arriba abajo.

Me llamó la atención el aspecto ligeramente graso de su piel y sus ojos rasgados. Tal vez descendía, como algunos de mis compañeros, de aquellas islas que se llamaron Japón.

Cuando terminó de examinarme, se presentó:

—Mi nombre es Saisho. Sé bienvenida. Ven con nosotros.

Todos me hacían gestos para que les siguiera. Tenían buen aspecto, aunque la mayoría parecían tan mayores como Saisho y, aparentemente, había menos jóvenes y niños.

A lo lejos se perfilaban pequeñas elevaciones con grutas volcánicas sorprendentemente sólidas. Había una bastante

grande, a ras del suelo, de base casi circular, acogedora. Dudaba que pudieran vivir allí. Quizá era donde se reunían.

Llegamos a una zona más abrupta, en la que se distinguía claramente derrumbamientos y cortes en la lava que no podían ser casuales.

Saisho los señaló:

—He vivido casi doscientos años. Estamos acostumbrados a todo tipo de visitantes; pero esta última incursión desde el cielo... Teros.

Desvié la mirada y me concentré.

Los teros no sobresalían en nada. Creaban máquinas gigantescas, no se sabía muy bien cómo. Su seguridad se basaba en la destrucción y el debilitamiento de sus enemigos. Y todos éramos enemigos.

—Hicimos barreras para protegernos, mientras saltábamos a los pozos más profundos y resguardados. Las máquinas pasaron por encima de las barreras -explicó Saisho.

Medité sobre los Protocolos de Contacto y Ayuda, de No Intervención, y en la Primera Regla.

Me llevaron con los niños más debilitados, con los heridos y los que habían enfermado; les impuse las manos.

En su mayoría eran heridas que no cerraban, alguna brecha, articulaciones entumecidas. Las roturas habían sido bien tratadas. Logré sintetizar calcio, y lo mezclamos con la leche de las pequeñas cerdas.

Los tres soles de Cenna decaían ordenadamente.

Me acerqué a los círculos que formaban en el exterior de las grutas. Volví a examinar a aquellos seres humanos, la piel, su color, sus diferencias, sus semejanzas.

Fue durante la edad de la Diseminación, poco antes del desastre nuclear en la Tierra.

Mientras los poderosos se atrincheraban en sus islas o refugios inexpugnables, y muchos eran asesinados por sus propios guardias, centenares de científicos ponían en marcha un plan conjunto gestado durante una década.

La primera fase fue el Contacto.

La segunda fase, la Evacuación.

La tercera...

La radiación había hecho su trabajo. De algún modo, residual en mí, podía administrarla y funcionaba a una escala que creíamos de pequeño rango y segura.

Cuando era pequeña, tras la evacuación, me la detectaron; creyeron que moriría. Después llegaron a la conclusión de que mi cuerpo la había asimilado. Las pruebas médicas demostraron que podía emitirla en magnitudes que resultaban beneficiosas.

Me extrajeron óvulos en la pubertad. Los embriones la integrarían, aunque no estaba claro si ya se podría hablar de mutación.

Pensamos en lo general, no en lo concreto.

Aquella bandada humana era uno de los frutos de la Diseminación.

Les distinguía el uso del lenguaje y la longevidad, veneraban y confiaban en quien había acumulado más conocimientos por edad, y se apoyaban incondicionalmente.

Habían llegado a una gran cohesión social, y aprendido a moverse juntos, como pude comprobar en los campos de carash.

Cuando estuve a solas, desbloqueé el pequeño procesador encastrado en el mono.

Aparte de la información oficial sobre Cenna, di con el diario de un viajero, Heynes.

Lo leí con avidez.

Justo cuando la imagen se extinguía, oí de nuevo a mi aguerrido “amigo”:

—¡Lo sabía! ¡Eres una máquina! ¡Un robot!

«Robot». Un vocablo de leyendas y años solares.

—No soy un robot —repuse—. ¿Dónde has escuchado esa palabra?

—¡Eres un robot!

Su expresión me indicaba que no sabía muy bien de lo que hablaba.

Miré en otra dirección, sin hacerle caso. Se cansó y se fue, consciente de que se encontraba solo frente a mí.

Antes del atardecer, la luz había sido más intensa; el primero de los soles desaparecía en el horizonte, y el siguiente, más anaranjado, se mantenía como apagado en el firmamento.

Sentada entre individuos de mi propia especie – cromosomas encapsulados en el tiempo-, repasé mentalmente el relato del viajero.

Heynes alardeaba de haber explorado los dos polos de Cenna, aunque lo cierto es que en los registros oficiales sólo consta su andadura hacia el norte, que no llegó a completar al encontrarse con las paredes más altas de los antiguos volcanes, zona que se conoce como las Aristas de Guingala.

No dejó constancia de encuentros con seres humanos, ni siquiera avistamientos, lo cual me resultaba sospechoso; probablemente lo había evitado. Sin adentrarse en ellas, examinó las fracturas que conducían a las corrientes de agua; pero no se había planteado descender para tomar datos.

Su reconocimiento resultó breve y superficial, limitándose a confirmar la cartografía esencial.

La estrella anaranjada se volvía marrón, y la más cercana se escondía tras una neblina azulada.

La luz era suave e irreal. Cada grupo se ocupaba de su cometido. Me fijé en uno de los hombres, Setanta, que golpeaba semillas de lo que parecía una leguminosa (carash, según me informaron luego), sin dar señales de cansancio.

Medité las Sentencias del Tebig:

«Todo cambia.
Lo que es tranquilo
se vuelve violento.

Todo cambia.
El arrogante, cae.

El espíritu pobre
es lo único que no cambia
Lo único
que puede cambiar».

Cuando se fue la luz, la temperatura no descendió. Quedó una penumbra que invitaba al recogimiento. Anoté en mi diario lo acontecido desde que abrí la escotilla hasta ese momento.

Saisho se acercó a mi cubículo con carash mezclado con agua. Me pidió que les acompañara al día siguiente:

—Tu ayuda nos vendrá bien. Podrás distinguir mejor, con tus instrumentos, los campos de carash.

Al primer amanecer, salimos todos a los campos de carash, unas líneas entrecortadas en las planicies más cercanas a los volcanes, una tundra cálida donde aquella vegetación se había adaptado.

No eran fáciles de distinguir los tallos azules, que culminaban en corolas muy ligeras, como flores de algodón. Entrañaba detenimiento y resistencia.

A base de filtros y localizadores, di con un gran campo, imposible de distinguir a simple vista: la luz que les llegaba ocultaba su característico azul.

También Setanta tenía facilidad para localizar carash.

Decidí facilitar en lo posible la recolección, con ultrasonidos que cortaban las filas de tallos según avanzaba; la verdad es que resultaba entretenido advertir su satisfacción por no tener que cosechar aquella extensión con piedras afiladas.

Recoogimos carash hasta el segundo amanecer. Descansamos a la sombra de una elevación de los campos de lava, y cuando salió el sol azul, regresamos.

Delante de las cuevas, hombres y mujeres, niños y animales, dormitaban, charlaban o contaban historias, abrazados y absortos. Ahora no me atrevía a acercarme para evitar contestar a sus preguntas e incumplir los protocolos, y pensé que ellos no se acercaban porque temían molestarme o interrumpir mi descanso.

Elegí una pequeña grieta, cubierta con un saliente de lava, que me permitía apoyar la espalda.

Un pequeño cerdo se me aproximó, me gruñó y salió corriendo.

Entonces, cuatro o cinco de los chicos me cercaron, entre ellos, mi incansable «amigo»

—Queremos saber qué eres —me espetó.

Me puse en cuchillas, mirándole con indulgencia. «Sed pacientes con los cachorros», decía el Tebig.

Habían cogido piedras y se movían nerviosos, como sopesando un amago de ataque.

La violencia es una señal.

El muchacho más mayor levantó el mentón hacia mí:

—Quítate eso.

—No. Ni puedo ni quiero.

El muchacho susurró «ceee, ceee, ceee», sin dejar de mirarme.

Los otros, atentos, parecían esperar una señal.

Pero la señal que llegó fue una mujer enorme, que agarró por un hombro al primer chico que tuvo a mano, que se tambaleó, mientras le reprendía: —¿No os da vergüenza, comportaros así?

Se disculparon torpemente, se levantaron a la velocidad de la luz, y desaparecieron.

Nos miramos, y contestó a mi expresión interrogante:

—Discúlpales tú también a ellos. No recuerdan las visitas anteriores; y nunca antes de los teros habían vivido un ataque; desconfían.

Caminamos hacia el grupo.

—Tampoco están acostumbrados a ver gente vestida.

Se agarró a mí brazo y me habló del estado de los pequeños que había tocado con las manos, de los enfermos y heridos. Advertí su reconocimiento; lo agradecí en silencio.

Mientras nombraba mentalmente las estrellas que brillaban sobre Cenna, recordé el rostro, entre angustiado y animoso, del hombre que me había cogido en brazos y levantado para pasarme a otros brazos en la evacuación.

Todo era confusión y caos, imágenes en blanco y negro, sin sonidos.

En las «granjas» exteriores de la Tierra crecimos seguros, unidos y deprisa.

Dormíamos juntos, aprendíamos juntos, comíamos juntos; practicábamos, nos animábamos, nos cuidábamos. Nos equivocábamos continuamente juntos; luego, un poco menos; después, acertando más que errando.

El androide que nos enseñaba cálculo nos llamaba, irónicamente, «la Pequeña Atenas»:

«Trayectoria de Fobos y Deimos... Vamos, vamos, tendrían que sabérselo de me-mo-ria ¡Espabilen! Sólo estamos calentando la sangre de sus cerebros para que empiecen a trabajar de verdad... No me ha-gan creeeer que sus preciosos cerebros humanos sólo sirven para refrigerar la sangre, como decía Aristóteles... Quien quiera que fuese Aristóteles...»

Nos leía *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La Iliada*, *Moby Dick*... *Orlando*, *Miguel Strogoff*, *Lo que el viento se llevó*...

Mi nombre me lo puso un alienígena.

Aquella masa extraña, que desafiaba todo nuestro entendimiento, cogía con extrema delicadeza una de mis manos, y separaba los dedos, uno a uno, despacio, como preguntándose cómo era posible que la vida, una especie, unos seres tan frágiles, hubiésemos sobrevivido; y, además, a nuestro propio holocausto.

Del mismo modo que yo admiraba la plasticidad y elegancia de su forma y naturaleza y sólo atisbaba su poderosa resistencia para los viajes espaciales.

Nunca lo habríamos logrado sin ellos.

Entendían nuestras necesidades vitales, nuestros conocimientos, diagramas, lenguajes.

Unieron módulos de nuestros antiguos laboratorios espaciales y construyeron otros nuevos: las Estructuras. Allí se integraron nuestras «granjas».

No eran sólo materia, no sabíamos exactamente qué eran. Parecían masas con movimiento, pero luego, al momento siguiente, las dimensiones desaparecían o se contraían, y sólo eran, o las veíamos, como una luz oscura.

Les sorprendía nuestra biología, especialmente constatar nuestra respiración.

Se lo oía decir dentro de mi cabeza infantil: «Sin respiración, no sois.»

Mi mente regresó al grupo.

Los más pequeños se me acercaban, tocaban el traje, y salían corriendo, como nativos de un mundo desaparecido.

Les enseñé los guantes retráctiles, y lloraron de risa.

La curiosidad nos ha mejorado como especie. Nos ha dejado vivir.

El llamado Setanta se nos unió y se quedó muy cerca. Traía una cesta trenzada con tallos de carash. Comenzó a golpear las semillas.

Apreté el saquito que pendía de mi cuello.

He vivido siempre entre máquinas. Hablo catorce lenguas alienígenas, y distingo otras tantas. He recorrido dos tercios de la Vía Helénica, y residido en las ciudadelas de Marte; igual que reconozco a otro ser humano, reconozco lo que no lo es y no respira.

Me senté a su lado: —No lo saben, ¿verdad?

Setanta levantó la cabeza y me sonrió. Su expresión era muy natural. Siguió con la tarea. Tenía que contestar:

—No, señora.

—No me llames «señora». ¿Fue tras la Diseminación?

—Sí. Los dejaron aquí, con esos pequeños glotones. Desde entonces, yo soy su cuidador.

Como navegante, sólo sabía que la Diseminación dejó cuantos grupos humanos pudo en planetas compatibles con la biología humana. Con el tiempo, los «viajeros» volvieron a los mismos planetas para cartografiarlos y elaborar informes, aunque algo más concienzudamente que Heynes.

La máquina proseguía con su labor.

—Lo de mi cápsula de evacuación, ¿fue cosa tuya?

—Sí. Era necesario. Por los teros.

Le examiné cuidadosamente. Parecía estar bien:

—¿Necesitas alguna pieza? ¿Algún ajuste?

Levantó la cabeza y volvió a sonreír: —No. Nada.

Inspeccioné los tubos volcánicos; me dejé caer en uno de los pozos, y lo recorrí hasta encontrar un derrumbamiento. No, los teros nunca lograrían entrar en los tubos.

Sus vehículos eran básicamente plataformas de movimientos lentos, que albergaban pequeñas torretas. Nunca las abandonaban, ni había constancia de que lucharan cuerpo a cuerpo.

Nuestra primera opción no es la violencia. Siempre hay que buscar otro modo, que está ahí, en algún lado.

Aparte del engaño, una de las claves consistía en desestabilizar el blindaje de las plataformas. Se quedarían estancadas en el suelo de Cenna. Necesitaba una muestra.

Trepé a la superficie. Saisho me esperaba: —¿Puedo verlo? —y señaló mi pecho.

Me quité con cuidado el saquito y caminé hacia él.

Lo admiró con fruición, sujetándolo con delicadeza, y lo abrió. Muy despacio, metió uno de los dedos hasta tocar el contenido:

—¿Es de la Tierra?

Asentí. Todo humano recibía el preciado saquito del planeta madre cuando era presentado ante su comunidad, a los ocho días del nacimiento, recordando el ciclo lunar.

Emocionado, volcó un poco de aquellas partículas sobre su mano y las contempló; luego, devolvió la tierra al saquito concienzudamente y se restregó la cara con la mano que la había tocado.

Hizo un gesto, pensativo, y caminamos hacia el asentamiento:

—¿Has estado en la Tierra?

—No. Lo más cerca que he estado es en Marte.

—Ah.

Un niño muy pequeño se unió a nosotros. Se metía el dedo en la boca y lo chupaba.

Saisho parecía pensar en algo y dudar. Finalmente, me habló: —Me preocupa Setanta. Le ocurrió a otros hermanos, y murieron. No envejece. No sé.

Doscientos o trescientos años había sido en su momento un logro. Ahora no se investigaba ese camino. Ya no importaba prolongar tanto la existencia. La habíamos estirado como una goma. A veces, inevitablemente, la goma se rompía.

—Será una mutación —me miró sin comprender—. Un cambio —acerté a decir.

Le hablé muy a grandes rasgos de los límites de nuestra naturaleza y oxidación, consciente de que ni yo misma sabía suficiente de lo que hablaba. Pero no podía contarle la verdad.

El anciano asintió con la cabeza lentamente y se fue, y el niño me cogió de la mano.

Me incliné para mirarle la carita: —¿Dónde están los otros?

Echó a correr delante de mí, y le seguí. Apenas los tenía a la vista, cuando les pedí que me ayudaran.

Fue suficiente para contar con su atención. Les dije que no podía creer que unos cachorros tan avezados no tuviesen algún pedazo de una máquina tero. Una pieza pequeña. Una esquirla.

«Mi amigo» me miró. Los otros también. Se fueron corriendo. Me pidieron que no les siguiera.

Me senté en el suelo polvoriento, a esperar.

El segundo sol comenzaba a declinar cuando les vi volver.

Arrojaron segmentos de una aleación tero.

Con la boca abierta, no perdían de vista mis manos y

los útiles que manejaba. El pequeño correteaba. A veces parecía esperar que alguien se le uniera.

De repente, se agachó justo sobre unas esquiras, y un chorrito de orina fluyó de entre sus piernas.

Me acerqué al charquito, creyendo que se produciría algún tipo de reacción, pero no pasó nada.

No importaba. Nuestra primera opción seguía siendo el engaño.

Me llevó casi dos soles hacerlo, pero mereció la pena.

El pequeño «científico» me volvió a seguir. Venía también uno de los cochinitos, que le dejaba montar a horcajadas sobre su lomo.

Medité una estrategia para alejar a los teros. Suponía que tardarían en volver, la violencia suele estar ocupada alimentándose en muchos frentes.

El lugar debía de estar alejado de las grutas, pero ser muy visible desde el espacio.

Tras encontrar el espacio propicio, perimetré con una señal conveniente un extenso rectángulo, y dentro, otros más pequeños. El rectángulo era la base de una plataforma tero, así que lo entenderían.

Si reproducíamos un señuelo adecuado en connivencia con Setanta, no bajarían al suelo de Cenna. Creerían que también nosotros estábamos en el planeta. Teníamos nuestro prestigio, pero los tero temían más a nuestros aliados.

Crear la ilusión de una base o asentamiento que les hiciese pensar en numerosas naves, simulando lo que detectarían sus sensores desde el espacio, no fue difícil.

Reconozco que había pensado en otras posibilidades, pero se imponía el realismo y el tiempo, y no exagerar la diversión.

Regresé con el pequeño sobre los hombros y el cochinito trotando a nuestro lado.

Dormimos juntos los tres un buen rato. Cuando desperté, el pequeño no estaba, pero los glotoncillos ya eran cuatro, y les molestó que me levantara y me fuera.

«Repito: Tra-yec-toooriaaas de Fobos y Deimos. A ser posible, antes de que el mismo Deimos termine de una vez estampándose contra Marte. Aunque a este paso, se va a estrellar ¡en las narices!, ¡en las narices de ustedes...!»

Nadie osaba apartar la vista de la pantalla de su simulador:

«Mientras, les leeré un fragmento bien interesante de *Los viajes de Gulliver* en inglés, o lengua de Shakespeare, quien quiera que fuese Shakespeare: "Travels into Several Remote Nations of the World. In Four Parts. By Lemuel Gulliver, First a Surgeon, and then a Captain of Several Ships"... Esto sí que es un título... »

Busqué a Setanta y ultimamos la estratagema preparada para los teros. Le expliqué que durante mi inspección de los tubos había encontrado varios puntos para recoger agua.

Su respuesta me sorprendió:

—Habla con Káruí, la mujer con la que hablaste el primer día. Aquí las mujeres son las que encuentran el agua. No sabemos por qué. Tiene que ser algo de sus cuerpos.

Escuchamos unos sonidos espaciados, como vocalizaciones, que rebotaban en las piedras. Setanta me los tradujo: —Te buscan. A tu joven amigo le vuelve a ocurrir.

—¿Qué puedes decirme?

La máquina tardó en contestar. Temí que se hubiese bloqueado:

—En el ataque de los teros, cuatro muchachos casi adolescentes quedaron sepultados. Tu amigo fue desenterrado casi sin respiración; sólo él sobrevivió. No dijo nada ni gritó, pero puedo asegurarte que, hasta que lo sacamos, estuvo frente a frente con los cadáveres, y que no puede dormir.

Le encontré temblando sin poder contenerse, rodeado de algunos adultos y de sus compañeros, callados y entristecidos.

—No quiero que me vean así —susurró entrecortadamente, agotado, rígido, con los puños cerrados, el pelo humedecido por las lágrimas.

Me arrastré hacia él, y le abracé.

Creí que me rechazaría; pero no se movió.

—¡No hice nada! ¡Nada! —balbuceó.

Reconocía los síntomas, la reacción natural a una vivencia brutal y muy breve, tan impactante que no se puede asimilar.

—¡Se les cayó todo encima! ¡Se quedaron allí!... Reventados... De un color más azul que el carash... Los veo cuando cierro los ojos...

Comenzó a llorar con desconsuelo contra mi pecho, pero ahora ya era el final. Le susurré que pasaría.

Me acordé de la loba, de aquella loba.

Una vez, en un campamento de tránsito en Marte, donde ayudábamos en la reconstrucción de una cúpula, apareció una loba mientras dormíamos. Nos visitó varias noches seguidas y, finalmente, se quedó. No sabíamos de dónde venía, ni por qué se quedaba con nosotros.

La loba dormía a nuestro lado, entre todos, pues hacía mucho frío; a veces desaparecía, pero siempre volvía.

No podíamos darle nuestra agua, porque dependíamos de ella.

Así que en nuestros descansos, por turnos, nos la llevábamos, o nos seguía, a una zona alta donde la lluvia artificial quedaba almacenada en recovecos y era probable que fuese potable.

Tardamos un tiempo en darnos cuenta de que la loba sabía buscar su agua y distinguía la que era buena de la que no.

Eran los tiempos en los que sólo aprendíamos; pero, como ahora, vivíamos para reforzar los Cinturones, sellar alianzas, construir invernaderos, intercambiar conocimientos, reparar estaciones y, sobre todo, cuidarnos todos a todos.

El sol azulado se iba volviendo oscuro cuando el muchacho me preguntó qué era un navegante:

—Ayudar a otros. Ayudar a todos. Hacer lo que haga falta en cualquier comunidad, espacio o mundo. Creo que es eso.

Sus ojos, aún enrojecidos por las lágrimas, me miraban mientras continuaba preguntando:

—¿Por qué sabes tanto?

—Porque he aprendido. Porque me enseñaron. Porque se preocuparon por mí. Porque me preocupo por otros.

Luego, negué con la cabeza: —No sé tanto, de verdad. Soy como tú.

La Primera Regla es la Compasión.

Con Kárui recorrí una decena de tubos, asegurando puntos de agua y sellando las juntas rocosas con cera de carash.

La micropantalla comenzó a registrar una señal roja, de momento sólo un punto tenue que se aproximaba a mi ubicación. Era mi rescate.

Rastreé el cuerpo de Kárui con un guante, pero no encontré nada fuera de lo común. Finalmente, mantuve el guante sobre su frente: Su cerebro parecía anatómicamente algo diferente, pero no fui capaz de distinguir nada más. Los datos se grabaron y disfrutamos de una mezcla de agua y carash.

—Me marchó.

La mujer sonrió, y encaró el cielo azul cobalto de Cenna.

—Sí. Los muchachos han soñado que te ibas. Yo ya no tengo sueños.

Sus ojos buscaban el inacabable horizonte.

—Después de Saisho, soy la de mayor edad.

Comprendí su carga.

—¿Te gustaría conocer el futuro? A mí, sí —Me miró casi avergonzada; poco parecía imaginar que yo la imaginaba como un recipiente de certezas.

Pensé en que se podían calcular probabilidades, basarse en la experiencia. Cruzar patrones, escuchar nuestra intuición. El futuro era ese momento, ella y yo, el cielo de Cenna.

Allí, en medio de las estrellas.

El presente. El futuro.

El pasado.

Aquellas lecturas...: «No se me distraigan, no me miren. Calculen, calculen...»

El androide comenzaba a leer en medio de cualquier párrafo, de cualquier línea:

«Emplean aquellas gentes la mayor parte de su vida en observar los cuerpos celestes... Ahora vienen una veintena de palabras que... Pues me las voy a saltar... No me miren... ¿No me tienen ya muy visto?»

Bajábamos la cabeza para que no nos viera reírnos, pero era tentador observarle:

«A ver, por aquí: Han descubierto dos estrellas menores o satélites que giran alrededor de Marte, de las cuales la interior dista del centro del planeta primario exactamente tres diámetros de éste, y la exterior, cinco; la primera hace una revolución en el espacio de diez horas, y la última, en veintiuna y media...»

Comenzaba a desplazarse horizontalmente, y aprovechábamos para calcular también su propia velocidad y trayectoria; entonces analizaba los cálculos que habíamos realizado y que iba recibiendo:

«¿Quién se ha equivocado en dos graaa-doos? ¡Por los dioses y diosas de Babilonia! ¡Por los helénicos! ¡Por Belzebú! ¡Por la Gran Ballena Blanca!»

La máquina lo sabía, como sabía que por enésima vez revisaríamos las operaciones:

«Vamos, vamoos... Tengo a otra docena de pimpollos peores aún que ustedes que creen que dos y dos son cuatro.... Espabilen, espabilen...»

En la micropantalla, el punto rojo era casi un círculo grueso que rozaba al azul.

Mi rescate llegaba.

Dice uno de los poemas finales del Tebig:

«Mi ejército es una honda de valientes

Mi ejército es un pequeño David.

Mi ejército es la madre de las hijas de Boudica,

Eso dice la Primera Madre...»

Busqué a Saisho. El anciano ya había visto la pequeña nave.

Poco a poco, los demás se iban congregando, observando con atención la aproximación del estilizado aparato.

La nave de rescate mantuvo la velocidad hasta llegar a nuestra altura y comenzó a descender verticalmente.

Besé en la frente a Káruí, a Saisho y a cuantos pude, y susurré algo del Tebig que habla de bendiciones, guía y estrellas.

El anciano me miraba con asombro.

—Es una costumbre de la Tierra —dijo.

—¿La recuerdas? —yo no lo sabía.

-Apenas. Era poco más que un niño. Nuestra isla se rompió, el agua del mar la cubrió. Pero estaban preparados. Alguien me besó en la frente antes de cerrar mi «cuna». Sé que ya nos habían hecho algo antes de nacer. Cientos de «cunas», sólo con niños, partieron en dirección a un mismo punto. Eso lo supe luego. No sé cómo ni cuándo.

Noté una vibración en el auricular. Instintivamente, lo toqué.

Se escuchó con nitidez: —¿Marek...?

«Mi amigo», que se acercaba corriendo, se detuvo. Vi en sus labios cómo pronunciaba

«Marek» mirándome fijamente, y levantaba un brazo; supuse que era una especie de despedida.

Por mi memoria cruzó el último y fugaz encuentro con mi antiguo androide de cálculo, en una estación de paso:

«¡Usted! No me mire así, Marek, como si hubiera visto a su madre. ¿Recuerda a su madre?»

Mi sonrisa no es seguro que le hiciese bajar la guardia, pero proseguía:

«¿De qué se ríe? ¿Ve algo gracioso? Los vientos... Tenga en cuenta los vientos, Marek. Y lea *Alicia en el País de las Maravillas*; a Joanna Russ; a Parménides, quien quiera que sea Parménides...Y no me lo confunda con Heráclito... ¡Ah!, y a Epicuro, claro; a Marija Gim-bu-tas... Y tenga en-cuen-taaa los viceentoooss...»

Bajaba la cabeza como para que no viese una mueca que pudiera confundirse con una sonrisa. Aunque los androides antiguos no sonríen.

Nunca entendí lo de los vientos.

Quizá volveríamos a coincidir en quién sabe qué intersección. Puede que ya no fuésemos los mismos, igual que no puedes sumergirte dos veces en el mismo río.

Pero lo cierto es que función y androide permanecen, y sólo se desgasta su estructura. Yo no permanecería.

El piloto de rescate sí sonreía, al tiempo que me arrojaba un casco de vuelo. Noté el anclaje y que me elevaba, el chasquido de la escotilla al cerrarse detrás de mí.

Hay planetas donde puedes hacer fuego.

—Osaias viras —me saludó como bienvenida, en la lengua materna que compartíamos—. He dado una vuelta extra para que te despidieras —añadió, risueña.

Guardo el fuego donde todo guardo.

En el corazón de la memoria.

En ese lugar que no es y no existe, y desaparecerá. (★)

REFRACCIÓN NEGATIVA

MAURICIO LOZA

Mauricio Loza (Bogotá, Colombia, 1977) es un diseñador gráfico, escritor e investigador independiente colombiano. Ha publicado los ensayos *Contra el transhumanismo* (2018) y *The Hounds of Actaeon* (2020), que fue adaptada por el estudio español de diseño CVLTO a una serie documental titulada *Eros Desencadenado*. Actualmente prepara *Gasgurú*, una novela que cuenta la historia de Aum Shinrikyo, la secta que hizo los atentados con gas nervioso al metro de Tokio. «Refracción negativa» es la primera pieza del proyecto hipersticcional *Diaphainon*.

from: JFTorrejón@ubi.edu.bo
to: ed.submissions@history2.com
date: Feb 23, 2043, 12:21 PM
subject: Presentación de artículo para publicación
mailed-by: bounce.ubi-mail.edu.bo
signed-by: ubi-mail.edu.bo
security: Standard encryption (TLS)

Estimado Comité Editorial del grupo editorial G/Meta publications

Soy Juan Torrejón Salas, egresado del programa de Psicología y Lingüística Computacional de la Universidad Boliviana de Informática (UBI) de La Paz, con un doctorado en Historia de los Sistemas de Información de la Universidad de Denver. Adjunto a este correo de presentación encontrarán el artículo *Hacia una nueva apreciación de los orígenes de nuestra actual tecnología cognitiva*, a ser evaluado para la edición del tercer trimestre del año en curso. Este *paper*, escrito en colaboración con Mark S. Resnick (historiador de la Universidad de Denver y asesor de mi tesis doctoral), ofrece un relato que diverge de la narrativa oficial sobre la línea de tiempo en que se desarrollaron nuestras actuales tecnologías de modificación cognitiva.

Nuestra tesis sobre los antecedentes de estos sistemas ha sido criticada dura e injustamente por algunos lingüistas y tecnólogos;

imposible, en especial cuando algunos archivos e índices hallados recientemente en servidores rusos apuntan a que los fundamentos que permiten la creación de un lenguaje semasiográfico similar al de una interfaz cuántica, ya habían sido desarrollados durante la primera década del siglo XXI por un autor hasta ahora desconocido. Contrario a las críticas que tachan a nuestra tesis de revisionista y politizada, el objetivo del profesor Resnick y mío es el de lograr una comprensión más completa de los sistemas semasiográficos que sirven de base a las formas más recientes de computación cuántica.

Dicho esto, y considerando la importancia de un recuento más veraz y completo de nuestra historia reciente, someto nuestro artículo al proceso de *peer-review* de su grupo editorial en espera del visto bueno para su publicación.

Atentamente,
Juan Torrejón Salas.

.....

I attachment

[Towards a new app...pdf](#)

Towards a New Appraisal of the Origins of Our Current Cognitive Technology

Juan F. Torrejón^a , Mark S. Resnick^b

*^aDepartamento de Lingüística Computacional,
Universidad Bolivariana de Informática (UBI)*

*^bDepartment of History of Information Systems,
University of Denver*

Received 23 February 2043; received in revised form 5 May 2043;
accepted 1 September 2043

Resumen

Por cerca de dos décadas, el campo de las ciencias cognitivas y el de la lingüística computacional han tomado como premisa que los lenguajes semasiográficos que hacen parte esencial de las «Interfaces Humano-Computador Cuántico» (HQCI), son un desarrollo lingüístico que no puede ser desligado de este tipo de computación. Este artículo da cuenta de los hallazgos que nos han llevado a refutar esta noción y a postular que este tipo de lenguaje empezó a ser desarrollado en la primera década del siglo XXI por R. Kubitschek, un autor hasta ahora desconocido, que dio los primeros pasos en la elaboración de este tipo de lenguajes por fuera del contexto y los objetivos de la computación cuántica. Mediante un breve contexto histórico, unas consideraciones metodológicas y un resumen de los hallazgos, nos proponemos demostrar que este descubrimiento —de importancia capital para la historia reciente de los sistemas de información—, deberá poner en perspectiva los usos y el potencial inherente a este tipo de herramientas cognitivas. Por ello, consideramos esencial lograr una narrativa más veraz y completa del origen de las HQCI que ilumine sus posibles aplicaciones a otros campos de estudio más allá de la computación cuántica.

1. Contexto Histórico

Desde finales del siglo XX, cuando se hizo evidente que la computación binaria alcanzaría los límites materiales de su desarrollo en las siguientes décadas, se hizo necesario buscar una alternativa que ofreciera nuevas posibilidades en cuanto a capacidad de cómputo y velocidad de procesamiento. La principal de estas alternativas, el campo de la computación cuántica, ha dado pasos agigantados desde que Paul Benioff (1980) propusiera el primer modelo cuántico para una Máquina de Turing y Richard Feynman (1986) introdujera una versión temprana de la notación para un circuito cuántico. Aparte de problemas técnicos como la decoherencia y la fidelidad cuántica, un primer percance socioeconómico en el desarrollo de este campo de estudio se presentó con la guerra Ruso-Ucraniana (2022-2027). Debido a las consecuentes restricciones globales para acceder a las reservas de silicio de China y Rusia¹ se hizo necesario encontrar nuevos materiales y técnicas para la construcción de semiconductores; dicha demanda fue suplida cuando la tecnología de Metales de Transición de Dicalcogenuros (TMD)² se volvió viable a mediados de la tercera década del siglo XXI.

Aunque la escasez de silicio por causa de la guerra supuso un incentivo para el desarrollo de nuevas técnicas y enfoques a la computación cuántica, la inestable situación geopolítica y las restricciones económicas constituyeron un impedimento para la colaboración entre diferentes equipos de investigación ubicados en universidades en los Estados Unidos, Inglaterra,

1 Las más grandes del mundo con aproximadamente 4,800 y 700 miles de toneladas de exportación anuales, respectivamente.

2 Técnica que consiste en colocar una capa de átomos de un metal de transición (Molibdeno (M) o Wolframio (W)) entre dos capas de calcogenuros (Azufre (S), Selenio (Se) o Telurio (Te)).

Francia, China y Rusia. Un golpe aún mayor a cualquier posibilidad de colaboración tuvo lugar en la primavera austral del 2024, cuando la Federación Rusa y La República Popular China decidieron terminar de escindir sus redes digitales de la internet en un evento conocido como *Splinternet*³. Este hecho, sumado a los ciberataques a manos de actores al servicio de estos gobiernos y las posteriores respuestas de la Unión Europea y Estados Unidos en los últimos meses de 2025, crearon una contienda por acceder a información vital para el desarrollo de una nueva generación de armamento electromagnético, la cual terminaría definiendo el acceso a las fuentes públicas y privadas de conocimiento desde entonces.

Los subsecuentes ataques electromagnéticos del 2027, que desconectaron todas las redes digitales del planeta durante 3 días en el invierno austral de ese año (el llamado GB-27 o *Global Blackout*), le dieron punto final a la guerra Ruso-Ucraniana pero significaron el oscurecimiento total de las fuentes de información que la alianza Ruso-China logró ocultar tras su Cortina de Hierro digital. La consecuente oclusión y corrupción de información digital en absolutamente

3. Término primero usado por Clyde Wayne Crews, del Cato Institute, en la edición de *Forbes* de abril del 2001 para describir «Internets paralelos que funcionarían como universos desemejantes, privados y autónomos», y posteriormente por otros investigadores para referirse a la creciente balcanización del internet. En el caso de la Federación Rusa y La República Popular China, desde principios del siglo XXI estas dos naciones empezaron a imponer acciones legislativas y medidas tecnológicas para restringir el acceso a internet en sus territorios. La Ley de Internet Soberano del 2019 en el caso de Rusia y La Gran Muralla Digital (*The Great Firewall*), en el de China, fueron los antecedentes legales directos del escenario de *Splinternet*, que se mantuvo vigente en el periodo de 2024-2040. En efecto, desde el 2020, en plena pandemia del COVID-19, se hizo evidente que la nueva legislación rusa sobre vigilancia en línea le daba al gobierno los poderes para separar a Rusia del resto del internet y crear un nuevo DNS (*Domain Name System*) para su red.

todos los campos de interés y estudio supuso la más grande agresión a la continuidad del conocimiento humano desde que en el año 48 a.C. los soldados de Julio César prendieran fuego a la flota egipcia anclada en el puerto de Alejandría y provocaran un incendio que se extendió a partes de la ciudad incluyendo su renombrada biblioteca.

La deposición de Vladimir Putin y su posterior juicio sumario a finales del 2027 resultaron en el ascenso al poder de Alexander Bortnikov, quien había sido director del FSB desde 2008. Estos tres elementos dieron lugar a la vana esperanza de que tanto la Federación Rusa como La República Popular China accederían a reconectar sus servidores a la red global. Por el contrario, el gobierno de Bortnikov, en un testarudo intento por consolidar su poder en un país devastado económicamente, redobló la seguridad de sus servidores y continuó con las políticas de aislacionismo digital de su predecesor. Estas medidas, efectivamente, le permitieron al premier sostenerse en el poder hasta su muerte en 2039. Durante este periodo, miles de exabytes de datos (tanto propios como robados durante las escaramuzas digitales de la década anterior) se mantuvieron al margen de la evolución del internet como en una cápsula del tiempo.

Esta inestimable pérdida y oclusión de información se vio agravada por las migraciones forzadas que tuvieron lugar a partir del 2030. Luego de una cascada de puntos de inflexión climáticos, los niveles del mar empezaron a subir vertiginosamente y se hizo necesario evacuar a los Países Bajos, la mayoría de islas del Caribe y del Sudeste Asiático. También se empezaron a implementar proyectos de amurallamiento en ciudades costeras como Londres, Nueva York, Los Ángeles, Tokio, Hong Kong, Dubai y Singapur,

urbes que pudieron darse el lujo de poner en marcha estos megaproyectos. Otras ciudades como Venecia, Barcelona, Miami, Santiago, Oslo o Lisboa, no corrieron con tan buena fortuna. La crisis ecológica y de refugiados supuso una enorme reorganización geopolítica en la que los grandes centros comerciales y de investigación migraron de las costas al interior de los continentes; el eje de ciudades de la cordillera de los Andes recibió millones de refugiados provenientes del Caribe, Estados Unidos, Canadá y el norte de Europa. En una curiosa inversión de los flujos migratorios, el Sur Global acogió a millones de personas provenientes del Norte.

Unos años antes de las primeras inundaciones, para mediados de los años veinte, ya era claro que la escasez de materiales como silicio y coltán cambiaría el enfoque de la computación cuántica. Fue en esta década que se empezó a discutir la idea de una Computación Cuántica Cualitativa (*Qualitative Quantum Computing*) que se enfocara no tanto en la taza específica de procesamiento sino en la conectividad con el usuario; un énfasis que, a su vez, respondía a la escasez de materiales: a menor capacidad de cómputo, eran necesarias menos capas atómicas de metales de transición. Fueron estas circunstancias las que llevaron a investigadores como Patrick Callahan y Akhila Seth-McTaggart a enfocarse en el *entrelazamiento cognitivo* entre el sujeto y el computador cuántico, y las que les permitieron encontrar un estado en el que la distinción entre observador y observado (o, en términos cartesianos, entre *res cogitans* y *res extensa*) colapsa en una superposición de partes que permite la operación de una interfaz cuántica.

El primer gran logro de Callahan y su equipo fue «caracterizar matemáticamente el acto de observación y el

fenómeno observado [...] como dos estados de una misma función de onda» (Callahan & Ramadrachan, 2026, pp. 47-52). Esta cuestión los llevó a afirmar que la operación de un computador cuántico dependía del entrelazamiento entre observador y observado y no de la capacidad de cómputo de un procesador específico. Basados en esta premisa descubrieron que era posible crear un estado intermedio, un umbral cualitativo en el que la función de onda se mantiene relativamente estable e impide su colapso a un estado clásico.⁴ Callahan concluyó que para lograr un entrelazamiento cognitivo entre usuario y computador era necesario hacer que ambas partes operaran en el mismo lenguaje; es decir, que se pudieran «encontrar» en un *locus* intermedio. Para ello creó un lenguaje semasiográfico⁵ que permitía interacciones típicamente cuánticas como la superposición, la interferencia y el entrelazamiento. La sintaxis de la creación de Callahan estaba en capacidad de generar, a partir de simetrías y combinaciones, significados básicos para la mente humana como divisiones del tiempo, direcciones en el espacio y operaciones aritméticas. Con este lenguaje era posible crear un «espacio semasiográfico» compartido, que funcionaba

4. Este concepto, conocido en mecánica cuántica como colapso de la función de onda, ocurre cuando dicha onda, es decir la superposición de varios estados cuánticos, se reduce a un único estado que puede ser descrito en los términos de la física clásica. De modo complementario, este proceso es descrito como una pérdida de coherencia cuántica o «decoherencia», concepto que se usa para describir cómo un estado cuántico entrelazado da lugar a un estado clásico no entrelazado cuando se produce una observación.

5. La semasiografía (del griego σημασία, semasia «significado», y γραφία, graphia «escritura») es una técnica de comunicación escrita que no recurre a símbolos fonéticos para transmitir significado. En efecto, en los lenguajes semasiográficos (notación musical, iconografía informática, señalética, etc...), los símbolos utilizados no mantienen una correlación con “palabras habladas” o sus pares alfabéticos sino que expresan conceptos acordados culturalmente.

como *buffer* para una observación por parte del usuario y resolvía (o, por lo menos, esquivaba parcialmente) el problema de la medición de la mecánica cuántica.⁶

El nombre de la primera versión de una interfase cuántica basada en un lenguaje semasiográfico fue SEM-001 (*Semasiographic Entrainment Matrix*). Los resultados de las primeras pruebas fueron prometedores: cuando se entablaba una conversación entre usuario y computador en este lenguaje,⁷ la decoherencia cuántica del sistema se reducía drásticamente. El entrelazamiento cognitivo a través de la interfaz semasiográfica, aunque imperfecto, mitigaba la necesidad de corrección de error de la computadora y permitía una interacción sostenida. En efecto, el dominio de las siguientes iteraciones de esta invención produjo un interesante efecto en el usuario que ya había tenido lugar en la computadora: aparentemente, la lógica difusa del lenguaje semasiográfico permitía que se superpusieran varios estados cognoscitivos, de modo que el usuario podía experimentar la realidad desde varios puntos de vista espaciales y temporales. La percepción se transformaba en una suerte de «collage cognitivo cubista-gysinista» (Seth-McTaggart, 2032, p. 37). A partir de la quinta iteración de SEM, los estados de entrelazamiento permitieron que el observador y el observado se superpusieran; es decir, que el usuario empezara a experimentar el mundo (de manera muy rudimentaria) desde un «punto de vista cuántico» a la vez que podía continuar

6. El problema de la medición se refiere a la incapacidad de observar el colapso de la función de onda directamente pues una medición debe, por definición, describir a un sistema físico en un estado definitivo, y no como una superposición de diferentes estados simultáneos..

7. «Conversación» aquí debe ser entendido como una «cooperación lingüística» en la que ambas partes construyen nuevos conceptos a partir de las unidades de significado y las interacciones disponibles en el lenguaje.

experimentándose como usuario.⁸ Las descripciones verbales de los usuarios que experimentaron este estado rayan, a falta de mejor palabra, en lo «místico». Muchos aseguran que solo es posible describirlo dentro de la sintaxis del mismo lenguaje semasiográfico. Desde el 2035 existe una galería virtual donde el público general puede apreciar estas construcciones espaciales de significado.⁹

Explicar estas experiencias cognitivas ha sido motivo de intenso debate desde entonces. Según Callahan, «los lenguajes semasiográficos superponen y entrelazan las capas de forma (sintaxis) y contenido (semántica) en una estructura lingüística unitaria del mismo modo que un computador cuántico puede superponer diversos estados cuánticos y categorías lingüísticas en una misma estructura informática» (Callahan & Capdevila, 2032, p. 17). Argumentos como este fueron recibidos con entusiasmo y escepticismo por la comunidad científica, y divulgadores como Jordan Yankelovich llegaron a asegurar que SEM era una suerte de experimento de doble rendija a la inversa que, en vez de revelar la naturaleza doble de la onda-partícula, la devolvía a su indistinción cuántica. A pesar de las múltiples explicaciones que el equipo de Callahan ofreció para estas experiencias, sus hipótesis fueron consideradas insuficientes para describir la operación de un sistema que para muchos continúa siendo una «caja negra».

Lo cierto es que el proyecto de Callahan reveló las limitaciones de la idea de la computación moderna según la cual «las operaciones, que están codificadas en algoritmos y

8. Este «punto de vista cuántico», cabe aclarar, es en realidad una aproximación sintáctica del mundo cuántico y no el mundo cuántico como tal. Es decir, se trata de aquellas características cuánticas que pueden ser conceptualizadas y transformadas en unidades de significado expresadas semasiográficamente por SEM.

9. www.semart.com/projects/gallery.htm

se llevan a la práctica como comandos de *software*, existen independientemente de los datos [...] a los que se pueden aplicar. La separación entre algoritmos y datos en la programación se convierte en la separación entre operaciones y datos de los medios» (Manovich, 2005, p. 274). En este esquema, las operaciones de un computador son modeladas a partir de la conversión de las operaciones de la mente humana a un código. No obstante, la computación cuántica cualitativa de Callahan invirtió la tendencia a objetivar las operaciones mentales en un sistema computacional y, por el contrario, optó por entrelazar sus capas operativas (forma/contenido, algoritmo/datos, sintaxis/semiosis, sujeto/objeto) en una sola estructura que no hace distinción entre usuario y herramienta.

Contra todo pronóstico, en el año 2041, luego de la reconexión de la red rusa al internet, encontramos indicios de un lenguaje similar al de una interfase cuántica estándar, pero previo al desarrollo de estas. Este lenguaje había sido creado en la primera década del siglo XXI, por un autor alemán sin afiliaciones académicas y por fuera del marco de la computación cuántica.

2. Preliminares y metodología

En diciembre del 2040 Dr(ag)ta, la compañía líder de extracción de datos de la Nueva Federación Rusa, descubrió en Novosibirsk, Siberia, un disco duro abandonado por un colectivo de hackers que probablemente huía de una redada policial. En él hallaron cientos de archivos irrelevantes junto con dos índices: el primero, un archivo de texto con una lista de libros variados en francés, inglés y español; el segundo, un archivo .JSON que conectaba a una Base de Datos Distribuida (DDBS).

El análisis forense de estos datos (y sus respectivos metadatos) fue llevado a cabo por el equipo del profesor Vitaly Prokonov en la Facultad de Arqueología Informática de la Universidad de San Petersburgo. Este estudio determinó que el archivo .JSON había conectado a archivos distribuidos en tres bases de datos a lo largo de un periodo de quince años. La información había sido migrada en dos ocasiones en un intento por mantener la integridad de la información. La base de datos original resultó ser del tipo AWS SimpleDB, por lo cual la razón para migrarla a otra base de datos debió ser el cese de operaciones de Amazon en Rusia y Bielorrusia a mediados del 2022.

Ahora sabemos que, durante el periodo 2023-2027, muchos hackers rusos anti-establecimiento recogieron su botín digital en este tipo de bases de datos heterogéneas; también sabemos que, posteriormente, las combinaban en un esfuerzo por mantener esta información al margen de la nueva legislatura rusa. Esta práctica se hizo aún más pronunciada luego de que en el 2024 Rusia separara totalmente sus servidores del internet e implementara un nuevo DNS para su territorio. Al enlazar el archivo .JSON con la base de datos más reciente, el equipo del profesor Prokonov encontró que la mayor parte de los archivos estaban alojados en una granja clandestina de servidores en Omsk. Una vez Dr(ag)ta llegó al lugar, fue claro que gran parte de la información contenida en la base de datos estaba corrupta debido al aislamiento y a una caja de Faraday defectuosos. Se estima que los archivos debieron sucumbir a un pulso electromagnético entre los años 2025 y 2027.

Entre los datos que se lograron rescatar de este servidor se encontró un cache de información compuesto de cientos de directorios. Al acceder a estos archivos e indexarlos, el equipo

del profesor Prokonov encontró que el nombre de Kubitschek R. (escrito en tres ocasiones como Rubitschek K. por error) encabezaba la lista con el mayor número de hits. En total, las menciones del autor sumaban 112, de las cuales solo se pudo acceder parcialmente a 57, que incluían fragmentos de archivos de texto generados en Word 98, Windows Notepad y algunas imágenes en .jpg y .png. Al rastrear la iteración previa de la base de datos (ubicada en la ciudad de Kurgan) se encontraron tres directorios adicionales, para un total de 115 carpetas y 12 más que permitían acceder a información no disponible en la base de datos de Omsk. Había un total de 69 carpetas con archivos de texto, en su mayoría en español y otros en el alemán original.

Fue el profesor Prokonov quien, al evaluar el contenido de estos archivos, se contactó con la UBI y con la Universidad de Denver en busca de un experto en historia de los sistemas de información con conocimiento de español. Según el análisis preliminar del profesor Prokonov, los archivos de texto y las imágenes correspondían a fragmentos de un libro titulado *Diaphainon: Volumen II*, inicios de una semtaxis holomórfica (no indexado en la Biblioteca Estatal de Rusia ni en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos). Dicho libro había sido publicado póstumamente en Barcelona por una editorial que desapareció con la inundación de la capital catalana. El volumen I de la misma serie no fue encontrado en la base de datos y solo contamos con una mención a su título en el cache de datos, hecha de manera parcial —prólogo a una semtaxis holomórfica— para imaginar su contenido. Aparentemente, esos fueron los dos únicos libros publicados por Kubitschek y no contamos con más datos biográficos que sus lugares y fechas de nacimiento y muerte: Köln, 1942 y Málaga, 2017.

Al cotejar la información de las dos bases de datos (la base original de AWS no ha sido encontrada) y reemplazar los archivos corruptos e incompletos, se logró un consolidado del 59.7% del contenido final del libro. De estos fragmentos, la parte más relevante para nuestro estudio es el capítulo final en el que Kubitschek desarrolla las bases de un lenguaje semasiográfico basado en cinco «radicales» o unidades básicas de significado en su sistema. El resto del libro (fragmentario e inconexo por las páginas y fragmentos perdidos), aparentemente sirve de contexto para el desarrollo de este sistema semasiográfico, que es definido como una *semtaxis* (portmanteau entre semántica y sintaxis) o la combinación de significado y organización en una estructura lingüística única. Es esta característica en particular la que acerca al proyecto de Kubitschek a las interfaces semasiográficas actualmente en uso en la computación cuántica.

¿Por qué quedó oculto el trabajo de R. Kubitschek tras la cortina de hierro digital? Probablemente nunca tendremos una respuesta definitiva. Las fechas más recientes de reescritura de la mayoría de directorios indican que, como otros cientos de miles de archivos digitales, fueron parte del botín que hackers rusos o chinos extrajeron de alguna biblioteca digital de la Unión Europea a finales del 2025, cuando se produjo la primera oleada de ciberataques que eventualmente desembocarían en el GB-27.

Dada la cantidad limitada de información en los fragmentos de Kubitschek, empezaré por delinear los puntos básicos discernibles del lenguaje semasiográfico desarrollado en *Diaphainon vol. II*.¹⁰

10. De aquí en adelante: *Diaph.II*.

3. Hallazgos

Aunque no contamos con una definición por parte de Kubitschek, la palabra *diaphainon*, que le da nombre a su sistema semasiográfico, es el participio presente sustantivizado del verbo griego *diaphainomai*, que según el filósofo cultural Jean Gebser, se refiere a:

‘aquello que brilla a través’, y por lo tanto también ‘aquello que es transparente’. Su énfasis particular está en algo que es o se vuelve visible o perceptible a través de algo más, sin implicar que lo que es visible o perceptible necesariamente tiene que brillar o es resplandeciente. (Gebser, 2011, p. 811)¹¹

El nombre *diaphainon* nos permite vislumbrar el carácter especulativo y, como veremos más adelante, algo esotérico de la propuesta, más centrada en la «transparentación» de nuevas posibilidades cognoscitivas que en la comunicación efectiva entre individuos. En el prefacio a *Diaph.II*, Kubitschek nos da a entender su particular forma de ver la tecnología digital, a saber que a través de ella: «no sólo estamos extendiendo la agencia humana mediante un nuevo sistema lingüístico o de comunicación; estamos reproduciendo la función

11. Hasta donde ha sido posible indagar, Kubitschek tomó el término *diaphainon* de la obra de Gebser (1905-1973), que parecería fundamental para el entendimiento y desarrollo de su lenguaje semasiográfico. En esencia, Gebser propone que la consciencia humana ha venido evolucionando a lo largo de la historia de nuestra especie. Las fases de esta evolución, descritas como “estructuras” en su sistema, son: la estructura arcaica, la estructura mágica, la estructura mítica, la estructura mental y la estructura integral. Cada una de las estructuras tiene una fase eficiente y una deficiente y, según Gebser, en la actualidad estamos pasando por la fase deficiente de la estructura mental en tránsito a la estructura integral. Aparentemente, Kubitschek concebía a *Diaphainon* como una herramienta para facilitar el tránsito a la nueva estructura de consciencia, que integraría las características eficientes de las estructuras previas. Cabe mencionar que la versión original en alemán del libro de Gebser desapareció en el 2027 y solo contamos con las traducciones autorizadas al inglés y español.

misma de la cognición a través de mecanismos externos y extra-humanos» (Rushkoff, 2010, p. 15).¹² Así pues, si para Kubitschek la tecnología digital es capaz de reproducir la cognición por medios externos (sistemas, redes y gadgets) debería también ser capaz de diluir las fronteras entre mente y mundo y, hasta cierto punto, «exteriorizar» la mente.¹³ A nuestro juicio, este es el primer punto de encuentro entre el trabajo de Callahan y el de Kubitschek: ambos invierten la tendencia de la tecnología a objetivar las operaciones mentales y crean un espacio intermedio donde la mente pueda penetrar en el mundo.

Dado que la operación de la tecnología digital presupone la «extensión» de la mente (su entrada a la *res extensa*), según Kubitschek la capacidad de programar, es decir, crear instrucciones que le indiquen a un computador cómo realizar una tarea, es una capacidad exclusiva de nuestro momento histórico, pero agrega que:

el verdadero potencial de esta nueva capacidad [la programación] supera las posibilidades tecnológicas de lo que llamamos *era digital* y nos ofrece la posibilidad de *programar o codificar* nuestra percepción de la realidad. (Kubitschek, 2015, p. 51)

En la obra de Kubitschek, la capacidad de programación desarrollada durante la era digital sobrepasa sus límites originales y se extiende a la realidad fenoménica. En

12. En casos como este en el Kubitschek cita de un libro existente, tomo el fragmento directamente de su libro y presento la información bibliográfica para referencia del lector.

13. Kubitschek complementa este tema por medio de una cita fragmentaria de Rushkoff que presento aquí en su totalidad (los fragmentos tachados no se encuentran en la versión de *Diaph. II*): «la era industrial nos retó a pensar los límites del cuerpo humano: ¿dónde termina mi cuerpo y empieza la herramienta? La era digital nos reta a pensar los límites de la mente humana: ¿cuáles son las fronteras de mi cognición?»

los fragmentos que se han podido recuperar del primer capítulo de *Diaph.II*, Kubitschek asocia este argumento con el relativismo lingüístico,¹⁴ y refiere en varias ocasiones a lingüistas y antropólogos como Benjamin Whorf y Dorothy Lee (fragmentos a lo que desafortunadamente no tenemos acceso pues hacen parte de *Diaph.I*) para evocar la plasticidad de nuestros procesos perceptuales y cognitivos.

Ahora, ¿cuáles fueron las motivaciones de Kubitschek para crear este lenguaje semasiográfico? Hasta dónde podemos deducir a partir de los fragmentos existentes, el propósito de este lenguaje es «servir como vehículo de dinamización y actualización de nuevas formas de significado antes imposibles de codificar con herramientas perceptuales como el alfabeto y la perspectiva» (Kubitschek, 2015, p. 52).¹⁵ *Diaphainon* se trataría de una herramienta epistemológica diseñada para «transparentar» o «traer a la actualidad» nuevos significados, una interfaz entre un significado potencial y su cognición actual. Sin embargo, cabe advertir que la relación entre este lenguaje semasiográfico y la tecnología digital es solo contextual y, hasta donde sabemos, en ningún lugar Kubitschek afirma que *Diaphainon* deba ser implementado por medios digitales. En cambio opta por enunciar un nuevo tipo de tecnología que

[encuentre] su fundamento, ya no en la materia, sino en la conciencia. Dar lugar a este nuevo enfoque requiere entender que el mundo no es una entidad objetiva y que realmente ocurre en la intersección entre nuestro adentro y el afuera; por esta razón, nuestra nueva *techné* no debería actuar exclusivamente

14. El relativismo lingüístico es una hipótesis que sostiene que la estructura de un lenguaje tiene un efecto psicológico y cognitivo sobre la población que lo habla.

15. Aquí los términos dinamización y actualización parecerían ajustarse a las categorías aristotélicas de *potencialidad* y *actualidad*.

sobre la materia o sobre la conciencia, sino sobre su confluencia.
(Kubitschek, 2015, p. 52).






Es a través de esta noción de un locus intermedio (una confluencia entre mente y mundo) que Kubitschek llega a un «espacio semasiográfico» similar al de las interfaces cuánticas del proyecto SEM. A continuación, hacemos un recuento de la estructura básica y el funcionamiento de este lenguaje semasiográfico.

Diaphainon está compuesto de tres niveles de significado organizados no jerárquicamente. El nombre de Kubitschek para esta estructura es *holoarquía* (término que probablemente toma de Arthur Koestler)¹⁶ y se refiere a un sistema en el que cada parte es tanto parte como todo. El primer y más básico nivel de significado es llamado *radical*, el segundo nivel *sema* y el tercer nivel *holomorfo*. Los holomorfos están compuestos de semas que, a la vez, están compuestos de radicales. Los radicales son cinco y están basados en el sistema chino *wuxing* de las cinco fases o elementos. Esta excéntrica decisión da lugar a un sinnúmero de significados y relaciones dentro del sistema.

Para una mejor comprensión, presentamos la tabla en la que Kubitschek introduce los radicales, las acciones asignadas tradicionalmente a cada fase, su polaridad en el sistema chino y su cardinal:¹⁷

16. A diferencia de Koestler, que define su «holarquía» como una organización de «holones» (del griego *holos*, “entero”), partes autorreguladas en árboles jerárquicos, para Kubitschek la cuestión parece residir ya no en un orden jerárquico en absoluto sino en un orden «acategorial» en el que las partes, que potencialmente contienen el todo, no están organizadas lineal y diacrónicamente (como en el caso de una frase escrita alfabéticamente bajo unos parámetros sintácticos y gramaticales), sino en conformaciones sincrónicas y «holoárquicas» de significado.

17. La polaridad en el sistema *wuxing* y el cardinal no serán abordadas en este artículo pues no contamos con suficientes datos en este momento

<i>Propiedad/Fase</i>	<i>Radical</i>	<i>Acción</i>	<i>Polaridad</i>	<i>Cardinal</i>
<i>Madera</i>		<i>Germinal</i>	<i>Yang nuevo</i>	<i>Este</i>
<i>Fuego</i>		<i>Crece</i>	<i>Yang pleno</i>	<i>Sur</i>
<i>Tierra</i>		<i>Transformar</i>	<i>Equilibrio</i>	<i>Centro</i>
<i>Metal</i>		<i>Contraer</i>	<i>Yin nuevo</i>	<i>Oeste</i>
<i>Agua</i>		<i>Almacenar</i>	<i>Yin pleno</i>	<i>Norte</i>

Empezando por la fase «madera» los radicales se configuran de modo aditivo: el radical fuego contiene al de madera, el de tierra contiene al de fuego y madera, y así sucesivamente. El radical de agua, cuya acción es «almacenar», contiene todas las otras fases, lo que lo haría el primer radical verdaderamente holoárquico: es a la vez una parte y un todo que es la suma de todas las partes.¹⁸

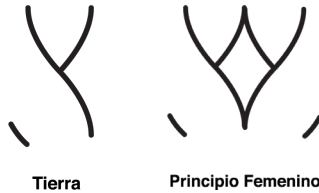
Tomemos uno de los radicales para explicar el funcionamiento semántico o, más correctamente, *semántico* de la herramienta. En términos alfabéticos, el radical para “tierra”

para deducir una idea clara de su función. No obstante, es posible anticipar que los puntos cardinales probablemente jugaban un papel importante a la hora de generar nuevas relaciones y trasladar el lenguaje de dos a tres dimensiones.

18. Cabe mencionar que la estructura aditiva de *Diaphainon* recuerda la máxima aristotélica según la cual lo antecedente adquiere actualidad en lo consecuente que «constituye una serie, en la que cada término sucesivo contiene potencialmente a su predecesor, es decir, el cuadrado contiene al triángulo...» (Del prefacio de Iain Hamilton Grant para *Spinal Catastrophism* de Thomas Moynihan, xiii).

equivaldría al complejo de ideas/acciones: «germinar-crecer-transformar»; del mismo modo, el radical «agua» equivaldría a: «germinar-crecer-transformar-contraer-almacenar».¹⁹ Así, Kubitschek configura el primer nivel de su semtaxis y a la vez prepara el campo para el segundo nivel, en el que las combinaciones entre radicales y sus simetrías horizontales y verticales dan lugar al surgimiento de los primeros semas propiamente dichos. Es en el uso de estas simetrías donde encontramos el segundo punto de encuentro entre *Diaphainon* y el proyecto SEM.

En los fragmentos de *Diaph.II* que llegaron a nosotros encontramos una sección titulada: «3. Genealogía de las aguas» que, aunque incompleta, nos da una idea bastante clara del desarrollo de la interfaz. Por ejemplo, al reflejar horizontalmente el radical de “tierra” se obtiene el *sema* para el principio femenino.

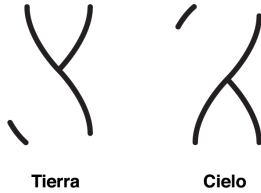


Kubitschek describe este primer *sema* como «*lo receptivo*: la invaginación contiene al falo». En términos semtácticos esto equivale a: «el crecimiento (2) es contenido por la germinación (1), la transformación (3) los orbita a los dos desde abajo».

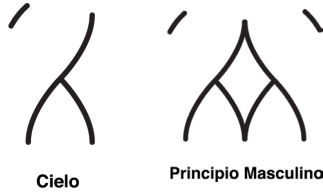
19. Esta lectura lineal o diacrónica es precisamente lo que evita *Diaphainon*, optando por mostrar dichas ideas sincrónicamente. Hasta dónde podemos dilucidar a partir del material disponible, con la práctica, este nuevo tipo de lectura engendraría una nueva concepción del espacio y el tiempo congruentes con aquellas descritas por Jean Gebser para la estructura integral de consciencia.



Ahora, cuando el radical para «tierra» es reflejado verticalmente, da lugar a un nuevo radical que no corresponde a una fase-elemento, pero sí pertenece al mismo nivel de significado: el cielo.



Al repetir la simetría horizontal con el radical para cielo, se obtiene el *sema* para el principio masculino.

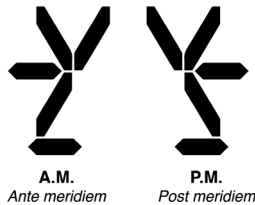


Este *sema* es descrito como «lo daditativo: el falo contiene a la invaginación» o, semtácticamente, «la germinación (1) contiene al crecimiento (2), la transformación (3) los orbita desde arriba».



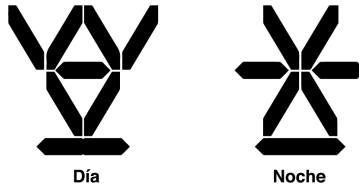
Los significados implícitos en ambos principios son los mismos, pero formulados pasiva o activamente. La diferencia entre los dos radica en la dirección *hacia abajo* del principio femenino, compuesto de dos radicales «tierra» en espejo, y la dirección *hacia arriba* del principio masculino, compuesto de dos radicales «cielo». Dicha complementariedad refleja algunas nociones básicas del *wuxing* y de la filosofía china, como el *yin* y el *yang*.

Los principios masculino y femenino corresponden a los dos primeros semas y, aunque no tengamos un registro de todas sus combinaciones, es posible deducir algunas continuando la secuencia lógica de simetrías. En este punto me gustaría resaltar las similitudes en el uso de la simetría tanto en la primera iteración de SEM como en *Diaphainon*. SEM-001 fue ideado usando la matriz geométrica de un visualizador de 16-segmentos (*sixteen-segment display*) por la facilidad que ofrecía para programar en qbits los 16-bits que indican cuales segmentos se encienden o apagan y para agregar segmentos auxiliares o cambiar su posición. Por ejemplo, las representaciones para a.m. y p.m. en la primera iteración de SEM, son:

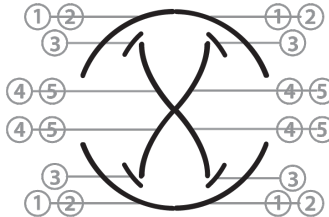


En estos símbolos, el segmento horizontal inferior representa la dirección base del tiempo, el segmento diagonal la flecha del tiempo, el segmento horizontal intermedio el lugar de

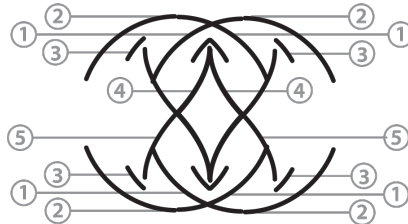
división y la bifurcación la opción de ante- o post-meridiano. Tanto en el proyecto SEM como en *Diaphainon*, la simetría sirve para reforzar una idea o expresar complementariedad. En efecto, cuando se superponen estos dos símbolos (que la computadora cuántica interpreta como una configuración en la que los segmentos diagonales y horizontales tienen ambos valores (a.m o p.m) simultáneamente), surgen los símbolos para las ideas de día (que incluye la noción de un ciclo de 24 horas o «día») y noche:



Diaphainon utiliza un procedimiento casi idéntico para construir el siguiente nivel de significado: el holomorfo. Este nivel expresa ideas mucho más complejas que las de un radical o un sema. Por ejemplo, al cuadruplicar el radical de «agua» (que contiene los demás radicales) y ponerlo en espejo horizontal y verticalmente desde el centro de la imagen, obtenemos el siguiente holomorfo, que Kubitschek llama: «*El huevo cósmico descansa en equilibrio sobre las aguas*».



En esta configuración, las curvas exteriores, que corresponden a las acciones de contraer (1) y almacenar (2), se superponen y refuerzan en los cuatro cuadrantes, mientras los radicales de transformación (3) se configuran en las esquinas del crecimiento (4) y la germinación (5), que también se han plegado unos sobre otros.²⁰ Como en el caso de los conceptos de día y noche en SEM, la superposición y la simetría juegan un papel primordial a la hora de producir significado. Adicionalmente, el desplazamiento horizontal también determina la aparición de nuevos holomorfos. Al «abrir» las dos mitades de este holomorfo horizontalmente obtenemos:



Kubitschek describe este holomorfo (uno de los primeros verdaderamente complejos en su sistema) como «*el huevo cósmico hace eclosión abriendo el punto de entrada del impulso generativo universal*». La «invaginación central» compuesta por los radicales para el crecimiento (4) y la germinación (5), está rodeada por la transformación (3), la contracción (1) y el almacenamiento (2). Este nivel de *semtaxis* es altamente evocativo en términos visuales y simbólicos e

20. Nótese el parecido de la porción central de este holomorfo con la representación esquemática de un cromosoma. Algunos ejemplos posteriores que no incluimos en este artículo guardan semejanza con gotas, huevos, vesículas, ojos, cadenas de ADN y otras figuras orgánicas.

impresionantemente coherente y versátil.²¹ La creación de nuevos holomorfos, y su combinación en capas y estructuras tridimensionales a través de parámetros de superposición y simetría, es llamada *semtaxis holomórfica* por Kubitschek. Desafortunadamente, solo media docena de ejemplos de holomorfos ha llegado a nosotros; hemos escogido dos que nos ayudan a demostrar más claramente las similitudes entre *Diaphainon* e interfaces cuánticas como SEM.

Hasta donde podemos dilucidar, la idea detrás de este grupo de holomorfos era lograr una cosmogonía que sirviera de punto de partida para este lenguaje semasiográfico. En vez de estar basados en categorías predefinidas, estos holomorfos generarían un «orden acategorial» a medida que se avanzara en el proceso de holomórfosis.²² *Diaphainon* nos presenta una forma de condensar significados en una estructura lingüística que integra forma y contenido (una *semtaxis* similar a la de las interfaces cuánticas) y da lugar a una forma sincrónica de lectura que supera al «orden alfabético-perspectívico», esquema que según Kubitschek determina nuestra forma actual (lineal, diacrónica y causal) de percibir el espacio-tiempo.²³ Podemos decir que, a través de su *semtaxis* holomórfica, Kubitschek pretendía crear

21. En efecto, resulta muy sugerente que la cosmogonía que Kubitschek nos presenta en *Diaphainon* parta del elemento «agua», que es el símbolo por excelencia del inconsciente prehumano.

22. Esta, en nuestra opinión, es una de las características más originales de *Diaphainon* respecto a otras lenguas artificiales como el *Real Character* de John Wilkins (1668), que pretendía colmar todo el conocimiento de su momento en un número finito de categorías predefinidas.

23. Este tema, congruente con la idea de la plasticidad perceptual del relativismo lingüístico, es abordado brevemente en *Diaph.II*, pero desafortunadamente fue desarrollado a cabalidad en el primer volumen del proyecto.

una herramienta con el propósito de generar una nueva epistemología. Pero su segundo objetivo (y quizás el más importante) era crear una interfaz cognitiva capaz de alterar nuestra percepción de la realidad y sus categorías básicas. En sus propias palabras, dar lugar a una nueva forma de tecnología que debería actuar no «sobre la materia o sobre la conciencia, sino sobre su confluencia» (Kubitschek, 2015, p. 52).

Aunque aún es prematuro afirmarlo, *Diaphainon* apunta a algo único en la historia de la lingüística y los sistemas de información: extender las operaciones de la mente en el mundo sin necesidad de recurrir a una tecnología material. Es decir, *programar* o *codificar* nuestra percepción de realidad como si se tratara de software y, simultáneamente, traer el mundo a la mente y conceptualizarlo de una manera novedosa y susceptible de ser ampliada. Esta sorprendente síntesis entre materia y conciencia proviene de las bases esotéricas del proyecto de Kubitschek y nos invita a repensar los límites que, inconscientemente, hemos impuesto a la percepción humana. Una percepción que, quizás, es más flexible de lo que imaginamos.

4. Conclusiones

Aunque *Diaphainon* podría ser categorizado como una anomalía o como una singularidad en la historia de la lingüística (o relegado al selecto y excéntrico grupo de lenguas artificiales), su mayor logro radica en esbozar la primera interfaz cognitiva diseñada conscientemente para modificar la percepción humana. Perfeccionar este tipo de interfaz ha sido uno de los objetivos tácitos de la Computación Cuántica Cualitativa, que hasta ahora se ha centrado en sincronizar

La mente humana con un «tipo cuántico de percepción». Este objetivo coincide en algunos puntos esenciales con los propósitos que R. Kubitschek estableció para su proyecto.

Con el fin de entender la forma en que una interfaz cognitiva como *Diaphainon* se relaciona con una interfaz cuántica debemos, en primer lugar, considerar que ambas trabajan en un umbral entre materia y consciencia que, con suficiente práctica por parte del sujeto, tiende a disolver las categorías básicas de percepción, como por ejemplo la separación cartesiana entre *res cogitans* y *res extensa*. *Diaphainon*, en particular, parte de la idea de que el entrelazamiento cognoscitivo entre percepción y mundo es ineludible —una idea que Kubitschek toma de Gebser y del relativismo lingüístico—. Esto conlleva, como en el caso de las interfaces cuánticas, una reestructuración potencial de la percepción. En palabras de Callahan: SEM cobra vida cuando «percepción y realidad empiezan a moverse en tándem» (Callahan P. y Capdevila, 2032, p. 22). Visto así, el objetivo de Kubitschek era generar en el sujeto una interacción similar a la que tiene lugar entre el usuario y un computador cuántico; una forma de tecnología que produjera una «conversación interior» capaz de generar nuevos conceptos y significados.

Por otra parte, hay un énfasis común en los proyectos de Kubitschek y Callahan en fundar un «espacio semasiográfico» a través de una estructura unitaria que combine semántica y sintaxis. Esto nos permite entender que los rasgos principales de un lenguaje como *Diaphainon* no dependen de su interacción con un sistema cuántico sino que sus técnicas y procedimientos (algunas supeditadas a las posibilidades geométricas de la representación en dos o tres dimensiones),

pueden derivarse de otros contextos y campos de estudio. Esto significa que nuevos lenguajes semasiográficos que hagan uso de estructuras semtácticas podrían tener aplicaciones por fuera del campo de la computación cuántica; e incluso que dichos lenguajes podrían ser adaptados a un computador cuántico con resultados inusitados.²⁴ Sin embargo, la posibilidad de lograr una interfaz cognitiva como la que plantea Kubitschek es la más intrigante de estas posibilidades: una herramienta que nos permita superar las formas de representación alfabéticas, perspectivicas y causales que determinan nuestra manera de percibir el mundo.

Aunque no podríamos postular a R. Kubitschek como el padre de las interfaces cuánticas (pues su trabajo surgió y creció por fuera del ámbito de la computación), sí podemos nombrarlo como un importante y sugerente predecesor. Quizás la manera más adecuada de aproximarnos a su obra sea como si se tratara de un primo oscuro de Patrick Callahan, una refracción anómala en el cristal de la historia. Si Callahan es el haz de luz refractado en un ángulo positivo y natural, Kubitschek habría permanecido oculto en un índice de refracción negativo que lo habría hecho invisible hasta ahora. Queda a nosotros la responsabilidad de adentrarnos en este espacio negativo en busca de nuevos caminos y posibilidades.²⁵

24. Hasta el momento los intentos para contactar con Patrick Callahan y su equipo para adaptar las partes disponibles de *Diaphainon* a la red de computadores cuánticos de UG/QCL han sido infructuosos. Los motivos de este silencio continúan siendo desconocidos.

25. A la fecha las universidades de Denver y San Petersburgo en asociación con Dr(ag)ta han iniciado un esfuerzo conjunto para la búsqueda de información digital o analógica sobre la obra de R. Kubitschek y en particular de archivos que permitan completar los dos volúmenes de *Diaphainon*.

5. Bibliografía

- Callahan, P. y Capdevila, D. (2032). *Understanding Quantum Semasiographic Interfaces: An Introduction*. The University of Chicago Press.
- Callahan, P y Ramadrachan, S. (2026). *A New Approach to the Phenomena of Quantum Observation and Measurement*. Oxford University Press.
- Eco, U. (1999). *La búsqueda de la lengua perfecta*. Editorial Crítica.
- Gebser, J. (2011). *Origen y presente*. Atalanta.
- Kubitschek, R. (2019). *Diaphainon: Volumen II, inicios de una semtaxis holomórfica*.
- Manovich, L. (2005). *El lenguaje de los nuevos medios de comunicación*. Paidós.
- Okrent, A. (2010). *In the Land of Invented Languages: Adventures in Linguistic Creativity, Madness, and Genius*. Random House.
- Seth-McTaggart, A. (2032). *Cognitive Entanglement: The History of an Idea*. MIT Press.
- Rushkoff, D. (2010). *Program or Be Programmed*. OR books.



PACIENTE CERO

VÍCTOR RAGGIO

Víctor Raggio (Montevideo, Uruguay, 1971) es médico genetista y Profesor Agregado del Departamento de Genética de la Facultad de Medicina, UDELAR. El centro de su trabajo es la genética clínica y la medicina genómica. Además de trabajos en publicaciones académicas en las áreas referidas ha publicado los libros: *Historia de la Genética Clínica en el Uruguay* (junto con el Prof. Dr. Fernando Mañé Garzón), *Semiología de las afecciones genéticas* y *Fanzines Científicos para niños y niñas - Kit 1 - Genética*, más diversos artículos de divulgación. Ha participado en varios grupos vinculados a la Ciencia Ficción desde la década de 1990 y en torno a las publicaciones *Diaspar* (1995-1997, 2011-2014), *Días Extraños* (2002-2003) y *Ruido Blanco* (2014 hasta el presente). En 2020 fundó Mig21 Editora junto a Ramiro Sanchiz, y desde entonces se ha desempeñado en esa casa editorial como co-director y editor.

Instituto de Neurología, Hospital de
Clínicas, Facultad de Medicina.
Departamento de Emergencia.
Fecha y hora del reporte: 25-07-2023, 23:45.
Identificador: #3.145.568.
Tipo de documento: Resumen de Historia
Clínica.

Datos personales:

Daniel López González, alias: Nikor.
F.N.: 24-06-2023.
Identificación: desconocida (encriptada).
Ocupación: desconocida.
Lugar de residencia: Montevideo.
Observaciones: Datos aportados por su
pareja.

Motivo de consulta:

Signos de encefalopatía aguda.

Antecedentes personales:

Portador de múltiples implantes neurales piratas. Sin enfermedades conocidas. No consume fármacos. Se desconoce consumo de drogas o neuroestimuladores ilegales. Dos internaciones previas por biohackeos defectuosos, sin secuelas.

Enfermedad actual:

Comienza 24 horas antes del ingreso con convulsiones tónico-clónicas, sin fiebre. Es derivado a emergencia luego de ser encontrado en la vía pública (Zona H). Las convulsiones ceden con Fenobarbital, permaneciendo con electroencefalograma normal pero en estado de coma.

No elementos focales neurológicos, no rigidez de nuca, ni otros signos de daño vascular o de infección biológica.

Exámenes complementarios:

De los exámenes practicados se destaca: Resonancia Nuclear Magnética de cráneo: elementos de inflamación encefálica difusa, más marcada alrededor de las zonas de implantes. En sangre: no evidencia de nanos activos (sí de nanopartículas en diferentes estadios de degradación, probablemente

de ataques de biohackers anteriores). Sin evidencias inmunológicas de virus neurotrópicos. Se detecta ADN de varios virus en sangre pero que se interpretan como concurrentes (o restos de infecciones pasadas) y sin efecto patológico actual a nivel del sistema nervioso central. El escaneo neural fue negativo. Estudios de rutina: normales.

Planteos diagnósticos y tratamiento:

Por los antecedentes, y ante la ausencia de evidencia de infección biológica, se consulta a la Unidad de Enfermedades Neurológicas Mediadas por Implantes. Allí se plantea como probable diagnóstico una encefalitis sílico-sináptica aguda. Refieren que probablemente se trate de una infección por virus T6 (vulgarmente conocido como "Andromeda Strain"), ya que hay un brote epidémico en la zona H debido a la aparición de una tercera generación del mismo (se desconoce aún si el origen de la misma es "mutacional" o intencional).

Por seguridad se deriva al área Faraday. Respaldo y neurorestauración en proceso.

Pronóstico: desconocido.

Médico: Dr. Arnol~~d~~o Sullier.
235.568.
Neurólogo Res~~i~~dente.

Validado por: Dr. Hernán Kovic
Neurólogo **s**upervisor.

FIN DEL REPORTE ⊛

**FICCIÓN
ESPECULATIVA
DE RANCHO**

CARLOS VELÁZQUEZ

Carlos Velázquez (Torreón, México, 1978) es autor de los libros de cuentos *Cuco Sánchez Blues* (2004), *La Biblia Vaquera* (2008, 2011, traducido al inglés como *The Cowboy Bible* en 2016), *La marrana negra de la literatura rosa* (2011, 2021), *La efeba salvaje* (2017) y *Despachador de pollo frito* (2019), además de las crónicas recopiladas en *El karma de vivir al norte* (2013), *El pericazo Sarniento* (2017, 2022), *Aprende a amar el plástico* (2019) y *Mantén la música maldita* (2020). Ha recibido el Premio Nacional de Cuento Magdalena Mondragón, el Premio Estatal de Periodismo Coahuila, el Premio Nacional de Testimonio Carlos Montemayor y el Premio Bellas Artes de Narrativa Colima.

Méndigos fulanos, nos robaron otra vaca, maldijo Gumaro y azotó la puerta de la cocina.

Cuál fue, preguntó Ara, su mujer.

La Lupe.

Ay, no mi Lupita no, chilló. Malnacidos. Haz algo, Gumaro, por humanidad.

Desde hacía dos meses una banda de atracadores de ganado conocidos como Los aguachiles asaltaban los corrales del pueblo a su parecer. Ninguno de los ranchos se había salvado del pillaje. Pero Gumaro consideraba que ya lo habían agarrado de su puerquito. Primero una res, después un becerro y ahora una vaca lechera.

Haz algo, le reclamó su mujer. Antes de que estos desgraciados nos mermen todo el patrimonio.

Voy a levantar la denuncia, dijo y se caló el sombrero.

No, lo atajó Ara. Eso es pura pérdida de tiempo. Pa mí que esos mentados Aguachiles son los policías que

despidieron por custodiar aquel cargamento de droga que detuvieron los federales. Haz algo de verdad.

Como qué.

Contrata unos hombres para que vigilen.

Pero sí esa tarea ya se la encomendamos a mi pa.

Ay, Gumaro, qué vicio el tuyo por hacerte el desentendido. Mi suegro ya no está en edad de cumplir esa labor.

Don Ruperto se había empeinado en montar guardia de noche para evitar otro hurto, sin embargo, le habían vuelto a timar otro animal en sus narices. Sufría de un insomnio terco. Por lo que se había ofrecido de vigía. Sentía que era el indicado. Aunque su nuera lo acusara de dormilón, don Ruperto aseguraba que no había acometido el ejercicio del parpado caído en toda la madrugada. Juraba por el espíritu de su difunta mujer que no había visto a nadie merodeando por la propiedad. Eso le había jurado a Gumaro cuando contó las cabezas de ganado vacuno a la hora de la ordeña y había descubierto un faltante.

Don Ruperto entró a la cocina con el sombrero apretujado entre sus manos.

Le decía a Gumaro, dijo la mujer, que es harta responsabilidad la que deposita en usted, pa. Además de que es arriesgarlo de oquis. Qué va pasar el día que se tope de frente con los bandidos esos.

No te preocupes, Aracita, estoy lleno de años, de acuerdo, pero todavía puedo manejar la escopeta. Si los ladinos esos aparecen les voy a provocar semejantes boquetones.

Pa, intervino Gumaro, ¿seguro no vio nada? ¿No escuchó nada? Tuvieron que llevarse a la Lupe en una troca o en un remolque para caballos.

Ni estoy medio ciego para no ver a una vaca que me pase por enfrente ni tan sordo para no oír el motor de un vehículo. La noche estuvo más aburrida que las partidas de dominó en las que no se apuesta ni un saco de gorgojo. Lo único que vi fueron las luces.

Qué luces, inquirió Ara.

No me dijiste nada de ningunas luces, segundó Gumaro.

Anochi, cuando me apuraba mi sexto cigarro, vi unas luces de colores a la altura del cerro gordo. De esas que se miran cuando viene la feria al pueblo. Se empañaban de tan brillantes. Caminé varios metros para distinguir mejor pero no distinguí contorno.

Ya salió el peine, pensó Gumaro, pero no dijo nada para no evidenciar a su padre. Los aguachiles lo distrajeron con las luces mientras desalojaban a la Lupe a hurtadillas.

Ah qué mi suegro tan elaborado, pensó Ara, pero tampoco dijo nada para no faltarle el respeto a don Ruperto. Estaba segura de que se había tupido una siestotota y esas luces las había soñado. Y nada era capaz de convencerla de lo contrario.

A las cuatro de la tarde una troca negra se estacionó afuera de la finca de Gumaro. Era su compadre Chon.

Vengo a comunicarte que mataron a don Tiburcio, le soltó antes de que siquiera lo invitara a pasar.

Cómo jijos, se extrañó Gumaro, si me lo topé en la cantina hará menos de veinticuatro horas.

Se enfrentó con Los aguachiles. Ayer por la madrugada los atrapó a media faena y se desató la balacera.

Hijos de su mal dormir, se lamentó Gumaron con amargura.

Velarán el cuerpo en su misma casa. Echo cuentas de que a eso de las siete de la tarde ya podremos ir a cafetearlo.

¿Y la policía ya anda tras los asesinos?

Sí, pero ya sabes. Se hacen del ojo prieto. Pa mí que están coludidos con los mugres de Los aguachiles. Les han de dar una tajada del botín para que no muevan ni una nalga.

A mí también me dieron baje anoche con un animal.

Estuvo agitada la jornada, pues. También a mí me quitaron dos vacas lecheras. Pero una no se la llevaron.

Cómo ansina.

Sí, ai ta el pobre animal agostado con dos tiros en el cuello.

Qué habrá pasado.

A lo mejor se resistió a andar y por puritita maldad. Onque está raro. No reconozco el calibre de los agujeros. Y la vaquita se ve marchita. Y mira que era de las más lozanas.

Ah, fregao, me gustaría ver eso.

Vamos nomás pal rancho pues, antes de que los muchachos la entierren.

¿Enterrarla?

Sí, ese animal ya no sirve ni como pedacería. Deja que la veas.

Gumaro puso la taza de café sobre la tierra y se trepó a la troca de su compadre. Agarraron carretera rumbo a Jalpa y varios kilómetros más acá de los pajonales torcieron a la izquierda por un camino de terracería. Gumaro viajaba en silencio, ensimismado en lo que acontecería si su padre se liaba a tiros con Los aguachiles. Su compadre como que le descifró el pensamiento.

Si los apañas burlándote otro animal, ¿actuarás?

No lo sé, respondió Gumaro con sinceridad, así al vuelo es dificultoso calcular. Tendría que estar en la mera situación para evaluar.

Pues yo lo he dado hartas maromas al asunto y no, compadre. Pa que es más que la verdad. Yo no me batiré por un animal. Por mí que se empachen. El día que los atrape con las manos en las ubres, con todo el embotamiento de mi corazón, voy a resignarme de a tiro. Si me matan quién sostiene a mi familia.

Yo no la tengo tan pelada. La Ara no deja de instigarme con que emplee unos gatilleros. Y mi pa va a defender lo nuestro hasta la tumba.

Ese pensamiento testarudo es lo que jugó en contra de don Tiburcio.

A mí lo que más me asocia desconcierto es que Ara no haya escuchado nada. Tiene el sueño tan ligero que con cualquier pedo la despierto.

Yo tampoco oí nadita.

Pa mí que Los aguachiles tienen una técnica. Un maniobrar que desconocemos. Porque usurpar tanto animal así no es gratuito. Cómo los amacizaría don Tiburcio. Lástima que ya no podamos preguntarle.

Pues yo ayer salí a mear y a fumar me un cigarro como a las cuatro de la madrugada y todo estaba apaciguado. Lo único que divisé fueron las luces.

Qué luces.

Unas luces que se miraban retiradas, allá por el cerro gordo. Pero no presté importancia. A lo mejor se confundían con una hoguera. Podían tratarse de unos peyoteros. Como tu difunto primo Molacho, que nunca le gustó trabajar y se la pasaba todo el tiempo bien loco.

Mi pa también las avistó.

Duraron un chico rato nomás, al amanecer ya no se precisaban.

Llegaron al rancho de Chon y un peón corrió a recibirlos.

Patrón, estamos esperando la orden pa destazarla, le dijo.

La vamos a sepultar, como si fuera cristiano, dijo Chon en tono de vacile. Pero antes aquí mi compadre le va a dar los santos óleos.

El cuerpo de la vaca lucía drenado. Como si le hubieran transvasado la sangre con una manguera, como cuando le ordeñan gasolina a un carro. Pero nadie se había arrimado al animal. Lo habían cubierto con unos sacos vacíos de frijol desde la mañana. A pesar de ser puro cuero casi, se le apreciaban límpidos los dos orificios en el cuello. En cuanto los tuvo a centímetros Gumaro supo que no eran hoyos de bala.

Esto es obra de una alimaña, dictaminó.

Ah dio, dijo el compadre.

No sé de qué tipo, pero esto lo causó un depredador.

Pues por aquí las únicas alimañas que existen son Los aguachiles, respondió.

Mi compadre y mi pa son un par iluminados, dijo Gumaro.

Ora qué rompieron, preguntó su mujer urdida.

Son los únicos que han visto las luces.

No son los únicos, dijo. Matilda, la concubina del sacristán, también las vio. Pero el padre le prohibió andar de chismosa. No quiere que se alboroten los feligreses.

Dice que con los salteadores de ganado ya son suficientes turbaciones.

Y tú que asegurabas que eran figuraciones de mi pa.

Ya sabes cómo son las gentes mayores, Gumaro, dadas a matar el tiempo con invenciones.

Qué más le sonsacaste a la mentada Matilda esa.

Asegún ella que las luces se deben a unas detonaciones a las faldas de una ladera.

Pos sabe qué explosivo dedicarán, porque si fuera dinamita nos convidaría el estruendo.

Sepa la bola, y tampoco creo que la Matilda sea muy sabedora de estallidos.

¿Dio un norte de los responsables? ¿El nombre de alguna compañía? Y qué pretenden.

Lo que persiguen es extraer mármol. Y los perpetradores no son otros que los mismos Aguachiles. Onque yo nunca he sabido de la existencia de mármol en el valle, la mera verdad.

Y de dónde adquirió Matilda toda esa información.

Refirió el pecado más no el pecador. Cuchicheos que cachó al maltrapear la parroquia.

Gumaro sintió el apremio de montarse a su caballo y repegarse a la ladera para descorroborar las menudencias de Matilda, pero ya era medianoche y no quería despegarse ni una vara del rancho, no fuera que Los aguachiles consintieran en apersonarse. Pepenó una almohada, su bolsa de dormir y besó a su mujer en la frente. Consideró contarle sobre las dos aberturas en el cuello de la vaca de su compadre pero se arrepintió, como recomendaba conveniente el cura, pa qué inducir más preocupancias.

Diantre tú, no aleccionas, Gumaro, lo amonestó Ara

antes de salir. Te digo que acuerdes pistoleros, pero te quiebra la terquedad.

Tendido a la puerta del corral lo esperaba don Ruperto. Gumaro se formó aposento con su bolsa de dormir y se tumbó junto a su padre. Quien se había provisto para la entretención. Cuatro pacas de pastura dispuestas como trinchera, dos carabinas, dos revólveres, un buen estipendio de municiones para su consuelo y para su aburrimiento un litro de aguardiente. Para Gumaro, tras el homicidio de don Tiburcio Los aguachiles no volverían a las andadas hasta que se enfriara el muerto. Pero para don Ruperto se anunciaba lo contrario, aprovecharían que el pueblo andaba en el velorio para atacar los corrales.

¿No le gestan remordimientos? pa, preguntó Gumaro. Por no concurrir a despedirse de don Tibu.

Tengo la muerte por delante para invertirla en convivencia con los fallecidos. Mientras de aquí no me desafecto. Móndrigos Aguachiles querrán desvalijarnos esta noche. Pero no les vamos a consentir el agrado.

Los vaticinios de don Ruperto no fueron errados. A las dos de la madrugada cuatro sujetos allanaron el rancho. Saltaron la cerca sobrados de confianza. Uno hasta se dispuso a orinar junto a un abrevadero. Acción que convino para que don Ruperto lo determinara con la mirilla del rifle. Con el cigarro encendido en la boca, amartilló el arma. Gumaro dormía el sueño noqueador del aguardiente, pero en cuanto oyó el mecanismo del rifle protestó.

Qué jijos, pa, dé permiso de dormir, pronunció malhumorado.

Ta no acababa de remilgar cuando don Ruperto jaló del gatillo. Se oyó un quejido de esos que sólo obsequia el

dolor. Había herido al meón. Los ladrones respondieron el agravio sin miramientos. Abrieron fuego con carnicería, pero la desventaja estratégica les impedía brindar pelea, la posición pecho tierra de don Ruperto y Gumaro los desorientaba. No atinaban de dónde derivaban los balazos. Tanta cortesía no habían recibido en ninguno de sus atracos.

Se vislumbraban las sombras en ambición por reagruparse, los murmullos con instrucciones no cesaban y recargaban sus armas con desespero. Habían emanado tan mala suerte que brincaron la cerca por el lado más pelón del rancho. No había ni un mísero depósito de agua para guarecerse de la pelotera. Sabían que la tenían perdida, pero no resistieron la tentación de practicar el amedrentamiento.

Están muertos, vamos a acabar con ustedes, gritó uno de ellos.

Para bajarles los humos, don Ruperto vació la carga de su .38 sobre el cuerpo que yacía herido en el suelo.

Cállense el hocico, respondió.

Los cuatreros unánimes respondieron el fuego, pero por más bala que derrocharan de esa no salían vivos. Se repartieron más murmuraciones y tras varios minutos con las cámaras de las armas vacías emprendieron la retirada. Entre dos cargaron al perjudicado mientras otro les cubría las espaldas con un arma corta que extrajo de su bota derecha.

Una vez del otro lado de la cerca, don Ruperto y Gumaro procedieron a acariciarles caza. Subieron a sus caballos, ensillados previamente para cualquier urgencia. Pero antes de que pudieran ubicarlos a tiro de plomazo una camioneta recogió a los salteadores y se perdió entre

la llanura por un camino de terracería. El chorreadero de sangre indicaba que el fulano no llegaría con vida a su destino, si no es que ya estaba muerto.

Le patrociné tremendo boquetón, presumió don Ruperto orgulloso.

Gumaro, lejos de argumentar alivio, padeció ojeriza. Sabía que lo peor estaba por acontecer. Pero a la siguiente estaría todavía mejor preparado. Él y don Ruperto volvieron a sus bolsas de dormir y aunque conjeturó que no pegaría el párpado en lo que restaba de la noche al primer trago de aguardiente se quedó jetón.

A media mañana ya todo el pueblo repetía las minucias del enfrentamiento. Según algunos metiches, Gumaro y don Ruperto habían abatido a diez malhechores ellos solos. Para otros cuentachiles eran veinte a los que habían derrotado. Les endilgaron la talla de héroes. Desde que había comenzado el ultraje de ganado nadie se había atrevido a repeler a Los aguachiles. A don Tiburcio lo habían liquidado en montón. Ni oportunidad le socorrieron de defenderse.

Pero para Gumaro no cabía tanta adulación. Sólo amparaba lo que le incumbía. Lo que había obtenido con años de trabajo. Sabía que su persona se había convertido en blanco de matones. Que el deseo de venganza de los agresores no tardaría en agarrar vuelo. Entonces sí que tomó sus previsiones. Apalabró a cuatro pistoleros para que resguardaran su rancho las veinticuatro horas. Por la sangre derramada los bandidos ya no esperarían el patrocinio de la noche para embestir.

Le prohibió a don Ruperto distanciarse del rancho siquiera un milímetro. Sin pretextos que valieran. Por más luces en el cielo que distinguiera no podía desprenderse ni un segundo de su cuarto. Su padre aceptó a regañadientes. De lo que sí no puedo convencerlo fue de que no pasara la noche a la puerta del corral. La presencia de los pistoleros le infundía seguridad, así que se lo toleró. Él, por su parte, se fue a dormir con su esposa. Con las botas puestas por si acaso. Por si tenía que salir juído.

Hasta que por fin hiciste caso, le dijo Ara.

Era la primera noche desde el enfrentamiento con Los aguachiles. Y transcurrió sin novedad. A la mañana siguiente todo figuraba en orden. Excepto por una ausencia. Don Ruperto había desaparecido.

Ninguno de los guardias lo vio salir.

¿Están seguros? ¿no se quedaron dormidos?

Mire, patrón, le dijo uno de los pistoleros mirándolo a los ojos, si su padre hubiera salido de su cuarto lo habríamos sabido. Semos profesionales.

Gumaro y su compadre emprendieron una búsqueda por los alrededores a caballo. No permitió que Ara se arrancara en la troca y fuera a asomarse a la cantina, donde aseguraba que se hallaría.

Ya sabes cómo es mi suegro, que en los momentos más delicados ejerce con ingravidez.

Gumaro sabía que Los aguachiles acechaban ese movimiento. Si ellos habían secuestrado a don Ruperto se beneficiarían de la búsqueda para saquear a manos llenas. Inculcó a los pistoleros que se quedaran a custodiar el

rancho. La orden era disparar a matar. Ni hacía falta que lo declarara, con la paga que recibían los guardias no sería otro su participar.

La pesquisa no fue prolongada. El sol del mediodía taladraba el ánimo de cualquiera. Cuantimás el de Gumaro que atenazaba la corazonada de que su conducirse era inerme. Pero el destello de un objeto a unos metros del cerro gordo lo contradijo. Era el sombrero de don Ruperto. Adelantito apenas apreció los zapatos.

Dígalo, compadre, solicitó Gumaro cuando valuó el rostro compungido de Chon.

Híjole, pues no interprete esto como falto de tiento, y es impreciso de aseverar, pero para mí que don Ruperto ya no está en este mundo.

Por la tarde despidió a los pistoleros. Caviló que tentaba demasiado los límites de la indefensión. Pero le daba lo mismo. A la mañana siguiente continuaría la búsqueda del cuerpo, con la sabiduría de que bien podría gastarse veinte años sin hallarlo.

Su compadre se negó a dejarlo solo. Pese al miedo que ostentaba de que volvieran Los aguachiles se quedaría a pasar la noche con él. Destaparon una botella de aguardiente y del llanto pasaron a la risa al recordar todas las ingeniosidades de don Ruperto, sus meteduras de pata y sus virtudes. Su terquedad tan criticada que era la herencia más reconocible que le había infundido.

No era dejado, el viejo, dictaminó el compadre cuando rememoraron su hazaña contra Los aguachiles.

Y como si las palabras hubieran invocado el mal augurio, se percibieron ruidos provenientes del corral. Tomaron las armas y salieron lámpara en mano. En medio de las vacas, tentándolas como si de fruta se tratara y quisiera conocer su grado de maduración, se toparon con el Enano albino. Su calvicie rotunda brillantaba aún más la luz de la luna. Le decoraba el rostro apenas una tirita de ceja güera. Llevaba el torso desnudo y los pantalones de don Ruperto.

Entre Gumaro y Chon lo sometieron, no opuso resistencia. No medía mucho más de un metro, quizá diez centímetros. Su piel era pálida, blanquizca, como si acabara de salir de una alberca de pintura color ostión. Fue dócil cuando le ataron las manos con una soga. Luego lo arrastraron de las patas hasta el granero y lo amarraron a una silla.

Dónde está el cadáver, quiso saber Gumaro.

Como no obtuvo respuesta comenzó a darle puñetazos en el rostro. Se detuvo. Y volvió a preguntar.

Dónde está mi padre.

El Enano albino estaba zambullido en el silencio. Pero no como una protesta o un mandato o una afrenta. Estaba descalificado para articular oración.

Gumaro continuó golpeándolo.

Dónde está, gritó emputecido. Dónde está. Dónde, enano hijo de la chingada.

Muuuu, muuuuu, la imitación de un mugido de una vaca fue todo el sonido que liberaron los labios del Enano albino.

Gumaro interpretó el gesto como una burla, tomó un fuste y comenzó a azotarlo.

Muuuuu, muuuu, repetía.

Lo fustigó con toda su fuerza. Una y otra vez. Con saña. Con descargo de toda la frustración que le manaba por el crimen de don Ruperto. El Enano albino no lloraba. Ni siquiera sangraba. Y a su compadre le extrañó.

Gumaro, esto no es un enano.

Pero no se detuvo. Continuó flagelándolo.

Muuuuu, muuuu, insistía el Enano albino.

Compadre, compadre, reaccioné, impelió Chon y lo sujetó del brazo para detenerlo. Esto no es un enano.

Entonces qué chingados es, le espetó.

No sé, pero no es un hombre.

Cómo chingados no, si andaba manoseando las vacas. Debe ser un señuelo de Los Aguachiles.

¿Ya se dio cuenta de que no sangra?

Paciencia, compadre, orita va a supurar, verá.

Yo he visto menonitas, pero nunca uno tan lechoso como éste. ¿No será un retrasado?

No enjuicio ni tantito que lo sea, pinches Aguachiles son capaces de emplear lo que sea. Pero tan tonto no está como para averiguar cuál es la vaca más gorda.

Se está desquitando con un pobre retrasado.

Mire, compadre, este cabrón no es ningún pendejo. Está bajo la prestancia de Los aguachiles. Además, por qué tiene los pantalones de mi pa.

Chon ya no supo qué argumentar.

Dónde está el cuerpo, volvió a inquirir Gumaro.

Y la respuesta fue la misma.

Muuuuu, muuuu.

Volvió a la carga y le coció la cara, el pecho y los brazos a fuetazos. Le dolían ambos brazos. Pero su cuerpo no parecía obedecer al cansancio. Se detuvo sólo porque el Enano albino dejó de retorcerse.

Se le pasó la mano, compadre, dijo Chon después de hacer notar que el enano ya no respiraba.

Lo enterraron en medio del corral. Acabalaron el trabajo antes del alba, poquito antes de que la Ara despertara.

No vas a dar cuenta del desayuno, viejo, le preguntó Ara.

No tengo hambre, arguyó Gumaro con la mirada ida.

Del televisor brotó el reportaje de que habían atrapado a la banda de Los aguachiles en la capital del estado. Además del robo de ganado se les imputaban otras fechorías, como el secuestro de caballos, extorsión de lecheros y tráfico de mármol. La noticia no le produjo a Gumaro efecto alguno. Se sentía como sedado. Hueco. Como si fuera el puro cuero, igualito que la vaca que le chuparon a su compadre.

Si retoñó de su adormecimiento fue porque la puerta de la cocina se abrió de repentazo, que si no. Era don Ruperto en calzones y con hambre para dar cuenta de dos kilos de frijoles de la olla con jocoque fresco. Ara, contenta, pegó de gritos. Suegrito, volvió suegrito. Y nosotros que ya lo hacíamos botana para los gusanos. Lo abrazó tanto rato que se le quemaron las tortillas. Pero Gumaro no accedió a reaccionar. No le salían las cuentas. Indujo que estaba alucinando. Y no es que no lo contentara la apersonificación de don Ruperto, pero las piernas no lo asistieron a levantarse y pegarle un abrazo. La incredulidad lo tenía bien trenzado. Sólo se convenció a sí mismo de que su padre estaba vivo, cuando lo vio despachar dos platos de platos de huevo con chorizo con seis tortillas, no cabía duda de que era el mismo tragaldabas que lo había parido, mientras contaba la historia de su escamoteo.

Después de burlar a los guardias, me enfilé derecho a las luces en el cielo más allá del cerro Gordo. Tan concentrado estaba en el firmamento que di un mal paso, me caí a una barranca y me desmayé. Un enano albino muy chistoso, que pasaba por ahí, me despertó con sus mugidos. Se comunicaba con puros mu, mu, mu. Pensé que me había confundido con una vaca. Taba demasiado translucido para ser menonita. Y muy entendido para ser un retrasado, porque no sé cómo pero traía puestos mis pantalones. Lo correteé para que me los devolviera y siguiéndolo encontré el camino de regreso al rancho.

Esa noche Don Ruperto había caído como piedra, pero Gumaro no pudo conciliar el sueño. Fue al cuarto de su padre y lo estudió largo rato, como si temiera que hubiera sido suplantado por una criatura. Pero no, se convenció de que sí era él, ningún ser de otro planeta roncaría tan recio como don Ruperto. Después caminó hasta el corral y sacó a las vacas. Las arrió para que agarraran monte. Encendió un cigarro y se puso a consultar el cielo, pero no vio luz alguna. (★)

UNA GUERRA PARA DARWIN

Yoss

José Miguel Sánchez Gómez, «Yoss» (La Habana, Cuba, 1969), biólogo, músico, aficionado a la espeleología y a las artes marciales, es uno de los escritores de ciencia ficción más importantes de Latinoamérica. Ha ganado diversos premios en Cuba, España y Estados Unidos e impartido clases de escritura creativa en Chile, Inglaterra, España, Italia y Andorra. Entre sus libros se encuentran las novelas *Super Extra Grande* (2012) y *Angélica* (2014) y el libro de ensayos *La quinta dimensión de la literatura* (2012). Sus textos han sido traducidos al inglés, francés, italiano, alemán, neerlandés, japonés, ruso, búlgaro, polaco, chino, gallego y bengalí.

***Para Suria, mi Su querida,
sin la que “El efecto Cibeles”
nunca habría existido.***

Esta es una historia sobre una guerra espacial larga y sin cuartel. De ciencia ficción, sí, pero *distinta* (así que, si esperas algo al estilo de *La guerra interminable* de Joe Haldeman o en la cuerda de *Tropas del espacio* de Robert A. Heinlein, mejor no sigas leyendo)

Esta guerra se basa en tres premisas:

Primera: El viaje más rápido que la luz es posible, pero sólo pasando a través de agujeros de gusano, y únicamente dentro de la misma galaxia.

Segunda: La inteligencia no es la excepción, sino la regla en la Vía Láctea.

Tercera: Ningún miembro de una raza que haya alcanzado el verdadero raciocinio es capaz de ocasionar deliberadamente daño físico o la muerte a otro ser inteligente, ni siquiera (o sobre todo, elige tú lo que más te guste) aunque no pertenezca a su misma especie.

De lo que se deducen tres conclusiones:

Primera: La Vía Láctea está atestada.

Segunda: Las distintas razas inteligentes luchan sin cuartel entre sí y desde tiempos inmemoriales por el espacio vital y por imponer su supremacía en la galaxia, formando y deshaciendo continuamente alianzas y coaliciones.

Tercera: En esta superguerra no se producen combates convencionales con armas destructivas, ni tampoco hay prisioneros, heridos y muertos. De hecho, para algunas de las razas implicadas en la contienda, el concepto mismo de muerte ni siquiera tiene sentido.

El enfrentamiento, por tanto, tiene lugar en los planos diplomáticos, comerciales... y *otros*.

Uno de esos *otros* es el evolutivo. Como la fuerza del número es decisiva en la correlación galáctica de poder, mientras mayor sea el número de variedades similares con que cuente una raza, aunque (o sobre todo si) hayan evolucionado en mundos distintos, más grande será también su influencia. Cuestión de democracias y de mayorías.

Así que todas las especies racionales compiten entre sí, controlando la evolución en distintos sitios, para lograr que surjan seres inteligentes lo más semejantes posibles a ellos mismos. Y la ley no escrita es que una vez que en un sistema solar dado una raza, sea cual sea su origen, demuestra haber alcanzado el raciocinio, los proyectos y programas para conducir a cualquier otra entidad a la inteligencia en dicho lugar deben cesar automáticamente.

Se trata de una guerra, en fin, cuyos dioses no serían Ares ni Thor, sino Charles Darwin y Alfred Russel Wallace (¿no sabes quién es el segundo? Mal, muy mal... revisa tu historia de la biología)

O una especie de competencia entre misioneros de la evolución (si te gusta más)

¿Interesante, no? Y ¿complicado? No tanto. La cosa funciona más o menos así:

Lo primero, se descubre un protocolo prometedoramente cerca de un agujero de gusano. Y todas las especies inteligentes se precipitan al nuevo teatro de operaciones.

Las razas no orgánicas que se alimentan de materia cósmica fría de ambos tipos, o sea las máquinas racionales autorreplicantes del modelo Von Neumann (que a estas alturas son un concepto tan corriente en la ciencia ficción como el hiperespacio y el ansible, así que si no lo son también para ti, estás atrás... y actualízate YA) y las entidades naturales clase nebulosa inteligente (¿no has leído *Hacedor de estrellas* de Olaf Stapledon? ¿Ni *La nube negra* de Fred Hoyle? ¿Y qué esperas?) unen sus fuerzas para intentar que el protocolo no se condense en una estrella rodeada de planetas, echándoles así a perder tanto alimento y tantos posibles futuros congéneres.

Por su parte, las razas orgánicas se alían a otras especies inorgánicas, pero que se alimentan de materia estelar hirviente (otra vez *Hacedor de estrellas*, y si tampoco te resulta familiar *Estrella flagelada* de Frank Herbert, también podría ser útil que dieras un paseíto por la biblioteca antes de seguir leyendo esto) y sus fuerzas combinadas, más las leyes de la física cuántica, hacen que en el protocolo se desate una reacción de fusión en cadena del ciclo Fénix, o sea, que entre en ignición y se vuelva un sol verdadero.

Los inorgánicos fríos no se rinden: pasan a una segunda línea de acción y ahora se concentran en evitar que el disco de acrecencia protoplanetario que aún rodea a la estrella recién nacida se condense en planetas, cuya molesta

gravedad les dificultaría aprovechar cómodamente sus valiosos recursos desde el espacio.

De nuevo son derrotados... pero, de repente, las razas inorgánicas de materia caliente organizan un golpe de mano, e intentan que la primaria del sistema se convierta en una nova que devoraría a todos sus planetas creando así las condiciones para el surgimiento de vida plasmática en el núcleo de la estrella.

Cambio de circunstancias, cambio de lealtades, reordenamiento de fuerzas. Ahora orgánicos e inorgánicos fríos se alían contra los calientes e impiden el cataclismo, dejando a las entidades de plasma fuera de la guerra... aunque permanecen como observadores, tranquilamente alojados en las llamas de fusión del corazón de la estrella. Por su ayuda, los inorgánicos fríos obtienen la concesión de que en el sistema solar en formación quede una nube de Oort exterior, con un buen número de cometas, amén de algunos asteroides dispersos cuya escasa gravedad les permitirá un fácil acceso a sus minerales desde el espacio. Satisfechos con esto, también se retiran de la guerra... aunque, como los calientes, permanecen cerca, observando el curso de las acciones, por si aún se les presentara alguna buena oportunidad de darle vuelta a la tortilla.

Ahora, la en apariencia monolítica coalición de razas orgánicas se rompe en mil pedazos. Las facciones minoritarias de vida basada en el germanio, el azufre, el silicio y el flúor (si no te habías leído *El corazón de la serpiente*, del ruso Iván Efremov, este podría ser un buen momento. Y en cualquier caso, una revisadita a la Tabla Periódica de Mendeléiev y repasar tus nociones de Química tampoco te vendría mal) son rápidamente derrotadas por el poderoso grupo de razas con metabolismos basados en

carbono y oxígeno. Las leyes de la estadística juegan a su favor, como de costumbre.

Tercos, y más por molestar que porque aspiren a vencer en esta guerra de Darwin, los de silicio intentan algunos tímidos experimentos semibióticos en los dos primeros planetas, que por su cercanía al sol disponen de cantidades inmensas de energía gratuita, ideales para la vida cristalina (*El invencible* de Stanislaw Lem, y más ciencia ficción rusa: *Segunda Expedición al planeta Extraño...* de Vladimir Savchenko. También puede ilustrarte al respecto «La piedra viviente», un cuento de Isaac Asimov: una aventura policíaca del doctor Wendell Urth en que interviene un ser vivo siliconado). Pero los experimentos no progresan mucho en ninguno de los pequeños mundos, aunque por momentos parece que el más cercano al sol va a dar una sorpresa (no, *Lucky Star* y *el Gran sol de Mercurio*, aunque también de Asimov no tiene nada que ver, lo siento. Aquí solo citamos ciencia ficción *seria*. Aunque no necesariamente *hard*).

Entretanto, también la aparentemente indestructible alianza carbono-oxígeno demuestra ser apenas incidental. Porque se escinde en dos grandes grupos, los que usan como solvente universal al amoníaco y los que prefieren el agua, quienes luchan ahora sin cuartel.

Los amoniacales necesitan temperaturas muy bajas para que sus proteínas sean estables (más ciencia ficción rusa: *Flor de las nieves...* y se me olvida el autor, pero búscala igual en una de aquellas antologías que la colección Suspense de Gente Nueva publicó en los 80, que vale la pena) Los planetas interiores no son para ellos, y la gravedad y las presiones altísimas que reinan en los gigantes gaseosos externos son un eterno problema para la

formación de tejidos (diga lo que diga Arthur C. Clarke en *Encuentro con Medusa*). Tienen que limitarse entonces a los grandes satélites que los orbitan, mundos prometedores (sigo citando a Clarke en sus *Odiseas 2010, 2060 y 3001*, no tan famosas ni tan buenas como la *2001*, pero todavía sugerentes por momentos)

Pero los fríos metabolismos amoniacales son tan desesperantemente lentos, que cuando en los satélites exteriores apenas si han logrado que surjan polímeros orgánicos medianamente complejos, en los planetas interiores tercero, cuarto y quinto, bombardeando con rayos cósmicos de alta energía la «sopa» CHON primordial, la facción del solvente agua ya ha alcanzado el nivel de la coacervación (¿te acuerdas de la teoría del ruso Oparin?). El primero y el segundo de los mundos del sistema, demasiado calientes, siguen siendo feudos de los tercios orgánico-cristalinos de silicio.

Las cosas definitivamente pintan bien para el equipo del agua. Incluso muy bien. Pronto tiene lugar el casi milagroso paso de abiótico a biótico y aparecen las primeras protobacterias con ADN autorreplicante en sus tres planetas, aunque el cuarto y más exterior de sus laboratorios parece confrontar serios problemas: por ser relativamente pequeño, tiene muy poca gravedad para retener la atmósfera, sobre todo el valiosísimo vapor de agua, y además está tan lejos de la primaria que sus temperaturas casi se van fuera de la cómoda franja del agua líquida, así que, con la sabiduría de la experiencia, los moldeadores de evoluciones concentran sus esfuerzos en los otros dos.

Inesperada y deslealmente, los desconsolados sulfúricos y fluorhídricos se alían a los siempre resentidos

inorgánicos fríos, que todo el mundo creía ya resignados a ser simples espectadores de la batalla. El contraataque se desarrolla con bombardeos masivos de cometas (entérate de cómo se hace en *El refugio*, de los españoles Javier Redal y Juan Miguel Aguilera; o si prefieres la versión pacífica y terraformadora, en *Marte verde* de Kim Stanley Robinson) ricos en sulfuros y fluoratos que intentan dar un vuelco a toda la química del planeta carbono-agua más cercano al sol, el tercero. La escaramuza se encona y al final la atmósfera del desdichado mundo queda convertida en un improbable compromiso entre compuestos de carbono, fluoruros y sulfatos. Ninguna vida inteligente podrá salir de ese asqueroso batiburrillo cuya temperatura además se ha elevado muchísimo, por culpa de un inesperado efecto de invernadero que vuelve imposible la existencia de agua líquida en la superficie ardiente.

La guerra se circunscribe ahora al cuarto planeta. Escarmentados por el ataque anterior, la coalición carbono-agua pone en órbita a su alrededor un inmenso satélite centinela, verdadera trampa gravitatoria para cualquier intento de ataque cometario que aspire a aniquilar a las innumerables formas de vida unicelulares y ADNícas que ya pueblan el gran océano de dicho mundo.

Pero una nueva disyuntiva amenaza con escindir la alianza: aunque todas sus facciones necesitan grandes espacios de agua para que evolucionen seres inteligentes semejantes a ellos, a algunos les es además imprescindible que existan tierras emergidas, mientras que otros pueden y de hecho preferirían pasar sin ellas. Pero el protoplasma no llega al río: tras largas negociaciones, se acuerda una proporción 3:1 entre territorios sumergidos y secos, asunto arreglado con un poco de control elemental sobre

terremotos, desplazamiento de placas continentales y erupciones volcánicas masivas.

Convenientemente manipulado su genoma con los habituales virus, priones y plásmidos sintéticos del arsenal de todo eugenetista, algunos de los seres unicelulares que flotan en el océano mundial ya cuentan con la más cómoda forma de perpetuación de la especie (y estoy hablando del sexo, por si no captas la alusión) y hasta empiezan a aprovechar la luz solar como fuente de energía, lo que les da cierta ventaja sobre los otros. La facción autótrofa y vegetal toma la delantera, aunque, preciso es decirlo, con el consentimiento tácito y no poca ayuda de los heterótrofos animales, que se preocupan por la dieta de sus futuros semejantes.

Pero en el amor, la guerra y la guerra evolutiva todo está permitido. De pronto, y antes de que haya demasiado oxígeno en el ambiente, un manojo de razas quimiosintetizadoras se confabulan para traicionar a las demás, de nuevo con la ayuda de los eternamente celosos inorgánicos fríos. Un enjambre de asteroides, demasiado numeroso para que la gran luna centinela pueda desviarlos a todos, cambia de trayectoria y se cruza en la órbita del floreciente planeta. Las inmensas cantidades de polvo oscurecen la atmósfera (¿Conoces bien las teorías sobre el impacto meteorítico que provocó la extinción de los dinosaurios? ¿O al menos te suena familiar el ya casi obsoleto término “invierno nuclear”? Pues algo así) y sin fotones que suministren energía a los procesos metabólicos de las plantas, estas perecen en tan gran número y tan rápidamente que también los animales arriesgan la extinción.

Entretanto, junto a oscuras fumarolas en el fondo de los mares, los organismos quimiótrofos florecen. No necesitan luz. Ni plantas ni animales, extraen su energía de la descomposición de sulfatos, fosfatos y otros compuestos químicos en los que son tan ricas las emisiones volcánicas, y pronto pasan de mono a pluricelulares.

El enemigo del amigo de tu enemigo es tu amigo, razonan las facciones vegetal y animal y se conciertan con las razas que viven de materia estelar caliente. Negociando tras bambalinas, aceptan sacrificar el primer planeta, que en rigor no les pertenece a ellos, sino a las tercas especies de silicio, a cambio de su ayuda.

Desde el interior de la estrella las entidades de plasma viviente inducen una oleada de actividad en su corona que inunda el espacio interplanetario con titánicas llamaradas y chorros de partículas cargadas. Los cinturones de radiación del planeta cubierto de agua en sus tres cuartas partes se refuerzan tanto que el polvo que oscurecía sus cielos es expulsado al espacio por repulsión electrostática (acéptalo así simplemente, por favor... y no me pidas que lo explique) con gran despliegue de hermosas auroras polares, aunque sólo después de haber servido de escudo contra buena parte de las peligrosas partículas alfa, beta y gamma a los organismos que morían de hambre en sus aguas.

Claro que no se hace una tortilla sin romper huevos ni se lleva adelante una evolución sin algunas víctimas. Incidentalmente, el primer planeta, devorado por las titánicas llamaradas, se hace pedazos, borrando así la mayor parte de las esperanzas de los orgánicos de silicio de seguir en el juego. Pero nada se pierde en esta superguerra. Los seres de materia ardiente aprovechan casi la mitad

de los recursos del planeta absorbido, mientras que los escombros calcinados van, golpe maestro de intriga, a engrosar las filas de los asteroides del sistema: se intenta comprar con esta dádiva el formal compromiso de que no habrá nuevas ofensivas de los viejos enemigos de materia cósmica fría contra el ahora tercer y nuevamente rozagante planeta.

Sin aliados, y tras ver aclarados nuevamente los cielos, las razas quimiosintéticas tienen que abandonar la contienda. Sus creaciones pluricelulares continúan existiendo en los profundos abismos, pero sometidas a la dura competencia de plantas y animales, ya no tienen ni la más mínima posibilidad de llegar a desarrollar inteligencia.

Celebrando su victoria, las razas inteligentes animales y vegetales firman un pacto de no agresión. De las entidades cuya evolución fue favorecida por el segundo grupo de contendientes en la guerra queda poco por decir: aunque muchas llegan a alcanzar tamaños masivos, al igual que ocurriera con la opción amoniacal en los satélites exteriores por la lentitud de su metabolismo, aquí su misma condición de organismos básicamente sésiles y sin defensas los lleva a un callejón sin salida, subordinándolos automáticamente a los animales, y sus posibilidades de llegar a desarrollar alguna inteligencia eficaz también se vuelven prácticamente despreciables.

Las razas inteligentes vegetales no se resignan jamás a esta triste realidad, y en varias ocasiones prueban soluciones alternativas, del tipo de los hongos saprófitos y las plantas carnívoras (recuerda a los escroditas de *Un fuego sobre el abismo* de Vernon Vinge, los bosques inteligentes del cuento «Proceso» de Van Vogt, la «Planta química» de Ian Williamson y otras así). Pero ya está claro para todos que

el futuro de la inteligencia en el tercer planeta será animal o no será.

Sobre todo porque ahora parece haber una unidad casi absoluta de criterios entre todas sus razas: sólo se alzan para disentir las tímidas voces aisladas de especies inteligentes coloniales, tipo esponja, coral o medusa, que exigen dejar las cosas al nivel de organización de tejidos, para que sus futuros semejantes no tengan que enfrentar la competencia desigual de organismos más complejos y eficientes. Sus objeciones son escuchadas... y rechazadas, aunque no se les obliga a abandonar la contienda.

Por abrumadora mayoría, las criaturas pluricelulares del tercer planeta son conducidas al nivel superior, agrupándose sus tejidos especializados primero en verdaderos órganos, luego en sistemas de órganos... y así, de modo bastante veloz y sucesivo van apareciendo especies correspondientes al plan anatómico rotífero, tardígrado, gusano plano, nemátodo y al fin gusano segmentado.

Y llegado este punto de nuevo estalla la división entre los animales. La cuestión fundamental es ¿patas o no? Las razas inteligentes que habitan fuera del agua en sus mundos de origen, las mismas que habían insistido en que el planeta contase con al menos un 25% de territorios emergidos, consideran indispensables tales miembros, que en el futuro evolucionarían hacia apéndices manipuladores, consustanciales a la inteligencia. Pero a las que aprovechan para su sostén el empuje hidrodinámico les parecen cuando más una opción interesante... los órganos manipuladores pueden también tener un origen muy distinto.

En tanto que órganos, las patas pueden disponer o no de articulaciones, pero siempre requieren de estructuras de sostén que les proporcionen solidez suficiente para soportar

el peso del cuerpo, y de potentes sistemas locomotores para desplazarlo. Biomecánicamente hablando, solidez y potencia son sinónimos de peso. Un peso que la coalición antipatas-mojados juzga innecesario de momento. Mientras que los propatas-secos insisten en que contar de antemano con estructuras cuya funcionalidad óptima en cuanto que sostén y desplazamiento sólo se alcanzará fuera del líquido elemento estimulará a los organismos que las posean a abrirse paso hasta la tierra seca, lo que es a ellos, les importa un comino.

Para evitar que el diferendo degenera en una guerra de manipulación de genes, se decide que cada facción pruebe suerte por su vía evolutiva preferida.

Los antipatas-mojados eligen aprovechar al máximo las posibilidades de sostén y difusión que ofrece el agua y concentran sus esfuerzos en el perfeccionamiento de los sistemas de órganos, especialmente el muscular y el nervioso. Muy pronto alcanzan éxitos impresionantes, sobre todo al implantar el plan anatómico molusco, algunos de cuyos miembros se vuelven los más hábiles nadadores del océano, pudiendo así explotar sus tres dimensiones al fin, mientras que otros, optimizando las opciones de defensa que les concede un esqueleto externo rígido y masivo, también se multiplican notablemente, a cubierto de los ataques de los depredadores en el interior de sus gruesas conchas.

Pero entretanto los propatas-secos no se quedan cruzados de apéndices. De prototipos primitivos y de escasa eficiencia, con patas rígidas dispuestas bajo un cuerpo flexible (si no estás fuerte en zoología, ahí te va el soplo: se llaman onicóforos o peripatos) pasan muy pronto a modelos anatómicos que ya cuentan con apéndices

locomotores dotados de complejas articulaciones, y cuyos mismos cuerpos están a su vez articulados. El modelo artrópodo ha aparecido en el tercer planeta y su éxito es rápido y abrumador. Su versión del esqueleto externo es menos sólida que la de sus rivales, pero indudablemente también mucho más flexible.

Pronto los seres con exoesqueleto articulado nadan, todavía más torpemente que los moluscos, pero también corren por el fondo del mar... y con mucha mayor agilidad. Y un día, casi sin querer, rompen la barrera de la tensión superficial y, primero en esporádicas incursiones limitadas por el breve tiempo que sus branquias pueden conservar la humedad imprescindible para funcionar, luego en paseos más largos y seguros, son los primeros en conquistar el hasta entonces virgen espacio seco del tercer planeta.

Para encontrárselo inesperadamente ya ocupado por las plantas. Recordando el antiguo pacto, los propatassecos se limitan a hacer que sus protegidos artrópodos las aprovechen para alimentarse y esconderse. Y sin ninguna competencia ambiental, tan pronto como consiguen cambiar sus sistemas respiratorios del modelo branquia a los modelos tráquea o pulmón laminar, más eficientes fuera del agua, por simple radiación adaptativa y en muy breve plazo los flamantes insectos se convierten en los amos del espacio seco, y llegan incluso a desarrollar un nuevo tipo de propulsión ideal para desplazarse a grandes distancias con rapidez: el vuelo. Todo lo cual redundará en el inevitable perfeccionamiento de sus sistemas nerviosos, y aunque el modelo de respiración por tráqueas y traqueolas con sostén por exoesqueleto articulado presenta serias limitaciones de tamaño corporal máximo, y en consecuencia de espacio para desarrollar un cerebro capaz de raciocinio,

sus creadores van camino de sortear esta dificultad gracias a los insectos sociales y la vieja carta escondida de la inteligencia colonial

Los antipatas-mojados, viéndose ganar la batalla, aceleran el desarrollo nervioso de algunas especies de moluscos, cuyos cerebros individuales se sofistican increíblemente, volviéndose capaces de analizar información y trazar líneas de conducta mucho más complejas que las de cualquier agrupación de insectos coloniales, porque cuentan con la notable ventaja de flexibilidad que tienen el aprendizaje y la memoria individuales sobre el instinto, por sofisticado que sea (revisa *En las profundidades*, del inevitable Clarke, para actualizar tus nociones sobre los calamares inteligentes... «El ojo de un pulpo», de Larry Niven, en realidad es sobre convergencia evolutiva y no tiene nada que ver aquí).

Al mismo tiempo, muchos seres del plan molusco intentan a su modo la aventura de la conquista del espacio seco, amparados en el refugio portátil de sus conchas para suplir la inferior velocidad de desplazamiento de sus cuerpos musculosos, pero sin patas. Una curiosa maniobra de flanqueo que tiene su contrapartida en el regreso al agua de muchos artrópodos en busca de nichos ecológicos menos explotados. Los insectos se vuelven crustáceos.

La contienda parece igualada, cuando una facción que hasta el momento había parecido débil y minoritaria los sorprende a todos. Tomando organismos aparentemente ya superados, del tipo gusano blando, los pro-esqueleto interno usan hábilmente el fenómeno de la neotenia (de acuerdo; explico: es cuando la larva de un organismo logra reproducirse sin pasar por la fase de adulto... pero no te acostumbres a tantas aclaraciones ¿eh?) para desarrollar en un plazo brevísimo seres con un cordón interno dorsal

de sostén que facilita extraordinariamente la inserción de potentes músculos ideales para una natación veloz y controlada.

Aprovechando el enésimo ataque con meteoritos de un enemigo común casi olvidado, los inorgánicos fríos (en esta guerra, como en todas, los pactos se firman sólo para ser violados cuando convenga), los astutos advenedizos pronto hacen evolucionar a sus criaturas hasta modelos definitivamente ictioformes, que además del endoesqueleto-eje cuentan también con gruesas estructuras de sostén y protección cefálicas (¿te suena el término placodermos? ¿ah, no? Pues ve corriendo a actualizar tus nociones de paleontología antes de seguir leyendo, que esto empeora).

A partir de ahí todo parece perdido para las demás facciones. En un abrir y cerrar de ojos, los flamantes vertebrados ya dominan el mar en sus tres dimensiones, y algunos hasta se aventuran reptando sobre sus aletas por las playas que hasta entonces habían sido el reino de insectos y moluscos. Pronto algunas aletas especialmente robustas se convierten en patas, (si me hiciste caso y refrescaste tus conocimientos paleontológicos, ubícate en el latimeria, pez fósil viviente del grupo de los celecantos) y unas branquias capaces de funcionar largos períodos fuera del agua evolucionan hacia pulmones. Queda finalmente claro que los pro-vertebrados no son sino una facción más astuta y habilidosa de los viejos propatas-secos.

Entre pillos anda el juego, y entre vertebrados la fase final y decisiva de la guerra. Ahora las acciones se precipitan. Las razas anfibias se hacen la ilusión de que sus protegidos dominarán los relieves bajos y pantanosos del tercer planeta (fíjate en los gowachin de *El experimento*

Dosadi, de Frank Herbert,) pero toda las demás especies vertebradas se confabulan contra ellos: grandes terremotos cambian la inclinación del eje terrestre y el clima uniforme se llena de zonas ya cálidas, ya frías, todas más o menos secas y hasta algunas desérticas, donde la gran dependencia del agua para la reproducción que tienen los anfibios es un notable *handicap* en su contra.

Se requieren huevos capaces de retener la humedad el embrión que contienen, y adultos con epidermis que tampoco dejen escapar la preciosa agua. La facción reptil se vuelve dominante, sus protegidos se esparcen por todo el planeta, muchos hasta retornan al agua adoptando la ictioforma, y desplazan a anfibios, peces y moluscos con su mayor eficiencia metabólica, nerviosa y reproductiva.

Aunque el clima es de nuevo húmedo y cálido en casi todas partes, ya no hay vuelta atrás para los anfibios. Los seres escamosos que ponen huevos resistentes están por doquier. Es la Edad de los Reptiles. Corren. Se arrastran. Saltan. Trepan. Nadan. Vuelan. Tienen púas, colmillos, garras, alas, cuernos, armaduras de placas óseas y estructuras defensivas y ofensivas aún más fantásticas (si quieres disfrutar el doble esta parte, léete un buen texto sobre dinosaurios... o *Los lagartos del Edén* de Carl Sagan, que no es ciencia ficción, pero igual inspira bastante) Su predominio es tan total que la facción inteligente que los auspicia se da el condescendiente lujo de permitir que otros dos grupúsculos, el mamífero y el avícola, intenten hacer valer sus propios planes.

Algunos experimentos evolutivos previos y fallidos con los reptiles teromorfos (o sea, con algunas características de mamíferos, como dentición diferenciada y quizás hasta pelo... pero, por favor ¿quieres de veras acabar de releerte

ese dichoso texto sobre paleontología?) parecen justificar esta prepotente actitud. En efecto, los nuevos mamíferos sólo logran sobrevivir volviéndose diminutos para poder escapar de los omnipresentes saurios... pero en el cráneo de una musaraña insectívora de un palmo de largo no hay mucho espacio para un cerebro inteligente, desde luego. No obstante, tan tercos como lo fueran en su día las razas de silicio en los dos planetas del sistema más cercanos al sol, los protectores de los mamíferos insisten y sus pupilos se niegan a extinguirse, esperando su chance.

En cuanto a las aves ¿acaso no es un ave un dinosaurio volador y con plumas, de algún modo? No hay antagonismo. Algunos saurios, en efecto, hacen ensayos con el metabolismo de sangre caliente. Ornitomimos. Además de ser homeotermos, muchos ya tienen postura bípeda y patas delanteras que son casi verdaderas manos, y parece ser sólo cuestión de tiempo que desarrollen un lenguaje y...

No les da tiempo. Ataque por sorpresa de los mamíferos. Todo lo nuevo no es más que lo viejo bien olvidado: aliándose con las viejas némesis de todo lo orgánico, los inorgánicos fríos, logran que un asteroide tan colosal que no hay luna que lo desvíe impacte en el floreciente Edén reptiliano. Las consecuencias: megaterremoto, el equivalente de un invierno nuclear, descenso veloz de temperaturas, extinciones masivas, y no sólo de reptiles, sino de paso de algunos de los modelos de moluscos cefalópodos que más cerca parecían de desarrollar una inteligencia: los amonites.

Libres de la escamosa sombra reptiliana, los ínfimos mamíferos gozan de una asombrosa explosión adaptativa, crecen y se diversifican a increíble ritmo. Por su parte,

los maltrechos reptiles intentan recuperarse aunando esfuerzos con las aves, pero para volar es factor decisivo la masa corporal, y un cerebro inteligente pesa mucho (diga lo que diga James Blish en «Siglo de pleno verano» y a pesar del ejemplo de los emplumados telépatas Riims en *El viaje del Beagle espacial*, de Van Vogt). Las aves intentan un agónico contraataque desarrollando especies gigantes y no voladoras con cráneos más grandes que sostienen picos más pesados, (¿viste los imponentes *foraracos* y *gastornis*-antes *diatrimas*- del Pleistoceno americano?) pero sus huevos siguen siendo el punto débil: los omnipresentes mamíferos los devoran pese a todos sus cuidados. No hay sitio más seguro para la siguiente generación que un útero materno con su correspondiente placenta.

Ahora que los mamíferos tienen la supremacía, cada vez hay menos opciones. Una pequeña revuelta de los antipatas-mojados es responsable de un regreso al mar con formas de cetáceos, y casi casi se logra una inteligencia sin órganos manipuladores, gracias al gran desarrollo encefálico que lleva aparejado un sistema de ecolocalización.

Pero en tierra las cosas van más rápido. Los carnívoros mamíferos son más despiertos que sus presas. El ensayo con los felinos, dotados de visión binocular y garras que son casi manos, fracasa por su invencible individualismo. El de los cánidos, capaces de excelente cooperación grupal, falla también... por lo visto, una especie predatora que no tiene poderosos enemigos naturales carece de un estímulo real para desarrollar un raciocinio auténtico.

En cuanto a los osos ¿por qué no son inteligentes? pues buena pregunta. Pero el caso es que no lo son y ya.

Y sólo queda entonces probar con los grandes monos, provocando cambios climáticos que los obliguen a

descender de los árboles para no morir de hambre. Organos manipuladores ya tienen, y hasta emplean utensilios elementales; la visión estereoscópica está también, cooperación entre individuos sobra. Basta con favorecer un poco la postura bípeda, una pérdida radical de vello (algunos creen que con un período de unos cuantos miles de años viviendo en las márgenes de los ríos, mismo al que deben su capa de grasa subcutánea) y el uso del lenguaje, y *voilà*, si no se extinguen... pero no, aunque se las ven moradas algunas veces, la cosa funciona, y ahí está al fin la verdadera inteligencia, y es primate y antropoide.

Los nuevos consentidos evolucionan a una velocidad de vértigo. Bípedos, fabrican utensilios cada vez más complejos, aprenden a cazar en vez de ser cazados, domesticar animales, cultivan la tierra, tejen fibras, hacen alfarería, construyen refugios sofisticados, se organizan en clanes alrededor de jefes poderosos, aprenden a explotarse y matarse unos a otros...

Pero ¡un momento! ¿matarse? Se supone que eso no debía ocurrir. ¿Será entonces que los primates evolucionados, ya humanoides, no sean verdaderamente racionales? La facción que los apadrina pide un plazo breve para corregir el defecto... ya son tan inteligentes sus discípulos que sería una pena exterminarlos, hay que ser comprensivos, cualquiera se equivoca, con las prisas, y con eso de la guerra darwiniana, algo debió fallar en la programación ética.

No obstante, todo parece ir de mal en peor. Los humanoides tienen una auténtica sed de sangre. Sus guerras, guerras reales con muertos y heridos, son cada vez más terribles, masivas y crueles. Emplean cada vez técnicas más sofisticadas para darse muerte y ocasionarse

sufrimientos unos a otros. Horrorizadas, muchas de las razas que ya habían quedado limitadas al pasivo papel de observadoras abandonan el campo de batalla, como haciendo patente que no quieren tener nada que ver con semejante aberración seudorracional...

Lo triste es que, salvo por ese pequeño detalle, los humanoides son toda una revelación. Dominan las fuerzas del vapor y la electricidad en tiempo récord, desarrollan la navegación y el vuelo, ya se asoman al cosmos... y sus «padrinos» vuelven a pedir merced cuando se está terminando el primer plazo, pero les es negada. Los humanoides no son la raza racional, la guerra no ha terminado, el campo de batalla sigue abierto a todos.

Sólo que a estas alturas de la epopeya, ese todos ya no incluye en realidad a muchos. La facción de los insectos coloniales no se rinde, de hecho han medrado a la sombra de los humanoides, en sus moradas y campos... pero parece que necesitarán tomarse su tiempo. En cuanto a la de los mamíferos readaptados al mar... bueno, salvo comunicarse y filosofar, no parecen estar haciendo nada más. Los moluscos cefalópodos están sumidos en un sopor abisal desde hace millones de años y parece que continuarán así.

Así que quienes, inesperadamente para todos, aprovechan con insuperable habilidad la coyuntura, son ¡claro! los incansables inorgánicos fríos que todo este tiempo habían permanecido esperando su chance. Más concretamente, la facción de las máquinas autorreplicantes Von Neumann. Porque la opinión de los humanoides es muy maleable, y basta con influir electromagnéticamente sobre sus sueños para que, primero de forma torpe y elemental, pero cada vez con mayor sofisticación, comiencen a construir mecanismos electrónicos capaces

de coleccionar y procesar información, de tomar decisiones sencillas, y ¿casualidad o jugada maestra de las máquinas? resulta que los confiados humanoides delegan a menudo sus tareas de exploración espacial precisamente en la eficiente aunque todavía poco imaginativa gestión de estos mecanismos...

Y bueno, dejémoslo aquí... al menos de momento.

¿¡Cómo!?

Pues eso mismo. Eh, y no refunfuñes, que todavía falta la pregunta de los 64 000 dólares.

¿Reconoces de qué planeta he estado hablando todo el tiempo o prefieres no darte por aludido?

O sea ¿te animas a hacer algo... o al final serán las máquinas Von Neumann quienes van a ganar esta larguísima guerra darwiniana? ☆

Orden del libro

Alas de mariposa azul
(Elia Barceló)

5

Un callejón inconstante
(Horacio Botta)

19

Waldeinsamkeit
(Leandro Caraballo)

31

Las muñecas del señor Izumi
(Pablo Dobrinin)

45

Lenguajes no humanos
(Olympia Frick)

63

**Descenso accidental en Cenna
(Esther González de la Cera)**

77

**Refracción negativa
(Mauricio Loza)**

103

**Paciente cero
(Víctor Raggio)**

135

**Ficción especulativa de rancho
(Carlos Velázquez)**

141

**Una guerra para Darwin
(Yoss)**

159

Contaminación Futura es un laboratorio narrativo que combina textos de autores consagrados con ficciones rescatadas de las datacumbas literarias y trabajos de autores primerizos. Entre sus matraces, retortas, circuitos y núcleos de IA, la narrativa especulativa es arrojada a un campo expandido en el que pastan juntos lo fantástico, la fantasía, el horror, el *slipstream*, la ciencia ficción más convencional y el *weird*.

MIG 21 EDITORA

Contaminación Futura vol.1

(Carsen, Cohen, Dobrinin, González,
Mainero, Molinari, Ponce,
Rumel, Salas, Sanchiz)



Contaminación Futura vol.2

(Allen, Federici, Fritz, Marchesky, Méndez,
Mira de Echeverría, Pons, Pandiani,
Rodríguez Pappe, Silva Olazábal)



**El bosque que crece
por las noches**

(Pablo Dobrinin)



Contaminación Futura vol.3

(Bonanata, Broemmel, Broggio, Calamares
Caraballo, Damián Miravete, Figueras,
Machado Obaldía, Solari, Vilar Madruga)



Trashpunk

(Ramiro Sanchiz)



Contaminación Futura vol.4

(Arismendi, Candal, Chimal,
Gandolfo, Gueçaimburu, Guerrero, Peña,
Raggio Miranda, Rossello, Santurde)



Contaminación Futura vol.5

(Alonso, Álvarez, Brenda,
Canosa, Carson, Jota-Pérez, Palermo
Pozzolo, Salazar Maciá, Sanchiz)



Jauría

(Maielis González)



Contaminación Futura vol.6

(Barragán, Beauxis, Ghan, Ireland,
Jurado, Piaggio, Rehermann,
Rivero, Santullo, Sierra)



Contaminación Futura vol.7

(Barceló, Botta, Caraballo,
Dobrinin, Frick, González, Loza,
Raggio, Velázquez, Yoss)





CONTAMINACIÓN FUTURA

VOLUMEN 7

Alas de mariposa azul

Elia **BARCELÓ**

Un callejón inconstante

Horacio **BOTTA**

Waldeinsamkeit

Leandro **CARABALLO**

Las muñecas del señor Izumi

Pablo **DOBRININ**

Lenguajes no humanos

Olympia **FRICK**

Descenso accidental en Cenna

Esther **GONZÁLEZ DE LA CERA**

Reflexión negativa

Mauricio **LOZA**

Paciente cero

Víctor **RAGGIO**

Ficción especulativa de rancho

Carlos **VELÁZQUEZ**

Una guerra para Darwin

YOSS



MIG21
EDITORA